

- › **Ramón Jáuregui**: 15 años del fin de ETA
- › **Brenda Navarro, Julián Herbert y Liliana Muñoz**: Homenaje a Ibargüengoitia
- › **Gabriel Zaid** y la poesía del norte de México

LETRAS ^{25 años} LIBRES

Octubre
2026

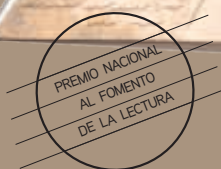
Revista
mensual 5€

www.letraslibres.com

número
301
Año XXVI

Presencia viva del exilio español en México

James **Valender**, Manuel **Aznar Soler**,
Clara **Lida**, Paloma **Ulacia Altolaquirre**,
Francisco Javier **Dosil Mancilla**,
Iliana **Olmedo**,
Conrado J. **Arranz Mínguez**



Buscamos empresas con dudas

Tener dudas es bueno. Tener un socio para resolverlas, es mejor.
Por eso, en el Santander ponemos a nuestro equipo de expertos al
servicio de tu empresa, **para ayudarte a dar el paso de dudar a crear.**



Es el momento 

LETRAS LIBRES

EDICIÓN ESPAÑA

DIRECTOR
Enrique Krauze

SUBDIRECTOR
León Krauze

EDITOR (ESPAÑA)
Daniel Gascón

EDITOR (MÉXICO)
Eduardo Huchín Sosa

CONSEJEROS
Christopher Domínguez Michael
Fernando García Ramírez

EDITORIA DE POESÍA
Malva Flores

COORDINADORA EDITORIAL
Angélica Olavarria

REDACCIÓN
Ricardo Dudda, Anónimo García, Laura Sofía
Rivero, Aloma Rodríguez, Elvira Vicién

EDITOR WEB
Emilio Rivaud

REDES SOCIALES
Florescia Molino

CONSEJO EDITORIAL
Aurelio Asiain, Adolfo Castañón,
Julio Hubbard, Tedi López Mills,
Andrea Martínez Baracs, Antonio Navalón,
Rafael Rojas, Enrique Serna, Fernanda Solórzano

CONSEJO CONSULTIVO
Miguel Aguilar, Manuel Arias Maldonado,
J. J. Armas Marcelo, Félix de Azúa,
Ricardo Cayuela Gally, Arcadi Espada,
Ramón González Férriz, Juan Malpartida,
Bárbara Mingo Costales, Vicente Molina Foix,
Beatriz de Moura, Malcolm Otero Barral,
Andrés Sánchez Robayna †, Fernando Savater,
Mario Vargas Llosa †, Enrique Vila-Matas, Leon
Wieselstier

DIRECTORA GERENTE
Leonor Ortiz Monasterio †

EDITOR DE ARTE
Fernando del Villar Arias

DISEÑO GRÁFICO
Hugo Alejandro González

Letras Libres, revista mensual, octubre 2026
Redacción y publicidad: 91 402 00 33 y 91 402 93 22
Fax: 91 401 99 97, e-mail: revista@letraslibres.info, negocio.com
Edita: Letras Libres Internacional
Domicilio de la publicación: C/ Miño, 3, 2 B, 28002, Madrid
Imprenta: Central de Gráficas Asociadas, S.L.
Distribución: Gestión de Logística Editorial, S.A.
Depósito legal: M 41135/2001
Letras Libres es miembro de la Asociación
de Revistas Culturales de España (ARCE)



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte

esta revista pertenece a
arce
www.revistas culturales.com



Portada: Jonathan López

#301

Presencia viva del exilio español en México

02 **Carta del director**
Enrique Krauze

DOSIER

04 **El exilio plural**
James Valender, Manuel Aznar
Soler, Clara Lida y Paloma Ulaia
Altolaquirre

08 **Un entramado de alianzas: los
científicos del exilio español**
Francisco Javier Dosil Mancilla

11 **Periodismo y memoria: las
mujeres del exilio**
Iliana Olmedo y Conrado J. Arranz
Minguez

CONVIVIO

17 **Gabriel Zaid y la poesía indígena
del norte de México**
Julio Hubbard, Humberto Beck,
Armando González Torres

24 **El fin del centro**
Antonio Navalón

27 **Homenaje a Ibargüengoitia**
Brenda Navarro, Liliana Muñoz,
Julián Herbert y Daniel Gascón

34 **Quince años después del fin de
ETA: balance crítico**
Ramón Jáuregui

38 **Muy antiguo
y muy moderno: Darío**
Christopher Domínguez Michael

42 **Observaciones varias**
Gabriel Zaid

LIBROS

44 **El curso perdido de la
democracia. Populismo,
autocracia y polarización,
de Ángel Rivero**
Jorge del Palacio Martín

45 **Clásicos sin filtros.
El impacto del mundo antiguo,
de Mary Beard**
Andrea Martínez Baracs

47 **Un liberal en la convulsa
República. Artículos escogidos
y Democracias y dictaduras,
de José Castillejo**

Manuel Arias Maldonado

49 **El hijo del hombre. Grecia,
Roma y el nacimiento
del cristianismo,
de Juan Esteban Constaín**
Diego S. Garrocho

50 **Los falsarios,
de Adolfo García Ortega**
Rebeca García Nieto

52 **Conferencias reunidas
1960-1985,
de Jorge Luis Borges**
Fernando García Ramírez

53 **Cuando oscurece,
de Peter Stamm**
Mireya Hernández

LETRILLAS

56 **POLÍTICA:
Fin de régimen**
Ricardo Dudda

57 **LOS RAROS: Las revistas
de antaño y sus modernos**
Bárbara Mingo Costales

58 **LITERATURA:
Wendell Berry (1934-2026)
y el valor de las minucias**
Aloma Rodríguez

60 **SOCIEDAD:
Las ciudades y los perros**
Michael Reid

61 **MÚSICA:
New York, Old York**
Rodrigo Fresán

63 **CORRESPONSAL
EN EL FUTURO:
Vuelvo enseguida**
Mariano Gistáin



Carta del director

La edición española de la revista *Letras Libres* cumple 25 años. Nació solo dos años después que la edición mexicana. Tenía y tiene la vocación de servir de puente entre las dos orillas de nuestra lengua, entre México y España, entre América y Europa. Recogía la herencia

y el grupo de la revista *Vuelta* de Octavio Paz, y asumía el legado de los exiliados españoles en México. Pero sobre todo ha sido una apuesta distinta para un tiempo nuevo, una aventura modesta y a la vez ambiciosa.

A lo largo de este cuarto de siglo hemos participado y tratado de iluminar los grandes debates de nuestro tiempo: los fanatismos de la identidad, el avance y las consecuencias del populismo, las transformaciones tecnológicas y culturales, el triunfo y la crisis del liberalismo. Hemos intentado entender la historia de nuestros países y abordar los problemas del pasado en toda su complejidad, combinando un espíritu pluralista y el compromiso con los valores de la libertad, la crítica y la democracia. Nos han guiado un ánimo curioso y la voluntad de crear un espacio de conversación.

Algunos de los temas que hemos tratado son globales, como los grandes asuntos geopolíticos, la libertad de expresión, la libertad sexual y la igualdad de género, y otros han sido más específicos: el terrorismo y su fin en España, los problemas y retos del país, los efectos modernizadores de la pertenencia a la Unión Europea. Algunos han sido políticos, pero muchos han sido culturales: géneros literarios, cine, personajes y corrientes artísticas y de pensamiento. Publicamos textos originales, pero también estamos atentos a lo que se debate en otras lenguas, y traemos al español a esos autores. (Y a veces hemos contribuido a que pensadores en español viajen a otros idiomas.)

En esa vocación integradora también nos gusta que haya escritores de diferentes generaciones, países y sensibilidades. Nos gusta que haya un poema y, a su lado, el análisis de un economista; que la crítica comience siempre por la autocritica y que el humor y la duda sean herramientas de conocimiento. Escriben profesores universitarios, pero no en jerga académica; dedicamos espacios a la creación en prosa y en verso; creemos en el valor de la crítica literaria y cinematográfica, para entender mejor las obras y para llamar la atención sobre piezas que pasan inadvertidas. Las ediciones de *Letras Libres* en España, en México y en internet son plurales y variadas, pero también son una sola redacción y un mismo espíritu.

Han sido fundamentales muchas personas, entidades e instituciones en este tiempo. El empuje y la inteligencia de Leonor Ortiz Monasterio resultaron decisivos en el arranque de la revista. Los editores responsables –Ricardo Cayuela, Julio Trujillo, Ramón González Ferriz y, desde 2014, Daniel Gascón– han contribuido a dar forma a la personalidad de la revista. Agradecemos la generosidad de los patrocinadores que nos han acompañado en esta singladura y que la han hecho posible, así como la complicidad y el talento de los escritores, ilustradores, diseñadores, redactores y editores que contribuyen a hacer esta revista a ambos lados del Atlántico. Por supuesto, nuestro principal agradecimiento es a los lectores de la revista, a los suscriptores y compradores, y a quienes acuden a nuestras presentaciones y leen y debaten nuestros números. Son ellos quienes más nos animan a seguir mejorando, emprendiendo nuevos proyectos y pensando ideas para nuevos artículos y números. Con el privilegio de su compañía y la pasión intacta.

ENRIQUE KRAUZE

Presencia viva del exilio español

Tras la derrota republicana en la Guerra Civil (1936-1939), México abrió sus puertas a miles de españoles, que encontraron en el país no solo un refugio, sino las condiciones adecuadas para seguir cultivando sus oficios. Fue un exilio plural, en experiencias y ocupaciones, que ayudó a transformar un país recién salido de una revolución en uno de instituciones y solidez económica. Con la participación de especialistas de ambas orillas del Atlántico, hemos buscado no solo examinar lo que la generosa política cardenista significó para los refugiados, sino ahondar en los ámbitos menos atendidos del exilio como la contribución de los científicos y de las mujeres en la vida pública. Con este número, *Letras Libres* celebra los 25 años de su edición española. Nos centramos en uno de los momentos más significativos de la relación entre México y España, en el que no faltaron contradicciones ni prejuicios, pero tampoco ejemplos admirables de solidaridad, cooperación y crecimiento cultural.





El exilio plural

**James Valender, Manuel Aznar Soler, Clara Lida
y Paloma Ulacia Altolaquirre**

Letras Libres entrevista a cuatro destacados autores acerca del exilio español en México. Este collage no solo se detiene en los claroscuros de aquel intercambio, también subraya lo heterogéneo que fue: nos invita a comprenderlo no solo como un “trastierno” intelectual, sino como un fenómeno diverso y variopinto.

James Valender:

El exilio español es un tema enorme porque la dispersión de los exiliados fue inmensa por Europa, pero también por América. Incluso llegaron a Rusia y algunos al norte de África. Es muy difícil hablar del exilio español en general porque cada país ofrecía condiciones muy distintas a los que llegaron desamparados. El caso de México es muy especial porque, junto con la Unión Soviética, fue el único país que abiertamente defendió a la República durante la Guerra Civil.

Cuando terminó la guerra, México ofreció su ayuda de una forma mucho más generosa que cualquier otro país. Organizó barcos que trasladaron a varios miles de exiliados y cuando llegaron a México les ofrecieron todo tipo de ayuda para que pudieran desenvolverse profesionalmente. Esto no fue el caso de muchos otros países de América Latina y tampoco de Francia, mucho menos de la Unión Soviética.

Manuel Aznar Soler:

Frente a la política de no intervención de las democracias occidentales, el único apoyo que tuvo la República Española fue el de la Unión Soviética y el de México. Fueron apoyos muy

diferentes, pero desde el principio, y hasta la aprobación de la Constitución de 1978, México ampara a la República Española y no mantuvo ningún reconocimiento diplomático ni político a la dictadura militar franquista.

El 13 de marzo del año 39 se crea en París la Junta de Cultura Española, presidida por José Bergamín y Juan Larrea. Ya desde el año 38 en la Embajada Republicana están en contacto con la legación mexicana, ellos dos van a acabar en México. En la medida en que ambos van viendo que el transcurso de la guerra va a concluir con la derrota de la República Española, se comienza a plantear que probablemente gran parte de los republicanos va a terminar

exiliándose. Seguramente, se piensa entonces, a la primera frontera visible, la francesa, que es la de un país teóricamente de acogida porque también tiene un gobierno del Frente Popular. Ellos ya saben que, si se van a exiliar, al país que quieren irse es a México; así que están trabajando con lucidez en lo que va a ser el inmediato futuro. Hay que preparar el exilio, piensan, en México, porque es un país que está apoyando a la República Española y está ofreciendo una política de acogida muy generosa.

Clara Lida:

A partir de 1936 empieza la ayuda de México a la República Española y el primer paso es, en 1937, organizar el arribo de niños y jóvenes que son evacuados de los sitios de trabajo. México recibe a cerca de quinientos niños a los que aloja en un espacio académico en la ciudad mexicana de Morelia. A partir de ese momento empiezan también a llegar, a cuentagotas todavía, algunos intelectuales que han salido de España por su edad, por su situación, sobre todo gente mayor. Y arriba una pequeña muestra del talento académico de alto nivel.

Manuel Aznar Soler:

El primer exilio va a ser el francés, está claro; por razón geográfica, es lo más inmediato, la primera frontera. Pero, si tú eres un escritor o un periodista en el año 39 en Francia y lo has perdido todo, tienes que empezar de cero; tienes que comer todos los días y es difícil que encuentres trabajo como escritor. Por eso, la inmensa mayoría de intelectuales está pensando que lo que quiere es exiliarse en algún país americano. Eso el general Lázaro Cárdenas lo tiene muy claro durante la guerra, sabe que lo mejor de la intelectualidad española es republicana y va a acabar exiliándose, probablemente en América; entonces se anticipa. Crea, durante la guerra, La Casa de España en México para acoger a los

mejores intelectuales y, naturalmente, también a obreros y campesinos.

Clara Lida:

Para 1939, con la caída de Barcelona, México inicia ya una política mucho más amplia, no a cuentagotas, de recibir a aquellos españoles que por un lado desean cruzar el Atlántico y a aquellos que las instituciones mismas, las organizaciones republicanas en el exilio, seleccionen. Así llegan, en total, unos 18.000 adultos y unos 5.000 menores de edad entre 1939 y 1950, puesto que hay una interrupción en el medio por la Segunda Guerra Mundial. Poco más de 20.000 refugiados españoles cruzan el Atlántico y son recibidos en México, donde se instalan y continúan, en la medida de sus posibilidades, con sus labores, trabajos, ocupaciones, pero ya integrados a la sociedad mexicana.

El exilio que llegó a México fue esencialmente muy variado en términos de sus perfiles laborales, de edad y de experiencia. Comparativamente, fue muy pequeño el grupo de intelectuales, artistas y científicos que llegó. Es un error pensar que todo el exilio fue de refugiados brillantes, destacados, ya con un nombre, con un perfil y una reputación académica hecha. Que México además recibiera una amplia dotación de intelectuales habla también de la preocupación por dar cabida a ese mundo de intelectuales desplazados y abrirles las puertas de instituciones mexicanas para que aquí pudieran continuar con sus labores de investigación, de creación, de trabajo académico, enseñanza, etc. Pero hay que tener en cuenta esta pluralidad de perfiles y no pensar solamente que el exilio español fue un exilio intelectual. Hay un exilio muy plural en el cual el mundo intelectual y artístico ocupa una parte pequeña y el mundo de los trabajos en distintos sectores de la economía, de la producción, incluso del desarrollo del Estado, es el más amplio y el más nutrido.

Manuel Aznar Soler:

Antes de las grandes expediciones de los barcos míticos —el *Sinaia*, el *Ipanema* y el *Mexique*; todos de la primavera-verano del 39— tiene que ir un barco en donde vaya la mayoría de la Junta de Cultura Española. Y la Junta de Cultura Española reúne a los mejores artistas, escritores, intelectuales. Son una minoría, quince o veinte personas, que Lázaro Cárdenas quiere que se anticipen a las grandes expediciones para poder afirmar que está llegando lo mejor de España. Fungen como una representación de los miles y miles que incluirán a escritores, pero también a obreros y campesinos. Que la recepción de las grandes expediciones esté precedida por el *Veendam*, donde viene la mayoría de la Junta de Cultura Española, gente de las ciencias y de las artes, sirve como escaparate o atractivo para que la acogida a las grandes expediciones sea relativamente positiva.

Digo relativamente porque está claro que el gobierno mexicano del general Lázaro Cárdenas estaba a favor, pero tenía una oposición de derecha muy fuerte. Entonces había una parte de la sociedad mexicana que, a los que llegaban, los llamaban rojos, españoles y “refugachos”. Había toda una prensa de derechas atacando al general Lázaro Cárdenas a propósito de los republicanos españoles.

James Valender:

El partido de Lázaro Cárdenas era revolucionario de izquierda y tenía, desde luego, sus enemigos. La derecha se opuso a algunas de las medidas tomadas por el presidente. La convivencia nunca estuvo libre de fricciones, pero tampoco hay que exagerarlas. El hecho es que poder llegar aquí y encontrar trabajo, así como la manera de salir adelante, significó mucho para los que habían pasado meses del invierno del 39 sobre las playas en el sur de Francia, guardados por honrados senegaleses al servicio

del gobierno. El trato entre uno y otro país, de la noche a la mañana, era de una diferencia enorme.

Manuel Aznar Soler:

La tradición de inmigración española a México siempre había sido de índole económica. Los que partían iban a “hacer las Américas”, es decir, a explotar a los indígenas mexicanos, a costa de los cuales, normalmente, se enriquecían. Esos españoles eran los herederos de los conquistadores de Hernán Cortés, pues entonces se les llamaba despectivamente en México, y hasta hoy, “gachupines”. Por eso, cuando llegan los republicanos españoles, lo primero que quieren expresar es que ellos no vienen a conquistar México, que no son gachupines y que vienen a contribuir al desarrollo económico y cultural.

Así que, hasta entonces, los españoles que emigran a México se enriquecen. Ahí vienen los indios, gallegos, asturianos que regresan a su tierra con signos de opulencia, de riqueza, como triunfadores. En cambio, los republicanos llegan desnudos de equipaje, como Antonio Machado. Esa diferencia cualitativa es fundamental, la actitud de los exiliados republicanos no tiene nada que ver con la de los gachupines, y la derecha mexicana es apoyada por los gachupines, los españoles migrantes económicos, contra el exilio republicano español.

Clara Lida:

Había existido una larga tradición en México de conflicto con las colonias españolas de inmigrantes establecidas en el país entre el siglo XIX y el XX. Y había mucha susceptibilidad entre unos y otros. Por un lado, un nacionalismo mexicano creciente; por otro lado, unos inmigrantes españoles económicamente fuertes que veían México como un lugar para hacer la América. Con el exilio, en cambio, se dio un giro fundamental: se reconoció a los refugiados como representantes

de una España progresista, de una España liberal, de una España que no venía a hacer la América, sino que venía con la necesidad de ser reconocida y acogida para poder subsistir. Y esto cambió mucho la visión que en México se había tenido hasta esos años de la inmigración de los españoles.

Paloma Ulacia Altolaguirre:

Las memorias que yo tengo son heredadas de mi madre y de lo que se escuchaba en casa. Mi abuela Concha Méndez vivía en el jardín, en un *bungalow*, una casa de una recámara abajo y otro cuarto en el segundo piso, donde llegó a vivir Luis Cernuda cuando dejó Inglaterra.

Mi memoria del exilio empieza en el hecho de que en mi casa se ceceaba, lo cual la convertía en un mundo aparte del mundo de la calle. Íbamos a un colegio de refugiados españoles donde se compartía también esta forma tan española de hablar. Durante la infancia, los exiliados que visitaban a mi abuela en el jardín —ella ya estaba separada de Manuel Altolaguirre— eran María Dolores Arana y otros refugiados que vivían en el edificio Ermita en la avenida Revolución. Este edificio en forma de barco es el motivo de mi novela *El ausente*. Yo en esta novela hago una descripción de lo que era el ánimo y la problemática que enfrentaron los exiliados españoles. Creo que a los exiliados les unía, viéndolo desde mi novela, la correspondencia. En mi casa el correo llegaba todo el tiempo. Tanto mi abuela como mi madre estaban escribiendo cartas y recibiendo cartas de la familia perdida.

Manuel Aznar Soler:

Hay un hecho histórico que es decisivo para la acogida de los intelectuales españoles republicanos por parte de los intelectuales mexicanos. Me refiero a la celebración del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura que se inaugura el 4 de julio

de 1937 en Valencia, entonces capital de la República. Ese es un congreso mítico donde asisten más de cien escritores de todo el mundo que han decidido testimoniar su apoyo a la República Española.

Son intelectuales antifascistas que piensan que el porvenir del mundo, en aquellos momentos, se está decidiendo en la guerra de España. Allí vienen delegaciones muy importantes de muchos países. Hay una delegación mexicana muy importante, que es la delegación de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios de México.

Y entre esta delegación, que es numerosa y con los escritores más importantes, viene un joven poeta de entonces veintipocos años que se llama Octavio Paz. Él tiene una revista que se llama *Taller*, a la que inmediatamente se integran los republicanos españoles a quienes ha conocido en Valencia, Madrid, Barcelona. Por ejemplo, a Juan Gil-Albert, redactor de la revista *Hora de España*, lo nombra secretario de *Taller*.

Es decir, Octavio Paz cumple una función muy importante en la integración de escritores republicanos exiliados en México, incorporándolos a las revistas, a las editoriales. Además de *Taller*, dirigida por Paz, también está la revista *Romance*, que crea un grupo muy importante de escritores republicanos españoles, los cuales, luego, en una segunda fase, van a trabajar ya directamente con los escritores mexicanos.

Y la Junta de Cultura Española, por otra parte, va a crear una revista importante, que se llama *España Peregrina*, dirigida por Juan Larrea, con la mayoría de la Junta de Cultura Española, y, por otra parte, la editorial Séneca, dirigida por José Bergamín, dedicada a publicar a los clásicos y a los contemporáneos españoles. Estamos hablando de los años 39, 40, 41; la inmediata integración. Estos son medios para que se vayan incorporando a la sociedad literaria mexicana los escritores republicanos españoles.

James Valender:

Había cierto recelo por parte de los intelectuales y los profesores ante la llegada de los exiliados. Hasta la Universidad Nacional Autónoma de México se opuso, temiendo que la llegada de un fuerte contingente de intelectuales y profesores de muy alto vuelo pudiera, digamos, desplazar a los que trabajaban ya en la universidad. Es algo que no se recuerda mucho hoy en día. La Universidad se opuso, sobre todo porque una de las primeras creaciones del gobierno de Lázaro Cárdenas fue La Casa de España en México, que alojó a un número reducido de intelectuales y les ofreció unas condiciones de trabajo que los profesores de la Universidad no tenían.

Clara Lida:

Para este exilio plural, hay que pensar que el gobierno mexicano, por una parte, facilitó el ingreso de los trabajadores técnicamente más cualificados a distintas empresas e industrias, sobre todo a las propias de un gobierno nacionalista posrevolucionario. Además de que permitió el trabajo privado en distintos sectores de la industria, del comercio y de otros servicios. Pero, para recibir a los intelectuales exiliados, artistas y científicos, México también recurrió a abrir las puertas de instituciones de altos estudios que se estaban formando o se habían formado en el país, como la Universidad Nacional, las universidades de provincia o el Instituto Politécnico Nacional, que se había fundado pocos años antes, a mediados de la década de los treinta.

Y más allá de los existentes, también por recomendación y por la acción de algunos académicos e intelectuales mexicanos, se convenció a Lázaro Cárdenas, entonces presidente, de que se creara una institución de acogida a quienes no tenían cabida en otros espacios. Así nació La Casa de España en México, fundada y dirigida por intelectuales mexicanos

para dar espacio a intelectuales españoles refugiados y ayudar como un punto de selección para otras instituciones ya existentes de aquellos que llegaban.

Manuel Aznar Soler:

Esa institución, La Casa de España en México, es tan importante que finalmente deriva en lo que es El Colegio de México actualmente. La aportación del exilio intelectual español a la cultura mexicana es cualitativamente fundamental e inmediata, porque a dos o tres años de su llegada se ha integrado lo mejor de la cultura española y se han creado ya las nuevas instituciones mexicanas. El Colegio de México sigue siendo el centro de investigación más importante de toda América Latina. Y hay una parte fundamental de su creación que se debe a los republicanos españoles.

James Valender:

Si bien esto fue algo muy generoso por parte de México, tampoco hay que olvidar el hecho de que México se benefició mucho de la llegada de los intelectuales. Llegaron muchos médicos y profesionistas de otros campos. Los españoles dejaron una obra enorme que ayudó a transformar un país que recién salía de una revolución sangrienta en un país con instituciones y con cierta solidez económica.

Manuel Aznar Soler:

La política por parte del general Lázaro Cárdenas fue muy inteligente y generosa, pero también muy interesada. Porque, efectivamente, él acierta en el sentido de que toda esta intelectualidad española republicana va a contribuir al desarrollo intelectual y cultural de su país. Y así fue.

James Valender:

Es una de las ironías de la historia que toda una generación de profesionistas, de gente de leyes, de medicina, de investigación científica, que fue creada, en gran medida, gracias

a la Institución Libre de Enseñanza de España durante treinta años en las primeras décadas del siglo xx, haya sido regalada a México. Fue realmente México quien salió beneficiándose de esta gran producción, de una, hay que decirlo, burguesía ilustrada. Era realmente la propuesta de la Institución Libre de Enseñanza el transformar España a través de la creación de una gran burguesía ilustrada.

Una de las cosas más notables de las primeras décadas del siglo xx en España fue este proyecto de transformación reformista. Estaba al margen de cualquier cambio revolucionario a través de la violencia; buscaba, más bien, que poco a poco, mediante la creación de esa clase nueva, se pudiera transformar al país. Por ello que resulte triste, por un lado; pero maravilloso para México.

Se puede hablar de una generación truncada que estaba preparada para llevar a cabo una labor social muy importante, y que, de pronto, el espacio en que pudieron finalmente desenvolverse fue el espacio mexicano. ~

Este texto está basado en El exilio español en México, un podcast de Letras Libres España, dirigido por Aloma Rodríguez.

JAMES VALENDER es profesor investigador del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, autor de *Escenas del exilio español en México (1937-1962)* en Editorial Renacimiento.

MANUEL AZNAR SOLER es director del Grupo de Estudios del Exilio Literario (Gexel) de la Universidad de Barcelona, editor, entre otras publicaciones, de *El exilio republicano de 1939. Viajes y retornos* en Editorial Renacimiento.

CLARA LIDA es profesora e investigadora de El Colegio de México, autora, entre otros libros, de *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español en Siglo XXI*.

PALOMA ULACIA ALTOLAGUIRRE es escritora y pintora, autora de la novela *El ausente* en Editorial Renacimiento.



Un entramado de alianzas: los científicos del exilio español

por **Francisco Javier Dosil Mancilla**

A su llegada a México, los científicos exiliados se encontraron con instituciones novedosas que les permitieron mantener sus proyectos y discusiones en curso. Esta continuidad fue clave para que sus aportaciones fortalecieran el aparato académico de un país que comenzaba a reconstruirse después de la Revolución.

La ciencia exiliada, una red de alianzas

Los científicos constituyen el sector más representativo de lo que se ha llamado la “inteligencia peregrina”. El fulgurante impacto que tuvieron los exiliados en las instituciones mexicanas puede hacernos olvidar que llegaron con lo puesto, marcados por la experiencia traumática de la guerra y sin saber si podrían retomar sus labores profesionales. Para superar esta incertidumbre y echar raíces, resultó fundamental el apoyo que recibieron de los científicos mexicanos.

En efecto, si hubiera que escoger una sola palabra que explicara su contribución a la ciencia mexicana, esta sería “alianzas”. De poco les habría servido su sólida formación académica en España, a menudo ampliada en los mejores centros europeos, si al llegar a México hubiesen encontrado instituciones impenetrables o comunidades científicas cerradas al diálogo. Estas alianzas entre españoles y mexicanos no deben darse por sentadas. Se vieron favorecidas por una simpatía ideológica recalcada constantemente por el presidente Lázaro Cárdenas, un pasado compartido que evocaba lazos de fraternidad y, fundamentalmente, la sintonía de concebir la ciencia como un instrumento para el bienestar social.

Conviene también recordar que algunas de las instituciones que llevaban el sello cardenista y que recogían el ideario revolucionario, como el Instituto Politécnico Nacional (IPN) y el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, habían sido creadas muy poco antes de la llegada de los españoles. Necesitaban científicos con experiencia para cubrir las cátedras y poner en marcha sus laboratorios. Cuando el zoólogo Federico Bonet se presentó, nada más arribar a México —en julio de 1939—, ante el secretario del IPN para solicitar empleo, recibió como respuesta: “Sí, ya los estábamos esperando, muy bien. Bueno, entonces véngase ya mañana a trabajar por aquí.”¹ Como muchos otros, Bonet no desaprovechó la oportunidad y en poco tiempo creó un laboratorio de zoología y participó en la confección de los planes de estudio de la carrera de biología.

Hoy sabemos que los científicos mexicanos siguieron de cerca el florecimiento que experimentó la ciencia española en los años previos a la Guerra Civil. Aquel “milagro español” representaba un modelo para trazar rutas propias que favorecieran el desarrollo científico en el México posrevolucionario. Investigadores destacados, como Manuel Martínez Báez, Isaac Ochoterena y José Joaquín Izquierdo, viajaron

1 Entrevista a Federico Bonet, realizada por Concepción Ruiz Funes, 28 de febrero de 1980. *Archivo de la Palabra*, Ciudad de México, INAH, PHO/46.

a la península para conocer de primera mano sus laboratorios. Además, por iniciativa de Tomás Gutiérrez Perrín —un discípulo vallisoletano de Cajal que llevaba dos décadas residiendo en México—, se llegó a crear, en 1925, un Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario. Por ello, no sorprende que estos científicos apoyaran a los republicanos en el momento en que se vieron en la necesidad de buscar asilo. Lo curioso es que, para entonces, México ya había superado algunas de las iniciativas ibéricas. Así lo manifestó el octogenario Ignacio Bolívar, adalid de la ciencia en España, en septiembre de 1939 al visitar las instalaciones del IPN: “Desde hace años tratábamos de establecer allí [en España] un centro que llenase las finalidades del Instituto Politécnico, y el ver realizada en México la idea que nosotros no habíamos podido aún llevar a la práctica me ha sido sumamente grato.”²

Las alianzas entre los propios desterrados también fueron decisivas, ya que permitieron que las comunidades científicas a las que pertenecían en España se mantuvieran hasta cierto punto unidas en el exilio y dieran continuidad a sus estudios. Además, al estar integradas por científicos en distintos niveles de formación, las figuras más destacadas, recibidas por lo general con mayor entusiasmo, arroparon a los investigadores con menor trayectoria y facilitaron su incorporación a las instituciones académicas. Precisamente estos científicos más jóvenes —tanto los que se hallaban en una “madurez en gestación”, según la famosa expresión de Ortega y Gasset, como los que por su corta edad contaban todavía con poca experiencia— fueron quienes con el tiempo dejaron la huella más profunda en la ciencia mexicana. Los motivos son claros: formaban un grupo más numeroso, residieron más tiempo en México y tuvieron mejores oportunidades (o la necesidad) de reorientar sus estudios hacia las prioridades de su país de acogida. Asimismo, forjaron con mayor facilidad lazos estrechos de colaboración con sus colegas mexicanos y dejaron una nutrida escuela de discípulos.

Lo interesante es que esta apertura hacia nuevos horizontes académicos no generó dispersión, sino diversificación; en lo esencial, se mantuvieron fieles a unos modelos de investigación que llevaban el sello de sus comunidades científicas de origen y a unos principios profesionales que se fundamentaban en el rigor metodológico, el trabajo de campo (o de laboratorio) y la dedicación exclusiva.

Este entramado de alianzas generó una red dinámica y compleja que explica, en parte, el notable impacto del exilio español en la ciencia mexicana. Dicha red integraba a científicos desterrados y locales, así como a intelectuales, políticos, mecenas e instituciones —como La Casa de España en México, presidida por Alfonso Reyes— que brindaron refugio académico y subvencionaron proyectos. Organizaciones

filantrópicas aportaron fondos para crear nuevos laboratorios, mientras que empresarios españoles de la antigua colonia, como Carlos Prieto y Santiago Galas, cofinanciaron campañas de campo y diversas publicaciones. Entre estas destaca la revista *Ciencia* (1940-1975), buque insignia de la comunidad científica exiliada, en la que colaboraron autores de treinta países. En definitiva, esta densa articulación de actores tan diversos dinamizó la circulación de saberes y conectó las investigaciones con las necesidades nacionales.

La escuela histológica de Cajal en México

Las aportaciones de los exiliados españoles deben entenderse en este amplio panorama. Al ser tantas y tan relevantes, nos limitaremos a exponer algunos casos representativos. Resulta casi obligado empezar por los investigadores vinculados a la escuela histológica de Cajal. El nobel español, fallecido en 1934, era un referente crucial para los científicos mexicanos —“un obrero infatigable del microscopio”, lo calificó uno de ellos—, la prueba de que con esfuerzo y pocos medios se podían lograr contribuciones notables. Festejaban puntualmente sus aniversarios y, tras la Guerra Civil, recibieron con particular fraternidad a sus discípulos exiliados. Para darles cobijo institucional y facilitar sus investigaciones, La Casa de España —con el apoyo de la Fundación Rockefeller— creó en 1940 el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, que sigue activo en la actualidad (es el Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM).

Algunos de los investigadores españoles que trabajaron al principio en este laboratorio fueron los neuropsiquiatras Dionisio Nieto, Gonzalo Rodríguez Lafora y Sixto Obrador; el histopatólogo Isaac Costero, y los fisiólogos Jaime Pi-Suñer y Rosendo Carrasco Formiguera. Con el tiempo, Nieto se convirtió en el principal impulsor del centro y consolidó su prestigio internacional mediante sus investigaciones en neuropatología cerebral. Además, dirigió un pabellón en el hospital psiquiátrico La Castañeda e impartió clases en la Facultad de Medicina de la UNAM, logrando articular con éxito las tres facetas profesionales: investigación, clínica y docencia.

Isaac Costero también dejó una huella indeleble en este laboratorio con sus estudios sobre los tumores del tejido nervioso; compaginaba dicha labor con la dirección del Laboratorio de Investigaciones Anatomopatológicas en el Hospital General de México. En 1944 se separó de ambos centros para concentrar su trabajo en el recién creado Instituto Nacional de Cardiología, dirigido por Ignacio Chávez; allí continuó aplicando las técnicas de Cajal, ahora orientadas a la patología del sistema cardiovascular.

La diáspora republicana y la naturaleza mexicana

Durante las tres décadas anteriores a la Guerra Civil, España experimentó un avance extraordinario en el conocimiento de su entorno natural. La “movilización de las masas” que

2 “Dos opiniones”, *Boletín de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas*, núm. 1, octubre de 1940, p. 13.

advertía Ortega y Gasset en la sociedad tuvo su correspondencia en la flora y la fauna. Estos seres, que constituían la biodiversidad del territorio, podían revelarse como valiosos aliados y aprovecharse como recursos naturales. Su estudio estaba en manos de dos comunidades científicas principales: el Museo Nacional de Ciencias Naturales, dirigido por Ignacio Bolívar, y el Instituto Nacional de Oceanografía, liderado por Odón de Buen. El prestigio de ambos científicos en sus respectivos campos era equivalente al de Ramón y Cajal en la medicina. Ambos centros quedaron desmantelados tras el conflicto bélico y muchos de sus integrantes encontraron asilo en México.

Los naturalistas ligados al Museo mantuvieron en el exilio un estrecho vínculo profesional: compartieron laboratorios y organizaron expediciones científicas para estudiar la riqueza natural del país que los había acogido. Se adentraron en entornos poco explorados —tales como cuevas, cumbres y océanos— con el propósito de investigar las adaptaciones biológicas a las condiciones extremas. Algunos zoólogos, entre ellos Cándido Bolívar y Enrique Rioja, destacaron por sus estudios taxonómicos; otros, como Federico Bonet, Bibiano Fernández Osorio y Tafall y más tarde Gonzalo Halffter, introdujeron enfoques ecológicos y biogeográficos. Los miembros más jóvenes del grupo (Dionisio Peláez, Fernando de la Jara y Eulogio Bordas) se incorporaron a las campañas nacionales contra el paludismo y realizaron notables aportaciones a la parasitología. Asimismo, el botánico Faustino Miranda, quien en España se había dedicado a las algas marinas, se convirtió en el principal especialista de la flora tropical y estableció una clasificación de la vegetación mexicana que sigue vigente. Todos ellos impartieron clases a nivel universitario, sobre todo en el IPN y en la UNAM, donde —al igual que los médicos de la escuela de Cajal— formaron a una pléyade de discípulos.

Los oceanógrafos enfrentaron mayores dificultades para recomponer su comunidad científica tras la Guerra Civil. Entre ellos destacó Fernando de Buen, quien, al ser contratado por la Universidad Michoacana —lejos de la costa—, se vio obligado a reorientar temporalmente sus trabajos hacia las aguas continentales. Al adaptar los métodos oceanográficos al estudio de los lagos, fundó la limnología en México. Bajo su tutela, la Estación Limnológica de Pátzcuaro se convirtió en un centro pionero en la investigación de cuencas lacustres.

Los químicos exiliados también aportaron conocimientos avanzados al aprovechamiento de los recursos naturales. En el Instituto de Química —fundado en 1941 por iniciativa de La Casa de España e incorporado a la UNAM dos años después—, Antonio Madinaveitia organizó un grupo de investigación enfocado en obtener sustancias de interés farmacológico y comercial; además, logró la proeza de producir sosa a partir del fondo salino del lago de Texcoco. Por su parte, Francisco Giral fue comisionado por la Secretaría de

Salubridad Pública para estudiar los medicamentos antipalúdicos, y aparte desarrolló investigación aplicada a la industria farmacéutica (síntesis de esteroides) y a la química alimentaria. Su labor docente en el IPN y la UNAM resultó fundamental para la formación de nuevas generaciones de científicos.

Una ciencia con el horizonte abierto

Quedan en el tintero los nombres de muchos exiliados que hicieron aportaciones notables en otros campos, así como de mujeres científicas cuyos trabajos apenas ahora están siendo valorados (Adela Barnés, Regina Lago, Enriqueta Ortega, Serafina Palma, Adela Ramón, María Roldán, Carmen Viqueira, etc.). Faltaría también mencionar algunas iniciativas muy prometedoras que, no obstante, tuvieron una vida breve, como el Instituto de Neuropsiquiatría (1941-1947), organizado por Gonzalo Rodríguez Lafora en la capital, o el Instituto de Fisiología y Farmacodinamia (1940-1945), creado en el IPN con la participación de Manuel Castañeda Agulló y otros fisiólogos.

Otras veces, la labor de los exiliados floreció en disciplinas inesperadas como la antropología, que en aquel momento estaba más desarrollada en México que en España. Salvo Pedro Bosch Gimpera y Juan Comas, quienes ya contaban con una trayectoria consolidada, el resto de los antropólogos españoles —entre ellos figuras tan destacadas como Santiago Genovés, José Luis Lorenzo, Ángel Palerm, Pedro Carrasco y Pedro Armillas— se formó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, dependiente del IPN hasta 1942. Debido a desencuentros con académicos locales, los tres últimos se trasladaron en la década de los cincuenta a Estados Unidos. En ese segundo exilio, continuaron con el estudio de la antropología y la arqueología mexicanas. Otro joven antropólogo, Claudio Esteva Fabregat, regresó a España en 1956 y desempeñó un papel fundamental en la institucionalización de esta disciplina en su país. Su caso representa un notable ejemplo de un exiliado que, tras recibir una sólida formación en México, retornó para transformar el panorama académico español.

El exilio republicano evidencia que el conocimiento carece de fronteras y que la ciencia prospera mediante las alianzas. México acogió a los científicos desterrados para sumarlos a su proyecto de nación; ellos, a su vez, correspondieron con responsabilidad. No solo aportaron el saber cultivado en España y Europa, sino que diversificaron sus investigaciones para alinearlas con las prioridades de su patria adoptiva. Son dos legados unidos en una misma historia que trasciende hasta el presente y en la que, como escribió Adolfo Sánchez Vázquez, “lo decisivo no es estar —acá o allá— sino *cómo se está*”. ~

FRANCISCO JAVIER DOSIL MANCILLA es profesor investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.



Periodismo y memoria: las mujeres del exilio

A menudo ignoradas por la historia literaria, las escritoras del exilio se enfrentaron a los prejuicios de su tiempo desde el periodismo y la escritura de la intimidad. Lograron transmitir un testimonio elocuente de su vida y su época.

La prensa desde el margen

por **Iliana Olmedo**

Una historia literaria alternativa

Si las dinámicas centro-margen que construyen la historia literaria parecen, en ocasiones, infranqueables, estas pueden agudizarse aún más en el caso de las mujeres, sobre todo cuando ellas ejercen géneros tradicionalmente cuestionables o poco normativos como el testimonio, el reportaje o la crónica. Quizá por eso, los estudios acerca del exilio republicano español tardaron mucho en poner en la mira la valiosa participación de las escritoras en el periodismo.

La inclusión de las periodistas en la historia intelectual es un largo proceso que ha pasado por distintas estaciones y abarcado varias décadas. El principal obstáculo se encuentra en que los textos creados por exiliados se mueven en realidades de fronteras fluctuantes y culturalmente difíciles de determinar.

Como ha anotado el crítico Ignacio Soldevila en *Historia de la novela española (1936-2000)*: la incorporación de los autores exiliados en manuales durante los primeros veinticinco años del franquismo era escasa y se mencionaban desde el desconocimiento, pues “se limitaban a poner de relieve la obra anterior al comienzo de la guerra civil. Véanse, como ejemplos, los manuales de Ángel Valbuena Prat (1968) o José María Castro Calvo (1967), ambos catedráticos universitarios”.

La categoría *literatura del exilio* como entidad aparte e independiente empezó a consolidarse y se unió a la creación de una lista de autores que se reiteraba en los estudios posteriores. Esta reincidencia robusteció un canon que apuntaló el tomo VIII de la *Historia crítica de la literatura española* (1984), en el que se estudiaba con detalle a Ayala, Sender, Aub y Andújar, y que solo mencionaba a Airó, Carrasquer, Masip, Otaola, Serrano Poncela, Granell y Chabás y, en el conjunto de mujeres, a Chacel, Carnés, Carreño, Guilarte, León y Mistral. Este texto sirvió de fuente a manuales dirigidos a diferentes niveles escolares. A partir de este momento, la aparición de algunos exiliados en las historias de la literatura se hizo más frecuente y aumentó su valor simbólico, ya que los manuales no solo difunden la existencia de un autor y un texto, sino que lo *popularizan*.

Fue hasta el final de la década de los ochenta cuando se emprendieron proyectos con el objetivo particular de excavar en los pantanos del pasado y sacar a la luz los movimientos de mujeres y su trabajo en la resistencia. Así se publicaron los testimonios de activistas como Nieves Castro y Consuelo García, pero fue hasta los años noventa que la atención se centró en la obra de las intelectuales del exilio.

Parte esencial de este proceso es el surgimiento del Grupo de Estudios del Exilio Literario (Gexel) de la Universidad Autónoma de Barcelona en 1993. En su página explica que “se plantea como tarea prioritaria y urgente la reconstrucción de la memoria histórica, cultural y literaria del exilio español de 1939, tarea de evidentes implicaciones éticas y políticas”. A partir de este esfuerzo arranca una labor de recuperación gradual y progresiva. Algunas de sus ramas se fueron fortaleciendo, pero otras seguían siendo auténticos campos inexplorados, como el estudio de las escritoras, y más de las que habían trabajado en la prensa, que se relegó al último cajón. Entre los muchos factores que provocaron la ausencia de las periodistas en la historia de la literatura se pueden enumerar: el sesgo de género —la escritura femenina se consideraba de menor calidad—; el periodismo se juzgaba una labor incidental —secundaria al trabajo de ficción—, y la dificultad para acceder a los textos. Es más, esta recuperación se emprendió mayoritariamente hacia el principio del siglo XXI, veinticinco años después de la muerte de Franco y del fin de la dictadura. Las primeras en ser conocidas fueron las exiliadas cercanas a grupos ya canónicos como Rosa Chacel, Concha Méndez, María Zambrano, Ernestina de Champourcín o María Teresa León (vinculadas a los poetas del 27). A los que se sumaron las activistas y políticas que habían desempeñado papeles relevantes durante la República, como Federica Montseny, Clara Campoamor e Isabel Oyarzábal. Al ser identificado un grupo se les nombró *la otra generación del 27* o *las sinsombrero*, porque fueron mujeres que transgredieron las normativas sociales, rechazaron el sombrero y desafiaron la autoridad. Existía, así, una conciencia de género que condujo a estas intelectuales a demandar derechos y a utilizar las publicaciones periódicas como foro.

Las mujeres en la discusión pública

En el comienzo del siglo XX, el perfil del intelectual se definió al convertirse en figura pública habilitada para exigir demandas y derechos en los medios periódicos. A las intelectuales, la prensa les permitió acceder al espacio público, no solo al acercarse a sus lectores, sino que, al ser reporteras, salieron a la calle, en principio vedada a las mujeres. La calle pertenecía a sectores de mujeres repudiadas o menospreciadas por la sociedad: prostitutas, obreras, viudas o institutrices.

Entre las principales periodistas de preguerra destacaron Magda Donato, seudónimo de Carmen Eva Nelken,

Matilde Muñoz, Josefina Carabias y Luisa Carnés. Aunque también cabe mencionar a las intelectuales que tuvieron una presencia constante en los medios periódicos como Carmen de Burgos, Silvia Mistral, Margarita Nelken, Concha Méndez, Mercedes Pinto y María Teresa León, por citar algunas. Estas escritoras atestiguaron en sus artículos el nuevo perfil femenino. Trazaron un retrato sobre las nuevas mujeres, que intentaban superar una tradición fuertemente arraigada y dejaron atrás el añejo papel de *ángel del hogar*, de esposa y madre, para revelar el surgimiento de la mujer moderna, independiente, autónoma y liberada sexualmente. Esto reflejaba una de las disyuntivas claves del periodo: el enfrentamiento entre tradición y modernidad a raíz del cambio político, que generaba también una transformación social. Estas intelectuales representan una perspectiva más de los muchos proyectos que constituyen la modernidad republicana. Proyecto que el exilio fractura.

Durante la guerra, varios intelectuales justificaron su actuación en la retaguardia con el trabajo realizado con la pluma y, con este argumento, varias mujeres periodistas afianzaron su actividad en las publicaciones periódicas coordinadas por el Frente Popular. Carnés, Nelken y Donato publicaron múltiples artículos, entrevistas, crónicas y reportajes en la revista *Estampa*, que había sido expropiada en cuanto se desató el conflicto armado. En estos textos refirieron tanto los pormenores de la guerra como las transformaciones del rol femenino: las nuevas profesiones, las mudanzas de los modos de vida o las conductas que se consideraban adelantadas de las mujeres. No obstante, las tareas efectuadas por las mujeres en la retaguardia se justificaban porque implicaban el papel tradicional de la madre, como la confección de vestidos y uniformes, la sanidad, las actividades de abastecimiento y el cuidado de heridos, ancianos y niños. En el artículo “Nuestras compañeras de Barcelona”, publicado en *Mundo Obrero*, Nelken elogiaba este rol: “como solo vosotras sabéis que a veces, para que no les faltara ese calor de hogar, respondisteis a esa solicitud maternal de los compañeros; para que hubiera pan cuando ya no había, o toallas limpias para que se refrescaran lavándose los que no tenían ya noción del tiempo ni del escozor de la piel abrasada por el cansancio; solo vosotras sabéis que a veces, sin decirlo y sin que nadie sospechara, os jugasteis la vida”. La misma autora, en un artículo aparecido en *Frente Rojo*, destacaba la numerosa participación femenina en la retaguardia y concluía: “Tal vez sea, esta transformación de nuestras mujeres, una de las características de esta guerra que más convenga subrayar.”

Estas intelectuales entienden la nota periodística como documento histórico. De ahí que el testimonio se convierta en una poética que se traslada a sus creaciones de ficción. Como Carnés lo hace en *Tea rooms* (1934), titulada *novela reportaje*. De esta forma, los textos periodísticos se convierten en herramientas que documentan la obra de estas autoras preocupadas por revelar la realidad social y política.

Al concluir el conflicto bélico, estas periodistas continuaron desarrollando su actividad en publicaciones periódicas de los lugares de exilio. Las revistas fundadas por exiliados, como *Romance*, *Ultramar* o *Las Españas*, ayudaron a renovar el panorama cultural local, ya que bajo su influencia se conformaron más tarde los primeros suplementos culturales, los cuales dieron espacio a escritores e ilustradores, nuevos y consagrados, mexicanos y españoles. No se trataba solo de mantener activa una vocación, sino de salir adelante ante la necesidad económica. Ello también las motivó a colaborar en las publicaciones mexicanas como *Taller*, *Rueca*, *Cuadernos Americanos* o *La Espiga y el Laurel*. A diferencia de los intelectuales masculinos, que fueron aceptados con rapidez y soltura, las mujeres periodistas se enfrentaron a la resistencia del entorno. La participación de Nelken en la prensa mexicana se fue restringiendo con el transcurso del tiempo hasta constreñirse a la crítica de arte. Mientras que su hermana, Magda Donato, se concentró en la literatura infantil y dejó de lado el trabajo de reportera a pesar de que, antes de la guerra, había publicado numerosos reportajes, incluso de inmersión, en los que se hacía pasar por una empleada para documentar el trabajo en un hotel o por una paciente para mostrar la cotidianidad de un hospital psiquiátrico. Tanto Mercedes Pinto como Luisa Carnés desarrollaron una importante labor en la prensa de sociales, también llamada del corazón. Este desplazamiento respondía a una sociedad que se negaba a abrir los espacios públicos a las mujeres y a aceptarlas como poseedoras de opinión.

Ciertamente, en el México de los años cincuenta, la mayoría de las periodistas eran relegadas a secciones de mínimo alcance. De esta manera, Mercedes Pinto mantuvo durante años una columna en la que resolvía dudas y preguntas con el seudónimo Sor Suplicio; con él alcanzó tal fama que fue invitada a participar cada semana en el programa de Manolo Fábregas en el canal 13. En la necrológica de Pinto, aparecida el 27 de octubre de 1976 en *El Universal*, definían su labor: “daba consejos, no de cura o de líder, sino de mujer experimentada que era”. Del mismo modo, los artículos de una periodista de experiencia como Carnés se encontraron junto a notas como el *Buzón Sentimental* a cargo de María Antonieta, en el popular diario *La Prensa*. Un ejemplo es el texto, publicado en ese medio, titulado “¿Con medias o sin ellas?”. Esta pregunta surgía frente a las dificultades de las mujeres para conseguir pantimedias en 1943, cuando la guerra mundial provocaba la escasez de diversos productos. Carnés, en la mejor línea reporteril que había aprendido en *Estampa*, salió a las calles mexicanas a preguntar la opinión de los ciudadanos. Mientras las mujeres consideraban las medias dispensables porque se podían sustituir por la raya que se pintaba a lo largo de la pantorrilla —y que, de acuerdo con Carnés, constituía una práctica habitual—, para los hombres, las piernas desnudas perdían elegancia. El reconocido

actor David Silva respondió: “Las medias son el mayor aliado para el amor, y ellas suponen la parte más afectiva del gancho con que nos pescan las señoras.” A partir de estos testimonios la autora concluyó que las medias creaban un conflicto entre economía y exigencia masculina. En estos artículos, Carnés filtró las críticas a la misma sociedad que notificaba. Sus temas solían dirigirse a un público femenino identificado con el ama de casa, hablaban de maquillajes, vestidos y organización del gasto. Por su parte, Pinto, además de escribir en las secciones dedicadas a las mujeres, en sus muchas columnas, publicadas en México, Chile, Uruguay, Argentina y Cuba, realizó una crítica frontal a la situación femenina.

Con el tiempo, Carnés se convirtió en la redactora principal de esta sección y este trabajo fue su ingreso más importante desde marzo de 1943 hasta 1961. A la escritora y crítica mexicana María Elvira Bermúdez no le dejaba de asombrarle que una novelista de talento como Luisa Carnés tuviera que ganarse el pan en el periodismo más popular y rudimentario, pero claramente en esa circunstancia no contaba con demasiadas alternativas. De hecho, Carnés compartió área de trabajo en *La Prensa* con Magdalena Mondragón, periodista y escritora mexicana, encargada de editar la sección de noticias policíacas (robos, secuestros, atracos, etc.), que se desempeñó como la primera directora de un diario en México. Ambas fueron reporteras pioneras, que lograron encargarse de secciones completas. Otras periodistas que padecieron situaciones similares fueron Esperanza Velázquez, Adelina Zendejas, Elvira Vargas, Rosa Castro, María Luisa Ocampo y Rosario Sansores. Esta escritora sufrió la misma marginación que Carnés y, aunque también era poeta, solo fue aceptada como periodista en las secciones de sociales del diario *Hoy* y del *Novedades*, donde publicó la columna “Rutas de emoción” acerca de las clases altas y medias en el México de los años cincuenta. Su poesía, de hecho, solía ser calificada de cursi. La estudiosa Rosa María Valles Ruiz ha señalado que, en los años sesenta en México, las mujeres consiguieron “pasar de las secciones sociales a las culturales”, pero eso no significó que pudieran hablar de política, que siguió vedada hasta finales de la década.

A pesar de estas restricciones, las intelectuales del exilio español mostraron las sociedades en las que vivían y sumaron esfuerzos para transformar el papel social y político de las mujeres en Latinoamérica. Así, dialogaron no solo con sus contemporáneas, sino con una tradición narrativa femenina precedente rastreable en sus artículos, crónicas y reseñas. Con su labor, abrieron el camino a las creadoras del futuro. ~

ILIANA OLMEDO es narradora e investigadora. Entre sus libros se encuentran *Itinerarios de exilio. La obra narrativa de Luisa Carnés* (Editorial Renacimiento, 2014) y *Narrativas periféricas. Historia e historiografía del exilio español en México* (Peter Lang, 2020).

Un susurro de fondo: escrituras del yo

por **Conrado J. Arranz
Mínguez**

Para las mujeres republicanas del exilio español en México, las escrituras del yo fueron prácticas autorreferenciales que moldearon una identidad en diálogo frente a los mandatos sociales; no solo un mero ejercicio de desahogo o registro de la nostalgia. Al

apropiarse de la primera persona, estas mujeres desafiaron lo que Sidonie Smith y Julia Watson llamaron límites normativos y tradicionales de la identidad, convirtiendo la escritura en herramienta de subversión y libertad. Debemos recordar que asimilaron un país con menos derechos consolidados para la mujer y que también enfrentaron asimetrías profundas de género, como se observa en el trabajo de Pilar Domínguez Prats con los expedientes de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE). Por ejemplo, se rechazaban sistemáticamente las solicitudes de las exiliadas que pedían apoyo económico para comprar una máquina de escribir, aceptando aquellas otras destinadas a una de coser; también había maestras que debían ceder sus puestos a otros maestros recién llegados con el único argumento de que ellos eran cabeza de familia. El espacio público parecía un territorio vedado para la voz de estas intelectuales y hoy siguen siendo desconocidas para una mayoría lectora.

A pesar de estas barreras de género, las exiliadas en México articularon un extraordinario y heterogéneo archipiélago de escrituras del yo, que nos hablan mucho también de los campos literario y editorial de la época. Muy pocas consiguieron publicar pronto sus textos sobre la guerra y el consecuente exilio en la forma canónica de libro en México, pienso en *Éxodo* (1940) de Silvia Mistral o en *Doble esplendor* (1944) de Constanza de la Mora, antes publicado en inglés; la gran mayoría tuvo que hacerlo muchísimo tiempo después, incluso a pesar de tenerlas ya escritas, como *De Barcelona a la Bretaña francesa* (2011) de Luisa Carnés, escrita en 1939, o las memorias de Syra Alonso, que escribió entre 1937 y 1945, pero se publicaron incompletas en el 2000 y completas en *El mar tenía un amargo sabor a lágrimas* (2026). Otros, como *Antes que sea tarde* (1996), de Carmen Parga, *Retrato hablado de Luisa Julián, memorias de una guerra* (1996), de Aurora Arnaiz Amigo, *Té beso buenas noches* (1997) y *Cerezas* (2008), de Aurora Correa, o *Una mujer en vilo* (1999), de Águeda Pía Fernández, se publicaron en el último periodo de vida de las autoras, favorecidas por la tercera ola del feminismo y la voluntad e interés político y editorial

del momento. Por último, recordamos *Memorias habladas, memorias armadas* (1990), de Concha Méndez, y *Taquigrafía, Guerra Civil y exilio* (2026), de Eladia Lozano, que debemos al trabajo de sus descendientes, Paloma Ulacia Altolaguirre y Patricia de los Ríos, respectivamente, a partir de grabaciones orales. Este mapa mínimo ilustra el sinuoso camino que estos textos debieron seguir para encontrar a sus lectores y, sobre todo, para ser reconocidas como escritoras con unos aportes que, de tan privados, ya eran políticos. Los casos de Syra Alonso, Eladia Lozano, Águeda Pía Fernández y Luisa Carnés, en los que me detendré, resultan especialmente significativos para comprender su densidad y riqueza.

Ampliación de los soportes narrativos

Por motivos de diferente índole, algunos vinculados a ciertas violencias simbólicas dentro del campo de la producción cultural, ninguna de las cuatro encaja en un modelo convencional de autobiografía o memoria publicada por un sello consagrado, como, por ejemplo, sí ocurre con *Vida en claro* (1944) de José Moreno Villa. Por tanto, el valor de estas escrituras del yo escritas por mujeres en el exilio republicano en México también radica en su formación en los márgenes, en soportes híbridos o de distribución diferida, o, simplemente, de una manera oral en un archivo familiar vivo para las siguientes generaciones. “Familiar” entendido aquí de manera amplia, pues ellas se reconocían “hermanas” de una misma realidad, por ejemplo, Syra y Eladia. Además, salvo Luisa Carnés, que llegaba con una trayectoria consolidada dentro de la literatura, el resto no se reconocían a sí mismas como escritoras, aunque coincidían en que escribir era la mayor habilidad que tenían. Syra Alonso, que decía no tener ningún sentido práctico de la vida para ganársela, no dejó de escribir e intentar publicar sus relatos en revistas. Águeda Pía Fernández era más explícita y se preguntaba en sus memorias: “¿qué es lo que más me gusta? Escribir, nadar, ver pintura, escuchar música. En este orden”. Eladia Lozano taquigrafó y mecanografió numerosos escritos y discursos en los que llegó a hacer, como ella cuenta, aportes significativos, pero fueron muy pocos los textos que escribió bajo su autoría, apenas tres artículos en la revista *Independencia*, en una sección de la Unión de Mujeres Españolas en México. Por eso sus textos no aparecen dentro de los cánones y, aún hoy, es difícil acercarnos a ellos.

De alguna forma, hay una subversión en el formato autobiográfico al emplear soportes narrativos periféricos, fragmentarios u orales. Syra Alonso nunca mecanografió sus textos, los escribió una y otra vez en cuadernos que compraba en papelerías de sus lugares itinerantes de residencia. En ellos, tachaba, escribía entre líneas, añadía hojas y todas las versiones contenían variantes, motivo por el cual se necesitó un laborioso trabajo filológico y editorial para ofrecer al público la mejor versión. Por el contrario, Eladia Lozano, mecanógrafa profesional, nunca escribió sus propios textos testimoniales, y fue

gracias a las entrevistas y al trabajo de edición de su hija que hoy podemos contar con sus valiosas memorias. Otra mecanógrafa y escritora, Águeda Pía Fernández, solo pudo ver publicadas sus memorias y textos periodísticos en dos volúmenes que tuvieron una escasa tirada, 150 y 200 ejemplares. Por último, Luisa Carnés, escritora excepcional, no vio publicada en vida su única memoria, la del final de la guerra y el inicio del exilio en Francia, mientras que la de su exilio mexicano debemos leerla de forma fragmentaria, como perlas dentro de los artículos que publicó en el suplemento cultural de *El Nacional*, por etapas llamado *Revista Mexicana de Cultura*.

Desmonumentalización del yo

Esta se produce mediante un desplazamiento radical del centro de gravedad del discurso. Así, frente al relato masculino dominante del exilio, concentrado en gestas colectivas, militancias partidistas, momentos épicos o convergencias con personajes públicos de notoriedad, en estas narrativas del yo hay una mirada próxima a la experiencia subjetiva, al registro de emociones y sentidos, a la construcción de la vida a partir del detalle cotidiano. El discurso no contribuye, por tanto, a cincelar un monumento más para la gran historia, sino que encarna las repercusiones de esta. Las memorias de Águeda Pía Fernández son un gran ejemplo de esta desmonumentalización, pues, al inicio, atribuye elementos positivos a la Guerra Civil —evitó la cárcel y ganó la libertad de pensamiento al elegir su destierro— frente a la otra guerra civil-jurídica que tuvo que librar ya en México y que sí la condujo a la cárcel. Detrás de estas palabras se hallaba el severo conflicto de divorcio que mantuvo con su esposo, el pintor mexicano Raúl Anguiano, por quien dejó su trabajo en El Colegio de México al casarse.

Eladía Lozano tiene otras herramientas de desmonumentalización: la ironía, el humor y los cuidados. Así, podemos leer la batalla del Ebro a partir de la anécdota del regalo que recibe tras un día completo taquigrafando reuniones y partes de alto secreto: medio queso de bola y un pedazo de jamón, que, finalmente, decide compartir con sus compañeras de residencia y con su familia ya asentada en Barcelona. Sobre el campo de internamiento en Francia, Lozano nos comparte sus aventuras, cómicas en gran parte, para conseguir el envío de cartas y mediar en la correspondencia de otras mujeres. En este mismo sentido, y en un campo de internamiento semejante, Águeda Pía también comparte lo chocante que le resultaba ver, cada fin de semana, la llegada de un grupo de franceses nudistas a una casa vecina, cuando ellas tenían tantas carencias. Eladía Lozano, ya en el exilio, también cuenta cómo, antes de enviar ropa a España, debían acostarse con ella para arrugarla y desgastarla, evitando así la confiscación del franquismo. Estas acciones, contadas con un tono de humor y ligereza que recorre sus memorias, van tejiendo los hilos de otra historia, además, desde luego,



de configurar una cartografía de los afectos en momentos de dramatismo.

En las memorias de Syra Alonso aparecen con precisión los hechos históricos más relevantes que acaecieron en Galicia tras la sublevación; sin embargo, a la par de ellos, encontramos otros relatos que afectan a personajes cotidianos. Así, nos hace partícipes de la triste historia de Cesáreo, el pescador y luchador social que intenta suicidarse en la cárcel; o del niño ciego que recorría las calles recitando de memoria los versos de Federico García Lorca, hasta que un día lo silenciaron; o de Andrés Pinilla, que lloraba junto a su hijo porque no encontraba a sus otros dos hijos. 87 años más tarde, los restos de ambos aparecerán en la misma fosa común del esposo de Syra. Gracias al archivo, sabemos que los relatos de estos personajes los escribió antes que sus memorias, con enorme valentía durante el tiempo más duro de represión, para formar un pequeño libro que se titularía *Héroes anónimos*. La épica en Syra Alonso se encuentra en la especial sensibilidad con la que lee la naturaleza en relación con los hechos y en el cuidado que tiene hacia sus espacios de escritura como lugares seguros para exponer su vulnerabilidad. Desde esta experiencia cotidiana, de afectos “mínimos” y espacios sensibles, es desde donde construye una historia mucho menos conocida.

Asunción de una poética de la permeabilidad

Mientras una gran parte de las redes del exilio intentó preservar una “España intacta”, fomentada en las tertulias de los cafés y en asociaciones políticas, la narrativa de estas escritoras se caracterizó por una disposición a un contagio cultural, lingüístico y afectivo muy horizontal con el país de acogida, siempre sin perder la mirada política de su país de origen. Los textos que Carnés firmó como Natalia Valle en *El Nacional* son una buena muestra de ello. Curtida en la representación realista de la obrera urbana, Luisa Carnés detiene su mirada sobre los desposeídos de México con sensibilidad y compromiso. Aunque se enuncia sin rodeos en la prensa—disculpándose a veces por su osadía—, su prosa asimila con maestría el léxico local para narrar con una precisión asombrosa: escribe estudiando la realidad que le rodea, tendiendo vínculos, dejándose abrazar. A veces, este abrazo es tan fuerte que le recuerda algún pasaje de su vida en España, con melancolía, quizá, pero más con el calor que abriga el compromiso.

Eso sí, quizá la aculturación más radical, por inusual en las redes del exilio, fue la de Syra Alonso. Apenas transcurrido un año de su llegada a México, tomó una decisión extrema: dejar a dos de sus hijos al cuidado de personas de confianza en la ciudad y marchar con otro de ellos a Actopan, una comunidad originaria nahua y totonaca de Veracruz. Allí, en un pequeño jacal de Papita, prestó servicios desinteresados de índole sanitaria y educativa a la comunidad, y tuvo la tranquilidad suficiente para concluir sus memorias. De paso, además, dejó registro de muchas de estas personas, lugares

y sucesos en un buen número de narraciones de carácter indigenista que la editorial Alvarellos publicará en 2027. El presente de la comunidad, finalmente, se convirtió en un espejo en el que reparar su propia homeostasis emocional, si no definitivamente, sí al menos de manera funcional para enfrentar su presente, reconociéndose en el privilegio de estar viva y junto a sus hijos, sabiendo además que su lugar se encontraba con los más débiles en México.

A pesar de su pertenencia al Partido Comunista de España (PCE) en el exilio y a las redes del comunismo internacional, en virtud de la cual trabajó en diferentes embajadas en México o con dirigentes como Pablo Neruda, Eladia Lozano asimiló de una forma activa y profunda el país de destino. Se naturalizó muy pronto y se formó—por ejemplo, con Mancisidor— para comprender los referentes históricos, sociales y políticos que afectaban la realidad del país. Lo hizo tan bien que, como cuenta su hija, de cualquier exposición podía explicar ampliamente el contexto. Su nieta Mariana incluso recuerda que Eladia afirmaba a cada rato que “la patria no solo es el lugar donde naciste, sino donde tienes la oportunidad de estar vivo”. La autora abrazó y defendió las causas que entendió justas, por ejemplo, participó, junto a sus dos hijas, en las marchas del 68. De ellas cuenta que, en una ocasión, les dio todo el dinero que tenía a los universitarios que boteaban en las calles y luego no pudo pagar el transporte para regresar a casa. Su forma de contar, que podría parecer anecdótica, siempre encuentra un sentir simbólico más profundo que parece obtener una recompensa. En este caso, aparecer fotografiada en *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska. Los afectos entretejen la historia con un hilo fino y trasladan un aprendizaje mucho mayor al del resultado histórico.



Las diferentes escrituras del yo de las exiliadas republicanas en México se develan como una fuerza reconstructiva que, sin duda, contribuyó al panorama cultural de nuestro país. Ellas practicaron una poética de la permeabilidad activa y sostuvieron la supervivencia y la memoria en innumerables redes de cuidados y afectos. Sin aislarse, se integraron vitalmente al país de acogida: escribieron, enseñaron, protestaron y miraron hacia rincones inusuales de su nueva patria. El exilio republicano no solo se redactó en manifiestos o se reconoció en figuras fundantes de instituciones, sino que se tejió, se taquigrafió, se escuchó y se resistió desde diferentes espacios, no siempre tan públicos. Quizá no debemos quedarnos en el lugar común de recuperar estas voces, pues no estaban perdidas, eran voces que nos encontrábamos por todos lados, pero a las que no prestábamos atención, más bien deberíamos preguntarnos por qué. Y, desde luego, leerlas. ~

CONRADO J. ARRANZ MÍNGUEZ es profesor-investigador en el Departamento Académico de Lenguas del ITAM. Este año se publicó su edición de *El mar tenía un amargo sabor a lágrimas. Memorias (1937-1945)* de Syra Alonso.



Gabriel Zaid y la poesía indígena del norte de México

En *Poesía indígena del norte de México*, Gabriel Zaid estudia la lírica popular de culturas que habitualmente han sido colocadas al margen. Tres comentarios sobre esta reciente antología subrayan el valor de esta empresa realizada desde el asombro genuino y la originalidad intelectual.

La documentación al servicio de la poesía

por **Julio Hubbard**

De vez en vez aparece un libro raro e inclasificable que terminará siendo canónico. Acaba de salir *Poesía indígena del norte de México*, de Gabriel Zaid. Es una antología de poemas pepenada durante décadas entre muestras muy dispersas y escasas. Son 35 lenguas. Cada lengua va precedida o presentada por un ensayo. Más un ensayo introductorio: “Poesía ignorada”, y otros tres breves ensayos al final: “Indios a caballo”, “El desierto pródigo” y “Los primeros americanos”, y un mapa del territorio del norte de México, que coincide con el antiguo Septentrión novohispano y un poco más (las lenguas cheroquí, osage, árpajo o pani apenas fueron parte de la Nueva España). Excepto el mapa, todo fue publicado por entregas en *Letras Libres*, desde 2017 hasta hace un par de años. La lectura esporádica habría hecho pensar que la compilación daría un libro marginal. No lo es.

Zaid no publica libros de pedazos reunidos y este libro nuevo se articula con otros libros suyos. Comparte la

creatividad de la lectura de *Leer poesía*, la calidad crítica y antológica del canónico *Ómnibus de poesía mexicana* y la miscelánea del goce que hallamos en *Poemas traducidos*. Ninguno de estos libros se parece al otro: uno es un libro de ensayos; otro, de poemas de otros; el tercero, de traducciones. En este libro convergen los tres oficios.

Cada una de las 35 lenguas se presenta con la misma disposición: un ensayo que, en menos de tres páginas, explora la etnia, su historia y modo de vida, la lengua y las fuentes de donde se han tomado los poemas seleccionados, o hallados, o rescatados (con la sola excepción de los caddo, de quienes hay información etnológica, incluso lingüística, pero nadie se ocupó de registrar cantos, poemas ni rezos). Queda poesía anónima, ritual, colectiva: arrullos, conjuros de caza, invocaciones a la lluvia, flora y fauna locales, cantos de oficios, plegarias al sol. Economía expresiva. Los poemas son, casi todos, de exteriores, sin intimidad ni psicología personal: poesía sin “yo”, celebración de la lengua y la comunidad. El tono general es más celebratorio que de lamento.

Lo primero que le dice Zaid a su lector es que “este es un libro de poesía ignorada que solo pudo antologar un ignorante. Incluye poemas traducidos de 35 lenguas, ninguna de las cuales conozco”. Los poemas se integraron con tres operaciones distintas en el libro: la reescritura literaria de una

traducción inglesa, la reescritura de una paráfrasis española ya literaria y la versificación de un texto etnográfico más literal. Es un libro de poesía, desigual porque no son lo mismo las fuentes, que las hay ricas y abundantes, o escasísimas y hasta nulas, como los caddo. La maestría de Zaid consiste en no fingirse etnólogo, ni lingüista, antropólogo ni nada. De hecho, la ausencia de “yo” de los poemas es también ausencia en los ensayos. Curioso libro: está claro, uno lo reconoce: es un libro de Zaid; igual de claro: Zaid no es visible; la realidad visible son los cheroquis, lipanes, yumas... y su mundo.

En realidad, Zaid inició la búsqueda de poesía indígena desde hace más de medio siglo. El *Ómnibus de poesía mexicana* (1971) incluye diecinueve lenguas indígenas, principalmente mesoamericanas; de esas, seis son del norte (cora, huichol, maratino, seri, tarahumara y yaqui) y dos no están en este nuevo libro: el cora y el huichol, que quedaron fuera del mapa, no del oído del autor. El *Ómnibus* cuenta además con una sección entera dedicada a la poesía náhuatl.

Por fortuna, la búsqueda no se interrumpió; por ejemplo, el *Ómnibus* no incluía este poema rarámuri: “¿Acaso Los que caminan Arriba cuidándonos / vacilan en su viaje? / ¿Acaso Aquellos Que Nos Proporcionan La Luz / son perezosos al caminar allá? // Los Que Caminan Arriba velando por nosotros, ¿alguna vez se han dado por vencidos?”

El mapa lingüístico es intrincado y, además, con los renglones torcidos de la historia. Pero, en trazos toscos, digamos que Zaid tuvo que mediar entre dos tradiciones muy distintas: una que viene de Nueva España y se continúa, accidentada, hasta hoy, y la otra, la estadounidense, de muy distinto aliento y factura, movida por la idea de “rescate”: documentar antes de que desaparezca. Es una línea con muchos más dineros e instituciones disponibles; es académica y mucho más disciplinada en la documentación. Franz Boas puso el método (textos en la lengua, colaboradores nativos, gramática descriptiva), pero el marco sigue siendo el indio como archivo que se cierra: rescatar canciones “antes de que los más viejos mueran”. En inglés hay muchísimos más libros, centros de documentación, museos y páginas de internet. Y no hay que olvidar una tercera fuente: la propia voluntad indígena, que cuenta actualmente con sus propios traductores y lingüistas. Por eso Zaid cuenta con más fuentes en inglés que en español.

En castellano, la fuente más recurrida es el libro de Alonso Vidal, *Los testimonios de la llamada. Cantos y poemas indígenas del noroeste de México y de Arizona* (Hermosillo, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Sonora, 1997). Difícil de conseguir.

No es la línea de la gran tradición de Sahagún, Durán, Olmos, Motolinía, que son misioneros y, con lagunas y desapegos, continuaron hasta llegar a sabios como Ángel María Garibay (que vertieron la antigua palabra “a la luminosa prisión del alfabeto”) y el traspaso, vía Miguel León-Portilla, a residir en el ámbito universitario y el humanismo laico. Ahí sí hay un linaje. Pero es mesoamericano y náhuatl. No es el norte.



GABRIEL ZAID
POESÍA INDÍGENA DEL NORTE DE MÉXICO
Ciudad de México, Tusquets, 2026, 248 pp.

Por supuesto, Zaid conoce esta tradición y la encomia; incluso recoge la rama que le había salido a la tradición: los jesuitas que trabajaron en las regiones septentrionales: vocabularios, confesionarios, catecismos de cahíta, éudeve, ópata, tarahumara, tepehuán, cochimí, pima. Aprendieron lenguas sin antecedente grecolatino útil. Recogieron lo que servía para bautizar, confesar y gobernar la misión. El fragmento maratino de fray Vicente de Santa María (1755-1813), por ejemplo, es el único poema que queda de esa lengua.

Pero el filón norteño se corta con la expulsión de los jesuitas. No hay un Garibay del yaqui o del cochimí. El Estado mexicano independiente mira al Centro; Pimentel y Orozco y Berra clasifican; el norte lingüístico queda como frontera, desierto, “chichimeca”. El adelgazamiento no es que el clero se volviera antropólogo. Es que se fue la orden que sabía esas lenguas y nadie ocupó el hueco con el mismo oficio.

Zaid no es franciscano, dominico ni jesuita; no es Garibay, no es Boas. Es un poeta que busca, indaga y lee los archivos estadounidenses, el florilegio sonorenses y recorre durante décadas un cerro de libros, sitios, documentos con el oído de *Leer poesía*. Su prólogo es la sensatez de quien sabe que llega al final de las dos líneas: demasiado tarde para el interlocutor misionero, demasiado lejos de las lenguas para el descriptivista. Zaid descubrió poemas o hizo poemas desde la pedacería lingüística, los fragmentos extraviados. Y sin dejarse engañar por la geografía que México había dado por perdida en 1848: las lenguas y las culturas no usan pasaporte.

Lo que hay en este libro vale de suyo, de modo concreto, no de modo derivado de disciplinas abstractas o actitudes moralizantes o políticas. El mundo de documentos del que ha venido Zaid está cundido de pastorales, salvamentos, humanismos de receta, etnología, estrechez académica, o de ideas ridículas de soberanía gubernamental y, lo más abundante: la sordera tapiada de casi todas las disciplinas ante aquello que de verdad importa para quien canta o dice un refrán o repite un poema con la voz en la que cada persona habla consigo misma, cuando piensa o canta o reza en la lengua materna, la de la tribu y la familia.

Por eso hay poemas magníficos. Por ejemplo, los poemas osages: “Los epítetos del búfalo”, o poemas inquietantes como “Los señalados”: “Hay gente en la noche / con señal en la frente. / Hay gente en la noche / con señal en el cuerpo.”

De pronto, una imagen perfecta en un canto seri: “En el día, la cueva está oscura. / En la noche, la cueva está iluminada / como si fuera antorcha / o luminaria.”

O un poema de broma y empatía juntas, como “Contra los coyotes”, en kiliwa:

Ustedes, que no cazan nada.
Me corretearon por todas partes.
Me corretearon dos o tres veces.
No tienen nada que comer.
Están exhaustos, se tropiezan.
Están cansados.
Ladran ruidosamente y nada.

En los ensayos, Zaid quitó todo bagazo, residuo, hasta dejar solamente densidad fáctica y transparencia en la prosa. Todos los capítulos tienen la misma estructura. Ningún párrafo se parece a otro. Y, ya lo sabemos, Zaid no le concede espacio a la sensiblería. El libro está poblado por la tristeza, a veces, y se entiende: la historia de los indios del norte no es para sonreír. Los ensayos dan cuenta de la historia, con guerras, viruela, despojo, pero también sus formas de producción, la relación con el entorno, sus cortejos y arrullos o el modo en que presencian lo sagrado. Los poemas dan cuenta de la vida anímica, cultural, al interior de cada pueblo. Cuando fueron publicados por separado, cada ensayo resultaba notable. Reunidos hacen un libro extraordinario: son lo que eran, pero ahora son un mapa literario, cultural y poético: una región del mundo llena de vida (“El desierto pródigo”) y resiliente en el cambio (“Indios a caballo”). La modernidad y sus Estados habían borrado un mosaico muy complejo de pequeñas naciones, como si el nomadismo los volviera fantasmas. No los veíamos. Ahora no podemos fingir que no los vemos, porque incluso los escuchamos. ~

JULIO HUBARD es filósofo, poeta, ensayista y traductor. Su libro más reciente es *Sangre. Notas para la historia de una idea* (Cinosargo Ediciones, 2022).

Un acontecimiento literario

por **Humberto Beck**

¿En qué consiste un acontecimiento literario? En la ocurrencia de un suceso que marca un antes y un después en la historia de la comprensión de una literatura.

La publicación de la antología *Poesía indígena del norte de México*, de Gabriel Zaid, representa un acontecimiento de esta naturaleza, ya que supone la recuperación y configuración de una literatura olvidada y casi invisible: la de los pueblos originarios del antiguo Septentrión mexicano, esa vastísima región geográfica que abarca los

territorios de los actuales estados del norte de México (Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Durango, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas) y el suroeste de Estados Unidos (California, Nevada, Utah, Arizona, Colorado, Nuevo México y Texas).

Poblada desde hace milenios por decenas de pueblos originarios, explorada y colonizada hace varios siglos por distintas potencias europeas, y dividida a partir de 1848 en los dos espacios nacionales de México y Estados Unidos, esta región siempre ha constituido una unidad histórica y cultural, desde tiempos prehispánicos hasta el presente más inmediato.

Largamente eclipsadas por la monumentalidad del arte y la arquitectura de las civilizaciones mesoamericanas del sur del continente, las culturas originarias del norte de México han sido la matriz de un espacio civilizatorio de larga duración en el que se han incubado desarrollos políticos, sociales y culturales de enorme trascendencia.

La historia del hemisferio occidental (y del mundo) habría sido muy distinta si el Imperio comanche no hubiera dominado durante décadas las tierras del norte de México y el suroeste estadounidense. Nuestra idea de la subjetividad y de la psique difícilmente habría adquirido sus contornos contemporáneos si los escritos de Antonin Artaud y Carlos Castaneda no hubieran globalizado los contenidos de los rituales de los yaquis y los rarámuris, convirtiéndolos en el combustible mental de la vanguardia y la contracultura.

Una antología constituye un acontecimiento solamente si llega a desordenar las categorías convencionales de la recepción literaria y obliga de este modo a pensar en una literatura de otra manera. Al recuperar la memoria de la potencia lírica de los pueblos del Septentrión, la antología de Zaid trastorna las formas de recepción de dos literaturas nacionales —mexicana y estadounidense— y apremia a repensar ambas tradiciones desde otras perspectivas, como, por ejemplo, la de contemplar más seriamente la existencia en estos espacios geográficos de cuerpos de literatura transnacionales, plurilingües, propiamente *norteamericanos*.

Los poemas, coros, cánticos y arrullos antologados por Zaid provienen de 35 lenguas distintas, las cuales comparten el común denominador de tratarse de lenguas que han sido “habladas en territorios que fueron o siguen siendo mexicanos”. Otro común denominador es que estos poemas encarnan una forma de decir o más bien de *ser* literario que está mucho más allá de cualquier dicotomía reduccionista entre lo “primitivo” y lo “civilizado”. Estas composiciones poéticas son los frutos que emergieron del seno de actividades integradoras que trascendían lo verbal, como el ritual y la guerra, la caza y la crianza. Se trata más bien, como lo ha estudiado la etnopoética de Jerome Rothenberg, de *actos poéticos vitales* registrados a través de la escritura.

La poesía de los pueblos indígenas del norte es, en primer lugar, una poesía de los orígenes, el maíz, la fertilidad,

el sol y la lluvia, como en este poema apache: “Al oriente, donde está el agua negra, / crece el alto maíz con raíces profundas. / Tallo esbelto, hojas largas, pelo rojo / y el brote oscuro del elote / con rocío.”

Puede ser también —como lo es, en el fondo, toda lírica— una poesía de la fascinación ante la propia experiencia, de la capacidad misma de *sentir* y darse cuenta, de la extrañeza de que el mundo —los astros, los elementos, la luz nocturna— exista. Así nos dice un canto seri a la luna: “Por donde paso / camino en el cielo. // Por donde paso / es asombroso.”

Ante la majestad del cielo, un poema osage se maravilla por la vida terrestre y su integración en los ciclos del cosmos, por la permanencia y la transformación: “Vamos, amigos. / No es tarde para ir a un mundo nuevo. / Remando surcaremos las aguas / para ir más allá del ocaso, hasta morir / donde navegan las estrellas.”

Por su parte, en un canto navajo se intima que el devenir de la existencia humana en la tierra puede cumplirse en la experiencia de la finitud, porque revela la bondad del mundo: “En la vejez, vagando renacido / por un sendero vivo de belleza, caminar. // Todo termina en belleza.”

La literatura de los pueblos del norte es, igualmente, la literatura del empeño de unos pueblos en su propia continuidad, de su bizarría frente a las fuerzas del despojo, la invasión y el exterminio. Una poesía que a veces asimila la tenacidad de la resistencia a un proceso natural, cósmico incluso, como en este canto apache de guerra: “Así como la mañana se levanta / y el sol surca por los cielos del Creador, / nuestro pueblo se alza con las armas, / al calor de la lanza, el cuchillo y las flechas.”

O en este canto rarámuri:

Somos rarámuris.

Sostenemos el mundo.

Somos la columna del mundo.

La lectura de esta antología de Zaid transmite un mensaje: la realidad cultural e histórica de México se extiende más allá de lo que habitualmente entendemos por “México”. La cultura mexicana, en su sentido más abarcante, incluye aspectos ignorados, despreciados o negados por el relato nacional, como el hecho de que esta cultura siempre se ha compuesto por docenas, si no es que cientos, de lenguas y formas de interpretar el mundo. O como el hecho de que el espacio geográfico que la cultura mexicana efectivamente ha ocupado excede ampliamente las fronteras políticas del actual Estado nacional mexicano.

Tras la escisión del Septentrión en 1848, la cultura mexicana no solo no desapareció en los territorios conquistados, sino que en ellos ha persistido y seguido evolucionando hasta la actualidad, ampliando y enriqueciendo las posibilidades de lo mexicano. Si la literatura de los pueblos indígenas del norte ha sido ignorada, ha sido en buena medida

porque se trata de una literatura que se encuentra en el cruce de esos múltiples desconocimientos de México respecto a sí mismo.

Siempre habrá una especie de abismo entre el presente vivo que dio origen a un poema y el presente de la lectura de su registro verbal en las páginas de un libro. Sin embargo, es gracias a ese mismo juego entre la distancia y la cercanía que la literatura existe, que se hace posible en tanto capacidad de invocación de *otros* tiempos, como el pasado y la eternidad. La literatura se mantiene, dicho de otra manera, en la capacidad de encarnar la persistencia de ese ámbito que ha sido conocido como el reino de lo espiritual. Por eso, como en los versos de una canción comanche, resulta difícil no conmocionarse ante la asamblea de voces que estas páginas congregan: “El mundo de los espíritus. / Viviremos otra vez, / viviremos otra vez.” ~

HUMBERTO BECK es historiador, ensayista y profesor de El Colegio de México. Su libro más reciente es *Insurrección, anarquía, revolución: una anatomía política del instante* (El Colegio de México, 2025).

La herencia olvidada

por **Armando González Torres**

Durante siglos, la poesía fue mayoritariamente anónima y funcionaba como una suerte de cemento social, escuela informal y memoria colectiva. Esta poesía anónima aún subsiste en comunidades relativamente apartadas del tráfico moderno, en las que muchos de los momentos significativos de la vida, desde el nacimiento o la iniciación en la pubertad hasta el matrimonio o la despedida, tienen un carácter ritual y un impacto colectivo. Esta poesía sin dueño, reacia a la imprenta y ajena a prestigios y jerarquías, conforma una tradición fundamentalmente oral, que sobrevive, de forma azarosa y fragmentaria, a las batallas y asedios históricos, a la erosión de la economía moderna sobre las sociedades tradicionales y a las tendencias a la homogeneidad cultural.

El libro de Gabriel Zaid *Poesía indígena del norte de México* constituye un acucioso trabajo de recopilación de la poesía anónima de grupos indígenas que habitaron el territorio que, en algún momento, perteneciera a México. Se trata de un ramillete de muestras poéticas, pero también minitratados de historia y antropología, que recuperan una herencia sepultada. Esta muestra revela las características del Zaid antologador, que elude la concepción de la poesía como una forma unívoca de producción y circulación literaria y que, desde su célebre *Ómnibus de poesía mexicana*, incluye muchas otras expresiones como la lírica popular, la canción infantil y, desde luego, la poesía indígena.

En un volumen de poco más de doscientas páginas, Zaid reúne un concentrado poético proveniente de muy diversos grupos indígenas. En muchos casos, se trata de etnias de raigambre milenaria, con rasgos nomádicos, temperamento levantisco y gran capacidad de resistencia y supervivencia. La antología recoge 35 lenguas, algunas de las cuales ya están desaparecidas, otras subsisten en invernaderos académicos y unas cuantas, con el apoyo de subvenciones, intentan ser reimpulsadas por sus hablantes y mezclan, con diversa fortuna, la herencia ancestral con las inquietudes contemporáneas.

Los textos de esta antología son muy distintos a lo que, desde el romanticismo, se ha definido y consagrado como poesía: no son las cuitas del poeta sufriente, las profecías del poeta vidente o los deliquios lingüísticos del poeta abstracto. Se trata de una forma hablada, recitada o cantada, entrañablemente impersonal, que todavía apela a la lectura en grupo y a la retentiva en común y que se funde en una cosmovisión compartida. Esta poesía transita fluidamente de lo secular a lo sagrado y de la evocación del trabajo cotidiano a la epifanía. Hay rasgos —ritmos, cadencias, repeticiones— que son indispensables para la reproducción oral, la memorización y la transmisión por generaciones. Igualmente, a menudo constituye una expresión multidimensional que, sorprendentemente, la acerca al ideal de algunas vanguardias literarias y, también, a la poesía performativa más reciente con su mezcla de disciplinas, su preocupación por temas de identidad y ecología, y su afán de comunión.

La poesía indígena tiene funciones tanto prácticas como rituales. Así, una canción puede tararearse en grupo al realizar una labor o bien puede ser parte de un ceremonial más complejo, y prolongado por días, acompañado con música, danza e ingestión de sustancias. Más que en la historia, o en las tribulaciones y las angustias de un individuo, estos poemas se nutren de las emociones compartidas, del contacto con la naturaleza y de los vínculos con lo mágico y lo divino. Así, en esta muestra pueden encontrarse poemas en torno a la creación, que mezclan mito y metafísica, como este fragmento de los cucapás:

En el principio
existieron dos seres
que brotaron
de la profundidad de la tierra.

Uno hizo la luz
y creó a los hombres,
el otro era un destructor.

También pueden encontrarse imploraciones para obtener favores en beneficio de la comunidad, como esta “Oración para que llueva”, de origen pápago:

Señor, arañó el aire y brota tierra.
araño el fuego y brota tierra,
araño el agua y brota tierra,
araño la tierra y brota mi sangre.
Que llueva, Señor, que llueva,
que llueva.

Igualmente es posible localizar un elogio para las labores cotidianas, como esta descripción de la hechura de atole de los cochimíes:

Al limpiar la semilla

Limpiaremos la semilla
para hacer el atole.
Para hacer el atole
limpiaremos la semilla.
[Se repite diecisiete veces.]

Asimismo, se encuentran elogios a los ciclos del día, como este canto al amanecer, de los paipai: “Llega la claridad del alba / y yo me voy. / Me voy cargando la claridad”. O este sentido seguimiento del rumbo del sol de los yavapáis, en “Sol caminante”: “¿Quién dice que no caminas? / En todas partes, de ida y vuelta, / el corazón te adivina.”

Ya George Steiner advertía sobre la merma irreparable para las facultades humanas que implica la pérdida de una lengua, pues se extravían modos únicos de mirar, sentir y pronunciar el mundo. Por eso, cuando Zaid recupera, con una visión de conjunto, estos testimonios líricos enriquece la llamada biodiversidad lingüística y restituye el timbre de voces perdidas. Mediante esta ordenación y recuperación, el antologador le da coherencia y visión panorámica a una Babel que parecería inmanejable, pues a estos idiomas tan distintos los reúnen rasgos comunes de cosmovisión, forma de vida y marginación histórica. Con esta recopilación se confirman las virtudes zaidianas de la curiosidad, la laboriosidad y el desprendimiento, ya que el antologador no solo muestra los resultados finales de su pesquisa, sino que deja abierta una fecunda veta y comparte toda la ardua (y sin duda gozosa) trayectoria: el peregrinaje por publicaciones casi inaccesibles y la búsqueda en páginas electrónicas y sitios de YouTube; los hallazgos históricos entre atroces y pintorescos y, desde luego, la sorpresa de la poesía. Porque, aparte de ser un rechazo a la uniformidad cultural y una restitución de la memoria histórica, esta antología entraña, ante todo, una luminosa celebración de la poesía y de su carácter de prodigio y regalo colectivo. ~

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES es poeta y ensayista. Su libro más reciente es *Jardines en el cielo. ¿Qué hacer con las utopías?* (Ariel, 2025).



**SOMOS
CREACIÓN
DE VALOR**



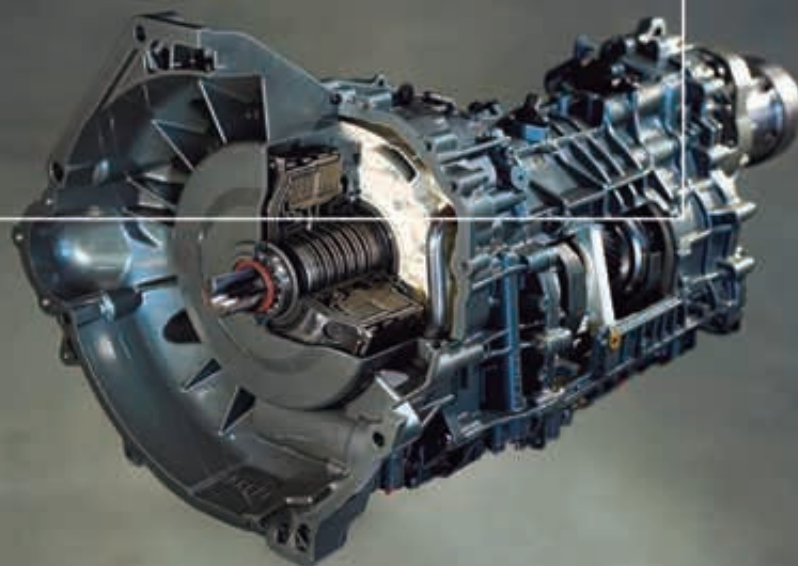


kuo

CONSUMO
INDUSTRIAL

dine

INMOBILIARIO



DESC
.COM



El fin del centro

por **Antonio Navalón**

Si en la confrontación electoral de hace unos años conquistar el centro era la prioridad, hoy la dinámica política ha cambiado radicalmente. La polarización nos obliga a preguntarnos si seremos capaces de construir un nuevo espacio político común para gestionar nuestras diferencias.

Durante buena parte de los últimos cincuenta años, la política occidental se construyó alrededor de una idea relativamente sencilla: las elecciones se ganaban conquistando el centro. Después de décadas marcadas por el enfrentamiento entre comunismo y capitalismo, gobernar significaba —con todas las diferencias que pudieran existir— acercarse a ese espacio político en el que podían encontrarse sectores de izquierda y de derecha. De esta manera, el centro se convirtió en uno de los principales instrumentos de estabilidad de las democracias occidentales.

Ahora mismo estamos asistiendo a su liquidación. El centro político pierde fuerza como punto de encuentro y también como refugio frente a los extremos. La polarización vuelve a ocupar ese espacio. Sin embargo, no es la

primera vez que ocurre. La historia del siglo xx demuestra hasta qué punto una crisis económica, acompañada por una mala política, puede destruir los equilibrios que parecían consolidados.

La Segunda Guerra Mundial no puede entenderse sin mirar lo que ocurrió después de la Primera. El Tratado de Versalles, la fragilidad de la República de Weimar y, más tarde, la Gran Depresión fueron creando las condiciones para una radicalización política cada vez mayor. Las reparaciones impuestas a Alemania, el sentimiento de humillación, la inflación y el desempleo terminaron erosionando la confianza en las instituciones democráticas y abrieron espacio a los extremos. En ese contexto, el nazismo pasó de ser una fuerza marginal a convertirse pocos años después en la principal fuerza política de Alemania.

La paradoja histórica terminó siendo extraordinaria: democracias capitalistas y la Unión Soviética comunista tuvieron que aliarse para derrotar al nazismo y al fascismo. Terminada la guerra, buena parte de Occidente reconstruyó su arquitectura política alrededor de instituciones, consensos y grandes partidos capaces de contener los extremos. El centro no eliminó las diferencias ideológicas, pero durante décadas permitió administrarlas.

Ese mundo es el que está desapareciendo.

Nadie sabe exactamente qué ocurrirá en las elecciones de medio mandato de Estados Unidos del próximo 3 de noviembre. Pero las cifras de hoy permiten por lo menos observar una tendencia. Una encuesta nacional de Reuters/Ipsos publicada a principios de agosto coloca a los demócratas cinco puntos por encima de los republicanos en la intención de voto para el Congreso, 42% contra 37%, mientras la aprobación de Donald Trump ha caído en torno al 35%. Donald Trump no aparecerá personalmente en la papeleta, pero puede perder esas elecciones. Puede perderlas si los republicanos pierden la cámara, si disminuye su capacidad legislativa o si el electorado utiliza noviembre para ponerle un límite político a su presidencia. Eso, sin embargo, no significa necesariamente que las ganen los demócratas en un sentido más profundo.

Ese es precisamente el problema. Conforme avanzamos hacia noviembre aparecen con mayor claridad las contradicciones de los dos partidos. El Partido Republicano sigue organizado alrededor de Trump y del movimiento MAGA, siendo Trump parte de su mayor problema. Su aprobación está deteriorada, la economía ha dejado de ser una ventaja automática para los republicanos y —por primera vez en casi una década— Reuters/Ipsos encontró una ligera ventaja demócrata cuando se pregunta qué partido manejaría mejor la economía: 37% frente a 36%.

Los demócratas tienen un problema diferente. Arrastran todavía el costo de una agenda cultural que una parte importante del electorado identificó durante los últimos años con la llamada agenda *woke*, pero al mismo tiempo enfrentan una rebelión interna contra el *establishment*, los grandes donantes, la moderación y lo que queda del centrismo tradicional del partido.

Y ahí aparecen Alexandria Ocasio-Cortez, Zohran Mamdani y Abdul El-Sayed.

Conviene empezar por los datos, ya que son muy interesantes. En junio de este año, Ocasio-Cortez ganó las primarias demócratas de su distrito de Nueva York con el 84,7% de los votos. Mucho más significativo todavía es que, en una encuesta de la Universidad de New Hampshire sobre las todavía lejanas primarias presidenciales demócratas de 2028, aparece en primer lugar con un 22%, seguida por Pete Buttigieg con un 21%. En febrero de este año la política demócrata tenía el 15%. Es una encuesta estatal y faltan más de dos años para

que comience la carrera, pero la preferencia existe y convendría no ignorarla.

Mamdani ya no es una promesa electoral. Es un socialista democrático declarado y se ha convertido en uno de los nuevos centros de gravedad de la izquierda estadounidense. En junio, tres candidatos al Congreso respaldados por él ganaron sus primarias demócratas y dos de ellos derrotaron a legisladores establecidos. En sus primeros cien días como alcalde de Nueva York, el 48% de los neoyorquinos aprobaba su gestión y un 55% tenía una opinión favorable de él.

Y ahora está Abdul El-Sayed, quien acaba de derrotar por un margen mínimo a la congresista Haley Stevens en las primarias demócratas al Senado por Michigan. Respaldado por Bernie Sanders y Ocasio-Cortez, representa el ala progresista del partido y defiende propuestas como el fin de la ayuda militar a Israel y una reforma al financiamiento de las campañas. Su victoria confirmó la creciente disputa entre el *establishment* demócrata y su izquierda.

Lo importante de todo esto es la dirección en la que se está moviendo una parte cada vez más visible del Partido Demócrata. A estos elementos se suma otro que no puede ignorarse. Mamdani y El-Sayed son musulmanes y han adquirido un protagonismo político considerable en un momento en el que la religión, la identidad y la confrontación cultural tienen cada vez mayor peso en Estados Unidos. Ocasio-Cortez pertenece a ese mismo desplazamiento hacia la izquierda, aunque no comparte ese componente religioso. Lo verdaderamente significativo es que los nuevos liderazgos demócratas aparecen precisamente en medio de una sociedad cada vez más polarizada y dividida también por cuestiones culturales y religiosas.

Se quiera reconocer o no, la lucha cultural, religiosa y civilizacional tiene cada vez mayor protagonismo en la política estadounidense. MAGA no puede explicarse exclusivamente por la economía, de la misma manera que el ascenso de la nueva izquierda demócrata tampoco puede explicarse únicamente por el salario mínimo, la vivienda o el costo de la salud. Debajo de esas discusiones hay algo más profundo: dos maneras cada vez más distintas de entender qué es Estados Unidos, quién pertenece a él y cuáles deben ser sus valores.

Por eso resulta tan interesante que, mientras desaparece el centro político en los dos partidos, lo que emerge sean liderazgos que representan precisamente algunas de las fracturas de la sociedad estadounidense. Trump expresa una de ellas. Ocasio-Cortez expresa otra. Mamdani y El-Sayed representan además una renovación generacional, ideológica y cultural de la izquierda. El error sería creer que su origen o su religión los convierten en enemigos de la civilización estadounidense.

El Partido Republicano puede tener en Trump su principal fortaleza y —al mismo tiempo— su mayor debilidad.

El Partido Demócrata corre el riesgo contrario: creer que basta con enfrentarse a Trump sin resolver antes qué quiere ser. La victoria de El-Sayed en Michigan, la influencia de Mamdani y el crecimiento de Ocasio-Cortez demuestran que la discusión ya ha comenzado.

Quienes verdaderamente dominan el mercado estadounidense saben también que existe un problema con el liderazgo de Trump. La improvisación comercial, los aranceles, las guerras y la incertidumbre terminan teniendo consecuencias económicas. La guerra contra Irán iniciada conjuntamente por Estados Unidos e Israel el 28 de febrero ha contribuido a elevar los precios de la energía y el combustible; Reuters/Ipsos encontró que el precio de la gasolina había aumentado más del 25% desde el comienzo del conflicto. Cuando la incertidumbre geopolítica termina llegando al bolsillo, deja de ser política exterior para convertirse en política electoral. Pero tampoco parece claro que la respuesta demócrata pueda limitarse a recuperar la agenda cultural de los últimos años o a sustituir el centro por una nueva radicalización. La gran batalla del partido será descubrir si figuras como Ocasio-Cortez, Mamdani y El-Sayed representan un fenómeno limitado a determinados electorados o el comienzo de algo mucho más profundo.

Que Donald Trump termine este mandato en las condiciones actuales promete cualquier cosa menos estabilidad. No estamos ante el viejo ofrecimiento churchilliano de sangre, sudor y lágrimas, sino ante una combinación de improvisación, confrontación, incertidumbre y erosión de muchos de los parámetros políticos e institucionales que durante décadas han dado estabilidad a Estados Unidos.

Pero sería un error creer que se trata exclusivamente de un fenómeno norteamericano.

El acta de defunción del centrismo político se está levantando en muchos lugares. Ahí está Javier Milei en Argentina, no como accidente sino como consecuencia de la destrucción de los partidos tradicionales y del rechazo a las fórmulas convencionales de gobierno. Milei sigue gobernando Argentina y continúa definiendo explícitamente su proyecto como una revolución liberal. Su existencia política habría parecido improbable dentro de la vieja lógica del centro.

Ahí está también Brasil. Jair Bolsonaro no puede ser candidato en 2026: el Tribunal Superior Electoral lo declaró inelegible durante ocho años a partir de las elecciones de 2022. Pero un Bolsonaro puede regresar al poder. Su hijo Flávio Bolsonaro es hoy el candidato presidencial del Partido Liberal y el principal adversario de Lula da Silva en las elecciones de octubre.

Aquí aparece otra paradoja. Donald Trump quiere ayudar a los Bolsonaro, pero corre el riesgo de convertirse en uno de los mejores directores de campaña de Lula. Los nuevos aranceles estadounidenses contra productos brasileños han entrado de lleno en la campaña. Lula tiene así un aliado inesperado: los errores, las humillaciones y la

presión que llegan desde Washington. Flávio Bolsonaro conserva la fuerza política heredada de su padre y una derecha social profundamente organizada, pero deberá explicar hasta dónde puede presentarse como defensor de Brasil cuando su principal aliado internacional castiga económicamente al país.

Algo parecido ocurrió en Irán. Antes del ataque estadounidense-israelí del 28 de febrero, el régimen enfrentaba sus propias contradicciones internas. La ofensiva mató al ayatolá Ali Khamenei y abrió una nueva etapa de la República Islámica, pero no provocó la caída inmediata del sistema que algunos esperaban. Irán respondió militarmente y la guerra se ha prolongado durante meses, con efectos sobre el estrecho de Ormuz, la energía y la economía mundial.

La historia demuestra una y otra vez que atacar desde fuera a un régimen no necesariamente debilita desde dentro a la nación que gobierna. En determinados momentos ocurre exactamente lo contrario: reaparece la identidad nacional por encima de sus gobernantes. En Irán, la idea de Persia puede terminar siendo más antigua y poderosa que los ayatolás. En Brasil puede ocurrir algo semejante con la dignidad brasileña frente a Washington. Los nacionalismos no siempre obedecen a quien intenta utilizarlos.

En cualquier caso, el centro está desapareciendo como mecanismo dominante de gobierno y de competencia electoral. La gran pregunta es qué ocupará su lugar. Porque, además, esta transformación coincide con otra todavía más importante: la hegemonía tecnológica. El verdadero poder del siglo XXI no reside únicamente en controlar un territorio, un ejército, un parlamento o un banco central. Está cada vez más en el dominio de los datos, de los algoritmos, de las plataformas y de la capacidad para conocer, anticipar e incluso modificar el comportamiento de millones de personas.

Quizá por eso la desaparición del centro sea mucho más peligrosa ahora que hace algunas décadas. La tecnología permite convertir una diferencia política en una identidad permanente, una indignación en una comunidad y una mentira en una realidad compartida por millones de personas.

La cuestión ya no es solamente quién ganará en noviembre, quién gobernará Estados Unidos después de Trump o si la izquierda o la derecha terminarán imponiéndose. La pregunta verdaderamente importante es si, después del fin del centro, todavía será posible reconstruir un espacio político en el que gobernar no signifique necesariamente confrontar, polarizar o intentar exterminar políticamente al adversario.

Porque el centro quizás esté muriendo. Sin embargo, lo que todavía no sabemos es qué viene después. ~

ANTONIO NAVALÓN es periodista y analista. Mantiene una columna en *El Financiero*.



Homenaje a Jorge Ibargüengoitia

por **Brenda Navarro, Liliana Muñoz,
Julián Herbert y Daniel Gascón**

Irreverente, crítico y penetrante, Jorge Ibargüengoitia supo escribir, como ningún otro, sobre los aspectos más incómodos de México. En esta conversación, tres escritores mexicanos discuten sobre el lugar que el autor de *La ley de Herodes* ocupa en el debate actual.

El pasado mes de junio, *Letras Libres* organizó junto a la Feria del Libro de Madrid un homenaje a Jorge Ibargüengoitia (Guanajuato, México, 1928-Mejorada del Campo, España, 1983). En la conversación, que se celebró en el Pabellón Iberoamericano y moderó Daniel Gascón, participaron los escritores Brenda Navarro, Liliana Muñoz y Julián Herbert. Esta es una versión editada de la mesa.

Daniel Gascón: Es una alegría con sus paradojas hablar aquí hoy de Jorge Ibargüengoitia, que falleció en Madrid. La biografía de Ibargüengoitia a veces parece un texto de Ibargüengoitia y siempre se llena de absurdos, de humor negro, del mal funcionamiento de las instituciones y de las chapuzas humanas, y creo además que tenemos mucha suerte con nuestros acompañantes: los escritores Julián Herbert, Liliana

Muñoz y Brenda Navarro. Brenda, ¿cómo podemos leer ahora a un autor que murió hace 43 años, y por qué te parece que es interesante en este momento?

Brenda Navarro: No había caído en la cuenta de que eran 43 años. Él murió y yo, al otro año, nací, lo cual significa que, por alguna cosa astrológica, me ha venido bien a mí. Lo agradezco de alguna forma.

Probablemente que él haya muerto acá, además, en este accidente tan triste, también era una pista de que teníamos que revivirlo aquí en Madrid, teníamos que hablar de él tiempo después. Si no me corrigen dos expertas que tenemos aquí enfrente, Sylvia Georgina Estrada y Alexandra Saavedra Galindo, creo que ahora tenemos *Dos crímenes* y *Las muertas* publicados en España.

Daniel Gascón: *Revolución en el jardín* lo sacó Marías en Reino de Redonda.

Brenda Navarro: Hay ya una obra circulando por acá, y yo creo que es superimportante revisitarlo. Voy a hablar específicamente de *Las muertas*, pero hago referencia al artículo de Sylvia Georgina en *Cuadernos Hispanoamericanos*, editado en 2024, porque habla de los feminicidios en México, habla de un fenómeno que ya se venía gestando en América Latina, pero específicamente en México, y la estructura superviolenta hacia las mujeres. Cuenta cómo Ibargüengoitia tuvo el buen ojo de comprender que eso que estaba sucediendo ahí no solamente se trataba de misoginia o machismo, y hablaba de cómo políticamente estaban utilizando los cuerpos de las mujeres para hacer otra especie de corruptela dentro del país.

Lees *Las muertas* y, literalmente, es como si estuviésemos leyendo lo que sucede ahora en México, en América Latina —yo diría que en varias partes de España y Europa—, en términos de estar utilizando a las mujeres a fin de

que las instituciones puedan seguir haciendo corruptelas y sigan manteniendo estas jerarquías de poder. En ese sentido es interesante, porque así como suena tan fuerte, tan pesado, tan difícil de digerir, si ustedes leen *Las muertas* y no lo han leído, desde la página 1, párrafo 3, seguramente se van a estar riendo con nosotros.

Jorge tenía una capacidad de presentar esta realidad tan cruda de una manera en la que podías entender lo que yo diría que es la idiosincrasia mexicana, priista, del siglo xx, para demostrar por qué México está como está ahora mismo. Eso por un lado. Luego, por la parte literaria tiene una asombrosa facilidad para crear atmósferas, para generar personajes superentrañables, para empatizar con quienes son los villanos, con los que realmente están viviendo la violencia en sus propios cuerpos y ejercen esa violencia en los cuerpos ajenos.

Me parece que es importantísimo leerlo ahora mismo, porque cada vez hay más personas latinoamericanas generando redes culturales, políticas y sociales acá. Es una buena manera de empezar a conversar, en tanto todos los puntos de convergencia que tenemos, porque aquí también hay un montón de corruptelas y cosas por descubrir.

Daniel Gascón: Tiene varias líneas en su obra. Una son estas novelas, pero otra —por la que ganó mucha popularidad, también en España— es el periodismo, y esa idea del periodismo que te cuenta lo absurdo de la vida cotidiana. Empezó escribiendo columnas en *Excelsior*, y luego también las publicó en la revista *Vuelta*, y las ha antologado, entre otros, Guillermo Sheridan. Liliana, decías que te interesaba mucho esa faceta de cronista y de columnista.

Liliana Muñoz: Es la faceta que más me gusta, y paradójicamente la que más viva está. Es muy curioso, porque partimos de la idea de que Ibarguengoitia es un autor divertido.

Es muy divertido, y un tema tan grave y tan horrible como el de “las Poquianchis” —toda esta red de mujeres que, bueno, esclavizaban a otras mujeres— al final es una historia muy turbia, muy densa, muy grave, y él la termina resumiendo en una frase: “¿qué culpa tengo yo de haber nacido apasionada?”, dice una de las protagonistas. La primera vez que leí ese fragmento dije: hombre, quiero leer todo de este señor.

La trayectoria de Ibarguengoitia es muy curiosa, porque empezó escribiendo teatro y haciendo crítica de teatro. Vio que no le iba tan bien, y que además a la gente que lo leía le gustaba lo que contaba, pero no porque hablara de teatro, sino porque hablaba de chismes del teatro, de lo que ocurría tras bambalinas. Y luego comenzó a publicar esta columna en *Excelsior*, que ahora tenemos en varios tomos, pero el que a mí me gusta más es *Instrucciones para vivir en México*. Las columnas son hilarantes, y se ve mucho el humor: es crítica mordaz, pero todo muy irónico y divertido. Esas crónicas lo ayudaron a depurar un estilo, en apariencia muy sencillo, pero que, tras algunos giros que de repente no ves venir, te va revelando algo del mexicano que te hace decir: nunca lo había pensado.

Por ejemplo, recuerdo que había una parte en la que cita al conde de Buffon, y dice que, según el conde de Buffon, el estilo es el hombre. Bueno, yo en realidad creo que el claxon es el hombre, escribe: por cómo aprietas el claxon sabemos si eres una persona que está desesperada, o que es ansiosa, que es poco tolerante, o no sé qué. Entonces empieza a divagar alrededor de formas de tocar el claxon. Y es esa cosa tan curiosa de que cualquier aspecto de la vida puede ser convertido en literatura, absolutamente lo que sea: de “Ventajas de ser charrito” o no, hasta cosas que come la gente, o cosas muy políticas también, porque te las va colando ahí, y te dice: México es increíble porque es muy

multicultural, si te gusta el mar tiene mar, si te gusta la montaña tiene montaña, si te gusta la cultura tiene cultura; el único problema de México son los mexicanos. No ves venir esos giros de tuerca, pero resultan muy divertidos...

Al principio pensaba: esto va a envejecer mal, porque muchas crónicas están muy pegadas a la realidad inmediata, como en el caso de Monsiváis. En cambio, lo lees ahora y dices: a mí me interesa lo que me estás diciendo sobre formas de conseguir votantes para el PRI. Es como que todo es muy irónico acerca de la personalidad del mexicano, muy antiintelectual también, y esa distorsión literaria de la que se apodera él no viene, creo, de la escritura, sino que viene desde antes, de la mirada, de la forma en la que él ve que cualquier cosa puede ser divertida y graciosa, y que no hay que tomarnos tan en serio, que todos somos insignificantes.

Daniel Gascón: En la página web que tiene Eduardo Huchín, editor en México de *Letras Libres*, que es muy lector de Ibarguengoitia, cita unas frases donde habla de su idea del humor. Y dice justo lo que estabas diciendo: “Precisamente eso es lo que es el humor, una manera peculiar y ligeramente oblicua de percibir las cosas, como el daltonismo: es algo que afecta permanentemente la visión del individuo, no son unas gafas que uno se quita y se pone a voluntad.” No es una herramienta solamente.

Liliana Muñoz: Sí, viene de ir caminando por la calle y fijarte en que a una persona le ha cagado una paloma, y decir: ya está, tengo aquí un temazo. Es como que con cualquier cosa empieza a desarrollar 30.000 ideas alrededor de eso.

Daniel Gascón: También fue un autor de relatos. Y tú decías, Julián, que así habías llegado a él, por un libro que se ha editado hace poco en España,

en Barrett: *La ley de Herodes*, que es la primera parte del dicho de “La ley de Herodes, o te chingas o te jodes”.

Julián Herbert: Rafael Lemus, un crítico mexicano, escribió hace poco un texto que me desconcertó mucho. Rafael es muy polémico, me cae bien que sea polémico, y su discurso en el texto era que en realidad Ibarguengoitia era un clasista que despreciaba todo lo popular mexicano, y que todo su discurso era de superderechas. Y todo bien, no pasa nada, pero a mí lo que me sorprendió un poco es que yo dije: yo leí mal a Ibarguengoitia, leí a un autor muy distinto.

Y la verdad es que la razón por la que yo leí *La ley de Herodes* —lo leí cuando tenía dieciséis o diecisiete años, en una biblioteca pública, en un pueblo perdido en el desierto de Coahuila, que es donde crecí— es que en la portada de esta maravillosa edición, en una colección que se llama *Lecturas Mexicanas*, aparecía una mano sacando los dedos índice y medio, pintada con la bandera de Estados Unidos. Y el segundo cuento, “La ley de Herodes, o te chingas o te jodes”, es la historia de un tipo que va a tratar de sacar su visa para ir a estudiar a Estados Unidos, pero además va con su novia. El tema es que van en plan de pareja, y el proctólogo tiene que hacerles un examen a los dos, y ella no lo permite y él sí. Y entonces toda la historia es la novia diciéndole —porque, claro, son de izquierda, como debe ser en el caso de los estudiantes de la UNAM—: “nunca te perdonaré que te hayas dejado meter los dedos por el imperialismo”. A mí eso me voló la cabeza inmediatamente.

Me desconcertó leer a Rafa Lemus diciendo que Ibarguengoitia le parecía un escritor completamente de derechas, porque lo que pienso es que lo que antes eran los discursos incómodos se han vuelto muy *mainstream*. Todo eso que, por falta de mejor palabra, suele llamarse la ideología *woke*, contra la cual no estoy, pero a la cual le tengo

algunos reproches —más que nada la ingenuidad, no otra cosa; en general estamos de acuerdo en el fondo, yo no estoy tan de acuerdo en algunos aspectos de la forma—, y justo tiene que ver con lo siguiente: con que la mentalidad de un escritor como Ibarguengoitia no es tan fácil de catalogar desde mi lectura como de izquierda o de derecha, a mí esos son los discursos que me parecen incómodos.

El humor ya está en esos cuentos, que además son cuentos de la primera parte de su obra, de su obra de juventud, porque lo primero serían las obras de teatro, cuando se dio cuenta de que no era tan buen dramaturgo. También eso me encanta, imagínate a un wey que empieza a escribir por el género que le sale menos bien, cómo no te va a caer bien un escritor que en principio es tan despistado que intenta el género en el que peor es, y luego va creciendo. Ya es como una autoironía inicial. Pero además en los cuentos está esta intensidad en la que todas las anagnórisis son acerca del propio tipo. En un cuento lo dice literalmente, textualmente: hay una chica que él quiere, y la chica no le hace caso, parece que no le hace caso, pero todo el tiempo le habla de sus amores imposibles. Entonces un día, cuando ella ya se fue a otro lugar, él se topa con un borracho en una fiesta, y el borracho le dice: “siempre que cogíamos me hablaba de lo mucho que te amaba”. Y él piensa: “me quedé hecho un pendejo, me di cuenta de que me había convertido en uno de los imposibles”, es decir: es un tipo que, en su relación con el mundo femenino, se da cuenta de lo que está pasando después de que sucede. Y eso es muy extraño en la literatura mexicana, por lo menos en esa generación.

Daniel Gascón: Hay otra cosa que también es muy interesante, que es esa visión humorística y paródica sobre la historia. México, como supongo que todos los países, está discutiendo sobre su historia.

Brenda Navarro: Mientras los escuchaba estaba pensando que a lo mejor era de derechas y de izquierdas, porque así de complejo era Ibarguengoitia. Porque hay una parte de su vida en la que nos preguntamos: ¿se puede separar al autor de la obra? No sé, yo digo que no se puede separar, y está buenísimo. O sí se puede separar, como decía un tuit un día: yo sí la quiero separar, porque luego mis amigos escriben cosas horribles y no quiero hablar de su obra, no quiero quedarme sin amigos.

Pero hay una parte de Ibarguengoitia en la que no podemos voltear la cara y decir que no estuvo cerca del poder. Estuvo cerca, comprendió el poder de tal manera que por eso pudo identificar los lados flacos y las corruptelas. Hay que meterse en las entrañas del poder, escudriñarlas y ensuciarse mucho para poder burlarte. Ibarguengoitia, en sus obras, lo pone de manifiesto, y por eso se burla tanto de los dictadores de pueblo y de todos estos personajes que, con un poquito de poder, se marean y se dejan ir como en tobogán.

Era una persona contradictoria, pero gracias a esas contradicciones podemos seguir reivindicando una de las voces más originales y auténticas del siglo xx.

Liliana Muñoz: Y, además, cuando barría, barría parejo: criticaba a todos. Incluso se barría a él mismo: decía, no, yo soy un huraño, un ogro que vive en Coyoacán, que no se relaciona con nadie, no tengo amigos y demás, pero luego resulta que todo el mundo lo amaba.

Julián Herbert: Estaba pensando ahora, claro, en esas lecturas de la historia, y esto viene a colación de que en estos días estuvo firmando aquí Zunzunegui, ¿no? Una de las lecturas que, por ejemplo, hace este autor de la historia de México es que rescata la figura de Miguel Hidalgo. Y, bueno, Miguel Hidalgo era un borracho fiestero, cura infiel, que seducía a

sus feligresas con el pretexto de crear un club de teatro. Eso mismo lo cuenta Ibargüengoitia, pero lo cuenta de una manera celebratoria, sin esa moralina del discurso de “desmitifiquemos las figuras de la historia”, ese *branding* que se vende ahora. Ese proceso de desmitificación es muy orgánico en su escritura. En ese sentido conecta con otros escritores que están cerca generacionalmente en otros países, que estilísticamente pueden ser muy distintos, como Manuel Puig o Julio Ramón Ribeyro. Están en el aura del *boom*, pero eran difíciles de vender al Mundo Occidental, con mayúscula, porque hablaban de lugares donde había ciudades con edificios altos, donde la gente tenía problemas urbanos, y a Occidente con mayúscula no le interesaba que Latinoamérica le contara eso. Porque nosotros también tenemos edificios. Pero les decían: “Háblenme del mundo rural donde se aparecen mariposas amarillas.”

Esa también es parte de esa originalidad: tratar de construir México y la historia de México. Es lo que hace en *Los pasos de López*, por ejemplo, esa novela en la que crea un trasunto de Miguel Hidalgo, un cura de pueblo que funda un club de teatro para seducir a señoras de la alta clase criolla y casi por accidente termina siendo el padre de la patria. Por ese afán lujurioso.

Liliana Muñoz: El hecho de que se terminara masificando, a raíz de sus crónicas, lo volvió muy cercano al pueblo. Y, mientras más cerca estaba, más podía burlarse de él mismo. Eso hace que tenga textos en los que dice que Miguel Hidalgo era un cura de cabello plateado, y luego empieza a preguntar: pero ¿por qué tenía cabello plateado el cura, a los 58 años, si no estaba tan viejo? Siempre pintan a Miguel Hidalgo como un señor de ochenta años, y tenía 58, tampoco era para tanto. O bien que si quieres pasar a la historia tienes que ponerte un paliacate rojo, como Morelos. Y entonces dice:

formas de pasar a la historia: mientras más cosas extrañas agarres y te las pongas en la cabeza, mejor pasarás.

Y también, cuando habla de las frases célebres, dice que si no has escrito una frase célebre no puedes ser un héroe patrio. Por ejemplo, si no has pronunciado “esa obra maestra del sentido común: el respeto al derecho ajeno es la paz”, no te pueden dejar en las páginas de los libros de la Secretaría de Educación Pública. Creo que ese fue el texto que terminó viralizándose, diríamos hoy, sobre la importancia de las frases célebres, la necesidad de una patria naciente —naciente entre comillas, joven— de tener símbolos. Y por eso dice que está convencido —y a mí me convenció— de que el 80% de nuestras frases célebres son inventadísimas.

Es esta forma de mirar a la distancia qué es México, que contrasta mucho con el intelectualismo de la mayor parte de los escritores de esa generación.

Brenda Navarro: Tiene que ver un poco con esa capacidad de llevar a las páginas lo que escuchábamos en ese tiempo y lo que se escucha ahora en las calles. Era un lenguaje muy cercano a lo que llamamos oralidad, y eso lograba que los personajes se fuesen complejizando. Escribía personajes de mujeres totalmente deseantes y con agencia, como diríamos, con todo y la perversidad y lo grotesco que puede tener incluso la forma en que los narradores describían a las mujeres. Yo no recuerdo una mujer dentro de su literatura que no estuviera segura de hacer lo que quisiera y que fuera guiada por un deseo, incluso de hacer el mal. Siempre fueron mujeres deseantes que iban y tomaban las cosas como correspondía, o las destruían como correspondía, y eso también reflejaba bastante bien lo que eran las mujeres en ese tiempo. Probablemente ahora las mujeres mexicanas en este siglo XXI tenemos más culpa de lo que se cuestionaban aquellas que estaban rompiendo, de

una u otra manera, los espacios públicos y privados.

Liliana Muñoz: Es muy curioso lo que dices ahora acerca de la mujer, porque me acordaba de *Estas ruinas que ves*, en la que el protagonista está medio obsesionado con una chica que se llama Gloria Revirado. Y esta chica es inmaculada, perfecta, todos la aman, todos la desean secretamente, pero uno de los señores del pueblo —que en este imaginario que tiene él es Cuévano, que es el “Plan de Abajo”, que en realidad es Guanajuato; te va colando ahí un poco de la idiosincrasia de esa zona de México— le dice al protagonista que Gloria no puede tener amantes porque tiene un problema del corazón muy grave, la han revisado ya doctores, médicos muy importantes de Estados Unidos, y dicen que su corazón es tan frágil que al primer orgasmo que tenga se va a morir. Entonces eso la vuelve todavía más deseable, y toda la novela se va construyendo alrededor de esa premisa: el deseo, pero no puedo acercarme a ella porque sería un asesinato.

Pero de repente ella se echa novio, y el protagonista se frustra: pude haber sido yo, sé que ella me deseaba porque me dio indirectas y no sé qué. De modo que te pasas toda la trama pensando cuándo se va a morir Gloria, o de qué forma. Llegas al final y resulta que el hombre que se lo había contado le dice al protagonista: no, hombre, qué cosas digo cuando estoy borracho, no está enferma, para nada. Para ese momento el protagonista ya se había casado con otra, y se quiere volar la cabeza. Siempre es esta cosa de que no es la mujer —la mujer va y hace lo suyo—, sino que es el hombre el que transforma, traduce y distorsiona la imagen de la mujer. Ellas van a lo suyo, y es el hombre quien comete muchas equivocaciones y torpezas, y le asigna un imaginario fijo.

Julián Herbert: Me gustó lo que decías sobre cuál podría o no ser el imaginario

de lo femenino, no solo construido desde el mundo masculino sino desde la práctica social, porque leí hace poco a un sociólogo estadounidense que decía que la burocracia siempre está construida para que no la entiendas, es compleja para que no la entiendas. Tú tienes que hacer el esfuerzo por descifrarla, y ese es ya el ejercicio del poder: el mero hecho de que te sientas tonto de entrada. Ese mismo sociólogo decía que en las comedias románticas los hombres siempre dicen qué difícil es entender a las mujeres, y las mujeres no, porque las mujeres todo el tiempo están haciendo un esfuerzo por entender esa burocracia que es el poder masculino, mientras que los hombres no se esfuerzan por entenderlas a ellas.

Y lo que creo que sucede, que a mí me parece interesante en la narrativa de Ibargüengoitia en cuanto a la construcción de las figuras femeninas, es que está llena de visiones masculinas que no se quejan de no entender a las mujeres, sino que tratan de descifrarlas. Ahí hay un gesto interesante, que habla de un lugar de poder del mundo femenino, un lugar de poder donde tienes que hacer ese esfuerzo de comprensión que, en una visión del poder masculino, no estaría permitido. Es muy interesante tratar de leer esa modernidad en la escritura de Ibargüengoitia.

Brenda Navarro: Eso tiene que ver también con el erotismo: la mayoría de sus personajes masculinos están movidos por un erotismo que no tiene que ver solamente con el placer sexual, sino con el placer de la comida, con el placer de echarse la copa en la cantina. Son todos sus personajes tan humanos, tan con los pies en la tierra, que tú, como ser humano que eres, dices: esto lo siento mucho más cercano que las mariposas amarillas —con todo el amor y cariño a García Márquez—. Dices: sí, yo me he echado mi... iba a decir mezcal, pero esto es muy siglo XXI, mi tequila, qué sé yo, y claro que voy a querer follarme a estas mujeres,

y estas mujeres claro que van a querer follar.

Y quería decir, con *Las muertas*, ahora que hicieron esta adaptación de Netflix, trataron de generar audiovisualmente ese erotismo en las mujeres, solo que se quedaron cortos. Pero, si no quieren leer la novela, vean *Las muertas* y luego seguro van a querer leer la novela.

Liliana Muñoz: A mí la serie me gustó, porque creo que es muy difícil traducir el humor de Ibargüengoitia, pero está casi calcado. Luis Estrada —su padre también hizo alguna adaptación— ya era medio fan de Ibargüengoitia. Ahora que salió la serie, eso ha dado pie a que otra vez vuelva al centro del debate —bueno, no al centro, pero sí cerca del centro— la figura de Ibargüengoitia, y cómo retrata la torpeza, sobre todo la torpeza masculina.

Sin ir más lejos: cuando empieza *Las muertas*, uno de los amantes de Serafina Baladro, Simón Corona, está hablando con la policía, y dice: oye, si confieso una cosa que hicieron las Baladro, ¿le echarían a esta Serafina más años de cárcel? Entonces Simón Corona suelta toda la sopa de lo que han hecho las Baladro, y no se da cuenta, el muy burro, de que acaba de confesar su propio crimen.

Daniel Gascón: Le caen seis años de cárcel.

Liliana Muñoz: Hombre, pues tratando de hundir a la otra, pues me hundí yo también. Ibargüengoitia muestra toda esta torpeza, esta imposibilidad de estar equivocándose una y otra vez acerca de cómo se entiende el mundo, el funcionamiento del mundo, de la justicia, de las mujeres. Sus protagonistas siempre están estampándose contra la realidad.

Daniel Gascón: En la parte final de *Las muertas* hay también toda una denuncia de la hipocresía. Las Baladro dan dinero a todo el sistema del pueblo para

que las proteja y no les pase nada. Por supuesto, a un policía corrupto, pero también a mucha gente para que no haya problemas.

Liliana Muñoz: Llega un punto en que dudas un poco: igual no son tan... Son personas horribles, las Baladro, pero tienen pequeños gestos, intentos de generosidad, a su manera muy turbia y torpe.

Daniel Gascón: Son intentos escasos.

Liliana Muñoz: Sí, escasos, y de generosidad turbia, torpe. Como cuando intentan cuidar a Blanca, que luego la terminan planchando, y dices: ¡guau!, es espantosa esa escena. Es espantosa y te ríes. Y al mismo tiempo dices: hubo una tentativa de hacer las cosas más o menos bien, no la querían asesinar; de hecho, la llevaron al médico, hicieron que no se desangrara con el aborto y demás, pero les sale todo fatal. Y dudas y al mismo tiempo te ríes y dices: esto es muy incómodo, no lo soporto. Pero, luego, con el que no hay matices es con Bedoya, el capitán.

Daniel Gascón: Que dice: que se la coman los perros...

Liliana Muñoz: Él es el que da las ideas, ahí no hay grises, se aprovecha de todo el sistema de ellas. Entonces ahí sí que tienes a un villano.

Daniel Gascón: ¿Hasta qué punto pertenece a la tradición mexicana? ¿Qué herederos tiene?

Julián Herbert: Hay una lectura estilística de Ibargüengoitia, un cierto bloque que conecta sus cuentos, novelas como *Estas ruinas que ves*, con las crónicas, incluso con algo del teatro, y hay un punto de inflexión en *Las muertas*, estilísticamente. Porque, no es que el tema determine el estilo, pero él leyó muy bien la necesidad de ajustar el humor: es mucho más oscuro, pero también mucho más contenido.

Ibargüengoitia, en ese sentido, pertenece a una tradición mexicana muy ingeniosa, que viene desde el siglo XIX. Me acuerdo de que Guillermo Prieto tiene una frase que podría decirse que es ibargüengoitiana: “qué borracho es el pueblo mexicano y qué mal canta”.

Hay esa herencia, y además la peculiaridad de la conexión con el mundo provinciano. Un rasgo sumamente cosmopolita de la escritura de Ibargüengoitia es su conexión con el mundo provinciano. El mundo provinciano mexicano tiene una veta cosmopolita interesante. Está conectada con aspectos quizá relacionados con archipiélagos de la cultura literaria mexicana que vienen desde el siglo XIX, pero también es una escritura —y eso la vuelve peculiar— muy volcada en cuál es el proceso de trabajo que está viviendo. Las obras de teatro de Ibargüengoitia tienen esa torpeza de alguien que está buscando una forma, y en esa medida la perfección de *Las muertas* tiene que ver no solo con haber encontrado una historia muy potente, que iba a conectar con el lado más profundo de la realidad mexicana —los feminicidios, la violencia contra las mujeres—, sino también con la búsqueda de un estilo muy particular para poder contar esa historia. Es un autor que trabajaba mucho en los matices del estilo, aunque pareciera que su obra es de una sola pieza, y particularmente se nota en *Las muertas*.

Liliana Muñoz: Pero también tiene que ver con que él trabajó con el expediente, que era larguísimo, de más de mil páginas, y tenía una especie de guion, pero sí ciertas pautas. Al inicio dice que algunas de esas cosas son ciertas y todo lo demás es inventado. Te dice: estos hechos específicos son ciertos y lo demás está ficcionalizado. En cambio, sus otras obras son un poco más dispersas; el protagonista termina siendo el pueblo, o Cuévano, o algún otro pueblo de ese imaginario tan curioso que es el Plan de Abajo. Pero el hecho de que tuviera al menos

una directriz a la que aferrarse hace que sea más contenido: ya tengo el tema, tengo lo que quiero narrar, entonces ya puedo dar rienda suelta al estilo, porque ya no tengo que preocuparme más que por cómo narrarlo.

Brenda Navarro: Me gustaría retomar cómo dialoga Ibargüengoitia con el siglo XXI, porque viéndolo desde los estudios latinoamericanos académicos —yo no soy académica, pero traigo a colación los conceptos de utilizar los expedientes, traer la memoria, dialogar con la literatura y la construcción del lenguaje con archivos específicos—, ahí Ibargüengoitia estuvo superadelantado, porque se mete muy directamente en todos esos archivos y hace un hallazgo buenísimo. Dice: aquí hay una historia que no se puede contar sino mediante la literatura. Legalmente puedes tener todas las cosas que necesitas, puedes comprender el caso, puedes comprender incluso la magnitud de lo que implican estos feminicidios, pero él comprende muy acertadamente que esa historia no va a poder contarse si no es a través de la literatura. Ahí es donde gana a todos los otros escritores del siglo XX, en quitarse toda esa cosa tan solemne de decir: como es un tema tan serio, tan político, tan lacerante, vamos a tratar de ser lo suficientemente respetuosos... Y él más bien dice: justamente porque esta historia es tan importante, voy a tratar de quitar todo eso tan formal, tan legal, y voy a contar lo que no se cuenta mediante el lenguaje legal. En términos de conversación con la literatura y de cómo se lee la literatura en el siglo XXI, tenemos a un maestro que nos muestra que la libertad de expresión en la literatura sigue siendo la más importante entre las disciplinas artísticas.

Liliana Muñoz: Y al mismo tiempo, cuando elige, él ve el caso y dice: esto en sí mismo es material literario, esto es completamente literario, solo que nadie lo ha escrito. Solo hay un expediente larguísimo, pero nadie lo ha

literaturizado. Y al mismo tiempo toda esta parte —perdón, esta última parte— de los códigos, de toda la parte burocrática, la mete, pero de forma que ya te estás riendo a carcajadas: al capitán Bedoya le cayeron veinticinco años de cárcel por esto y esto y esto, la del crimen fue tal. Pero son crímenes que dices, no, por conducir ebrio, no... Uno cae por conducir borracho mientras van a enterrar a una de ellas. Entonces también le da una vuelta al aparato burocrático.

Julián Herbert: Hay una cosa en el texto de Sylvia Georgina —es algo que dice Ibargüengoitia, pero hay un énfasis en la lectura de Sylvia que me interesa— y es que una de las ideas que le abren la puerta a la ficción son las distintas versiones de cuántos cuerpos había ahí: son dieciséis, son cien. Ibargüengoitia dice que ahí ya está ficcionalizado. Eso, por otra parte, conecta con la lectura que tenemos acerca del feminicidio en el mundo contemporáneo en México, porque la idea de que hay un número es una idea apabullante: qué significa, hasta dónde los números están maquillados o no; la ficción institucional acerca de cuántas y quiénes son las víctimas le abre la puerta a algo que solo puedes retratar desde la ficción.

Liliana Muñoz: Y, de hecho, incluso ahí, él termina siendo muy incómodo, pero dices, por Dios, cuando dice “la muerta se llamaba Ernestina, Helda o Elena, o no sé quién”. Entonces dices: está haciendo comedia de algo que es gravísimo, pero no dudas de que haya un burócrata que haya hecho exactamente lo mismo que él está caricaturizando, y que se está haciendo ahora mismo.

Brenda Navarro: Está sucediendo ahora mismo, son horas de trabajo laboral en México, ahora se está haciendo.

Daniel Gascón: Aparte de contar esa realidad tan tremenda, ahora lo podemos emparentar con otros libros. Puedes pensar que es como *A sangre*

fría, aunque es mejor libro que *A sangre fría*, y también se puede parecer a libros de Carrère. Eso hace —quizá también porque el humor siempre tiene el peligro de restar importancia y depende más del contexto— que sea un libro que viaja mejor a otros lugares; por eso, a lo mejor, está editado en España más veces que otras obras suyas.

Brenda Navarro: También tiene que ver con este gran universo que es Cuévano: se habla de Macondo, pero tenemos un Cuévano impresionante, que podría describir tantísimos lugares de América Latina, y no lo hemos sabido transmitir adecuadamente como escritores mexicanos.

Liliana Muñoz: También creo que llega un punto en que los mexicanos naturalizamos cosas que para un extranjero son increíbles. Cuando vi la serie y volví a leer el libro, mi pareja me dijo: oye, ¿esto de que si un médico no entiende exactamente cuál es la afección es normal ir con una curandera y seguir al pie de la letra las instrucciones de la curandera para curar una parálisis? Y yo pensé en mi familia: sí, mi familia está muy apegada a un grupo de Facebook de “Chamanes en Puerto Morelos” —que es un pueblito que está cerca de Cancún—. Hacen un *ranking* de chamanes: este es buenísimo, me hizo una limpieza increíble, este también. Así que a mi pareja le sorprendía muchísimo que, cuando la ciencia o la medicina no llegan a un lugar, mucha gente —sobre todo la que viene de un entorno más rural— acude sin asomo de perplejidad a chamanes, a curanderos, a que le hagan limpias.

Y eso se ve mucho en *Las muertas*: cuando pasa lo de Blanca, esta muchacha que tiene parálisis, van con una curandera y le dicen: no, tienes que plancharla con unas planchas metálicas para que los músculos que no reaccionan comiencen a reaccionar, y luego cubrirla con una tela, y luego, si casi se te muere, revívela con una coca cola. Y claro, eso de cara al extranjero

es rarísimo —y de cara al mexicano—, pero llega un punto en que a mi madre no le sorprende ese tipo de cosas; me dijo: claro, pues si no sabes, vas con la chamana de turno. “Pero que no nos curamos con coca cola la diarrea, por Dios.” ¿Ves? O “lavamos el inodoro con coca cola también, por favor”.

Daniel Gascón: Eso se hace aquí también, se cree que desatasca, no está claro.

Brenda Navarro: Pero, cuidado, los curanderos sí curan, no se vayan con la idea de que no.

Julián Herbert: Yo nada más quisiera introducir una nota del presente: cuéntenos lo que te pasó en la Feria del Libro de Saltillo.

Brenda Navarro: Terminé alojándome en la casa de un curandero que, además, hacía peleas de gallos y me iba a curar un ojo rojo, y terminé siendo diagnosticada con ovario poliquístico. Eso pasa.

Julián Herbert: Eso pasa en la Feria del Libro.

Brenda Navarro: Ya no tengo el ojo rojo.

Liliana Muñoz: Para nosotros es tan cotidiano ir por ahí y que en los pueblos hagan peleas de gallos, o quemen al viejo con una especie de piñata para despedir el año nuevo... Claro, para un extranjero son cosas que resultan muy llamativas.

Julián Herbert: Aunque yo diría también ahí que una de las diferencias, quizá pensando en qué pasa con el realismo mágico y con estas formas narrativas, es que en el realismo mágico, de algún modo, ese mundo está romantizado, y en el caso de otros autores —no solo Ibargüengoitia, pero también él, entre otros autores latinoamericanos— esas capas están puestas de una manera

más incómoda, porque conviven, justo eso: vas a una feria de libros y terminas en la casa de un curandero, conviven con el mundo racional en el que nos desenvolvemos y con el problema de la justicia y del poder. Entonces no hay esa construcción romántica en la que puedes aislarlo en una esfera; también creo que eso apela de otra manera al lector.

Daniel Gascón: Uno de sus temas también es la sátira de la Revolución; dice Fernando Savater que el mejor texto que ha leído sobre Cuba es su crónica de cuando fue al Premio Casa de las Américas por su primera novela. ¿Por qué obra recomendaríais empezar a leer a Ibargüengoitia?

Brenda Navarro: Yo sí defendería *Las muertas*, porque me atañe directamente el tema de las mujeres, y luego *Instrucciones para vivir en México*, para cuando vayan a la Feria del Libro de Guadalajara y ya entiendan bien por qué van a terminar como van a terminar.

Liliana Muñoz: Para que sepan qué hacer si tienen el ojo rojo. Sí, yo también diría *Instrucciones* y *Las muertas*.

Julián Herbert: Si vas a leer un libro de Ibargüengoitia, creo que hay que leer *Las muertas*, porque es un libro que dialoga con el presente del mundo. Es desgarrador dentro del chiste, y tiene una prosa espectacular. ~

BRENDA NAVARRO es escritora, autora de *Ceniza en la boca* (Sexto piso, 2022).

LILIANA MUÑOZ es crítica literaria, escritora y editora de la revista electrónica *Criticismo*. Este año ha publicado su primer libro, *Los umbrales* (Tránsito).

JULIÁN HERBERT es escritor. En 2024, publicó *Suerte de principiante* (Gris Tormenta) y *Overol. Apuntes sobre narrativa mexicana reciente* (Random House).

DANIEL GASCÓN es editor de *Letras Libres* España.

Quince años después del fin de ETA: balance crítico

por **Ramón Jáuregui**

La democracia y el Estado de derecho derrotaron al terrorismo. Ahora asistimos a fenómenos paradójicos: entre ellos, las discrepancias sobre cómo se produjo ese final y que el partido político de los terroristas pueda ser la primera fuerza en el País Vasco.

Las razones del final

Como pasó al final de la ley seca en Estados Unidos, el cine está rodando ahora más películas y documentales que nunca sobre el terrorismo de ETA. Películas y series abordan ahora operaciones policiales notables, atentados especialmente significativos por la notoriedad de los asesinados, secuestros, acciones de infiltración policial en la banda, etcétera. Qué lejos queda aquel intento de objetividad entre aquellos mundos antagónicos que filmó Imanol Uribe en *La muerte de Mikel* (1984), pretendiendo describir la tensión personal de un militante abertzale con su identidad sexual, en el cerrado y casi opresivo ambiente de un pueblo radicalmente nacionalista (Lekeitio) y la brutalidad de una policía predemocrática. Casi nadie se atrevió después de aquel loable intento a trasponer en el celuloide la crueldad y la barbarie del terrorismo. Hasta ahora.

Pero esos documentales y muchos libros nos están contando páginas sueltas de esa tragedia. No hay una historia cronológica de estos casi cincuenta años (1968-2011), ni mucho menos un análisis describiendo los sucesivos momentos y las principales causas del final, en octubre de 2011, posteriormente confirmado con la disolución de la banda en 2018.

Mi propósito es mucho más modesto y pretende abordar ese desencuentro fatal que se ha producido entre las fuerzas políticas españolas respecto al final de la violencia y, sobre todo, analizar qué está pasando en la sociedad vasca para que, quince años después de ese final, el partido político de los terroristas pueda ser primera fuerza política en el País Vasco, o casi.

Hay bastantes coincidencias al atribuir a la desarticulación policial de la banda, en Francia especialmente, una de las causas principales de su renuncia a la violencia. Frente al intento del entorno abertzale de situar en la negociación política y en la intervención de la mediación internacional el motivo del abandono, lo cierto es que la principal causa de su decisión fue la constatación de que su aparato estaba literalmente diezmado y de que la policía, la francesa y la española sobre todo, les tenía totalmente cercados.

Naturalmente, un fenómeno terrorista como este no termina por una sola razón, sino por la concatenación de

circunstancias y la acumulación de efectos de una estrategia que, inevitablemente, debe combinar medidas políticas, sociales y judiciales, para que su suma nos lleve al efecto deseado. Así fue aquí. Pero esas medidas y esa estrategia no habrían supuesto el final si la banda no hubiera estado prácticamente desarticulada policialmente.

De la misma manera que hemos reconocido, con pesar, que en los últimos años de la década de los setenta y primeros de los ochenta nuestra policía no estuvo suficientemente controlada por el poder político y abusó de malos tratos y de actuaciones fuera de la ley, debemos decir que su profesionalidad, su sacrificio, su trabajo de inteligencia y una colaboración francesa que no había existido en esas décadas anteriores permitieron tener a la organización terrorista prácticamente controlada en el año 2010.

Previamente, a comienzos de siglo, se había producido otro hecho significativo y decisivo. PSOE y PP firmaron el Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo y de él extrajeron la decisión de ilegalizar al partido político de ETA y perseguir judicialmente a todo su entramado social. La Ley de Partidos Políticos, avalada más tarde por el Tribunal Europeo de los Derechos Humanos, sentó las bases jurídicas de aquella decisión, que giró bruscamente sobre la estrategia que la democracia había sostenido hasta esa fecha.

Efectivamente, desde nuestra Constitución, habíamos mantenido la puerta abierta a la participación política del partido político de ETA en la legalidad institucional. Era la grandeza de la democracia, decíamos una y otra vez, la que ofrecía un campo abierto en la ley y en la Constitución para defender cualquier proyecto político, el independentismo obviamente también, sin violencia. El mensaje era limpio y claro: “Haced política y no matéis.” Creíamos —ingenuamente, añado— que el avance democrático iría produciendo una progresiva participación política y un paulatino abandono de las armas. Pero nunca fue así.

Utilizaban la política para justificar la violencia y se amparaban en la legalidad para fortalecer una estrategia combinada de violencia y política, dirigida y liderada por la primera.

Cuando ETA rompió la tregua de 1998-1999, del Pacto de Estella, firmado por PNV y EA a cambio de la acumulación de fuerzas nacionalistas en defensa de un proyecto soberanista

autodeterminista y después de haber conseguido romper el pacto de Ajuria Enea (1988-1998), ETA declaró la guerra al PSOE, al PP y al sistema institucional y judicial, y comenzó la eliminación física de sus representantes. El asesinato de Fernando Buesa, en febrero de 2000, fue el primero de una serie de atentados contra políticos, jueces, periodistas y representantes institucionales en general, con la pretensión de extirpar a quienes consideraba “obstáculos del proyecto de liberación nacional”.

No era posible seguir manteniendo aquella ficción. El Congreso de los Diputados aprobó, por amplia mayoría, la ilegalización y, en consecuencia, la persecución judicial a sus representantes y a su entorno social fue implacable. Batasuna empezó a pensar seriamente lo que no había hecho hasta entonces: que solo el fin de la violencia les devolvería a la escena política y que la continuidad de la violencia podría arruinar su causa. Fue también la primera vez que la voz de los que hacían política empezó a pesar más que la de los que usaban las pistolas. Comenzó así una batalla dialéctica que terminó dando a la participación política la preponderancia sobre la violencia.

De manera que, a finales de esa primera década del siglo, ETA estaba diezmada y sus representantes políticos presionaban por el final de su vía armada como el único camino de supervivencia política de su causa. El apoyo social que tuvo en su día esa lucha y esa vía, en los años setenta y ochenta fundamentalmente, había desaparecido, y desde 1997 (asesinato de Miguel Ángel Blanco) la condena y el rechazo social a sus atentados eran cada vez mayores y la organización social de los movimientos contra el terrorismo había adquirido una fuerza inusitada. El atentado terrorista de las Torres Gemelas en 2001 y más especialmente el de los trenes de Atocha en 2004 habían incrementado considerablemente la cooperación internacional y la conciencia social contra el terrorismo. Para ETA, la continuidad de su violencia, confundida con el terrorismo yihadista y connotada por la extrema crueldad de sus atentados, resultaba cada vez más difícil.

Un final feliz

Son esas y otras causas las que llevan a ETA a declarar el fin definitivo de su violencia un 20 de octubre de 2011, tres días después de una declaración que, con buscada solemnidad, hicieron pública una serie de personalidades, conocidas por su papel en conflictos internacionales, pidiendo a ETA el cese definitivo de la actividad armada y a los gobiernos de España y Francia que dialogaran sobre las consecuencias de ese cese. La llamada Declaración de Aiete fue una ingeniosa “pista de aterrizaje” para que la violencia justificara su fin y su apuesta por la política a cambio de nada.

Ninguna tragedia acaba felizmente, pero, para muchos de nosotros, aquel fue un final feliz. Quienes hemos sufrido esta tragedia de principio a fin, quienes vivimos los años duros, quienes acuñaron el famoso “empate infinito” (ETA no derrotará al Estado, pero el Estado no acabará con ETA), jamás

pensamos que el final —muy tardío, es verdad— fuera tan limpio, tan rotundo, tan definitivo, tan “para siempre”, como titulamos numerosas veces las pancartas de las manifestaciones en su contra. ETA abandonó la violencia y se disolvió después como organización, sin obtener ninguna concesión de las muchas reivindicaciones que sostuvo durante su larga existencia. Ni un solo artículo de nuestras leyes fue modificado. La Constitución y el ordenamiento jurídico del país permanecieron inalterados a su desaparición. Es más, su entramado político tuvo que pasar por las exigencias de la Ley de Partidos Políticos para que los tribunales lo legalizaran. Finalmente, y a diferencia de procesos de violencia política en otros países (las FARC de Colombia o el IRA de Irlanda), no hubo que alterar el sistema judicial para ofrecer la libertad a los presos de la banda. Al revés, siguieron y siguen en las cárceles cumpliendo condenas y los jueces siguen investigando hoy crímenes y a responsables no juzgados.

Me pregunto todavía por qué la democracia española no ha celebrado este triunfo como se merecía, por qué el país no ha incorporado esta victoria al relato de los grandes logros colectivos que jalonan nuestra historia moderna: la transición a la democracia, nuestra Constitución, nuestra modernización económica y social, y nuestra incorporación a Europa. No encuentro otra explicación que el desacuerdo del PP respecto a ese final y el partidismo que se le supone por no conceder a su rival ese triunfo político.

Pero, más allá de los méritos de Rodríguez Zapatero y de su ministro del Interior Alfredo Pérez Rubalcaba, que los tuvieron, por supuesto, este final fue un triunfo de todos. De la democracia española, de sus instituciones (legislativo y judicial), de las miles de víctimas que sufrieron como nadie tanto dolor, de la sociedad que aguantó con enorme prudencia y sabiduría los golpes del terror, de los policías, guardias y militares que fueron capaces finalmente de no caer en la trampa de la estrategia terrorista de acción-represión y de ganarles en el terreno de la inteligencia policial, de los partidos políticos, porque su unidad y sus pactos (Ajuria Enea, 1988, y el Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo, 2000) fueron claves para vencerles. Fue un triunfo de todos y como tal debió ser celebrado y debe ser recordado.

Respecto al desacuerdo con el final, ¿cómo es posible sostener que los terroristas han ganado? ¿Qué han ganado? Si tuviéramos memoria y recordáramos sus principales reivindicaciones, entre otras las de la famosa alternativa KAS, podríamos sonreír diciendo: “Nada de nada.” Si examinamos nuestras leyes y disposiciones, antes y después del final, confirmaremos que nada se concedió. Pasaron por el aro hasta en los estatutos para su legalización, que, por cierto, fueron examinados con lupa por nuestros tribunales.

¿Se trata, acaso, de rechazar que hagan política, a pesar de su renuncia formal y expresa al uso de la violencia y cuando, quince años después del abandono de las armas, ha quedado meridianamente claro que no hay ni la más mínima muestra

de vuelta al terror? Pero esa era justamente la condición que siempre les planteó la democracia y no era nuestra facultad negar ese derecho que nuestras leyes reconocen y que una constitución no militante establece. No podíamos incumplir nuestra oferta a riesgo de que el final se dilatará o nunca llegara, aunque su capacidad mortífera fuera menor.

Acabar con la violencia “para siempre”, devolver la seguridad vital a tantos y cerrar este capítulo trágico de nuestra historia exigía diseñar y pactar un final limpio democráticamente y definitivo en el plano operativo. Eso es lo que se hizo, de manera inteligente y brillante.

Un relato controvertido

Ahora bien, la fuerza social y el apoyo político de ese mundo no han sufrido al volver a la legalidad como podía presumirse. Somos muchos los que nos preguntamos cómo es posible que tan pesada carga histórica no esté lastrando sus posibilidades electorales en la actual sociedad vasca. Comprendo, además, que esa pregunta resulta más lacerante todavía fuera de Euskadi y que la irritación acompaña esta incomprensible realidad. Hay un grupo de razones que pueden ayudarnos a explicar esta paradoja.

Primera. A pesar de su estadística criminal –850 asesinatos, miles de heridos, centenares de personas huidas, miles de víctimas potenciales, daños económicos inconmensurables– ETA ha gozado de una imagen mitificada por sus orígenes antifranquistas y su brazo político ha construido un amplio entorno social que “justificaba y explicaba su lucha”.

Cuando ETA abandonó las armas, la mayoría de la sociedad vasca respiró y dijo: “Por fin.” Quizá nuestro primer error consistió en creer que una sociedad liberada del miedo que extendieron durante tantos años iba a expresar sus sentimientos contra ellos con rotunda severidad. No fue así. Cabe pensar, por el contrario, que más que un castigo a su pasado, una parte de la sociedad vasca les premió por abandonarlo y les instaba a reafirmarse en la vía política que habían asumido.

Habían sido tantos años, tantas treguas falsas, tantas conversaciones frustradas, tantos intentos bruscamente interrumpidos, tanta desesperanza en que el final fuera posible que, quizá, hubo una voluntad electoral de estimular la apuesta política que habían diseñado como salida a la violencia. Esos apoyos electorales de entonces se han consolidado después y el efecto castigo que esperábamos no se ha producido.

Segunda. Hay una voluntad inequívoca de la mayoría social vasca de olvidar aquel pasado, un deseo colectivo de pasar página de aquella historia, de evitar que una memoria pormenorizada de nuestras actitudes de aquellos años nos alcance y ponga al descubierto las múltiples responsabilidades de unos y otros.

Por supuesto, no estoy generalizando ni equiparando responsabilidades, pero cuando una tragedia tan larga (casi cincuenta años) atraviesa la vida de una sociedad pequeña (dos millones de personas en un pequeño espacio), los recuerdos

se entrecruzan peligrosamente y amenazan las relaciones presentes. Todo el mundo olvida, más o menos conscientemente. De ahí lo que algunos llaman una memoria “voluntariamente dulcificada”. Al igual que en la Alemania de posguerra y salvando las distancias, que son enormes, en Euskadi nadie pregunta: ¿y tú qué hiciste?

Además, vivimos tiempos de olvidos. La velocidad de los acontecimientos, la universalidad de lo que acontece, las miles de pulsiones informativas que recibimos cada día y las redes sociales que banalizan los relatos ayudan a olvidar. No es extraño por eso que los jóvenes vascos de hoy no sepan casi nada de ETA y de su mortífera historia.

Hay abusos de memoria, lo sabemos, pero a veces los pueblos cometen excesos de olvido. En Euskadi ha habido más bien desmemoria y hay olvido consciente. A las víctimas, el auténtico relato de la verdad, les cuesta hacerse presentes.

Tercera. Hay una falla en el relato de la victoria democrática contra el terror. La justicia penitenciaria exige a los terroristas que reconozcan el daño causado. Lo hacen. Las familias de las víctimas les exigen que pidan perdón por el sufrimiento infligido a tantos inocentes. Lo hacen, más o menos sinceramente. Los presos y muchos dirigentes de la banda han hecho ambas cosas: reconocer el daño causado, aceptar que fue injusto, inclusive pedir perdón. Pero lo que nunca hicieron y me temo que no harán es reconocer que nunca hubo razones para matar, que su lucha fue un error, además de un horror, y que no sirvió para nada, que no consiguieron nada y solo produjeron daño al país, a ellos mismos y a su pueblo. Que su “lucha armada” solo sirvió para llenar cárceles y cementerios.

He ahí la falla. ETA y su mundo jamás han hecho un reconocimiento así, y no lo harán porque eso destruye su mito y así siguen manteniendo una conexión histórica entre aquella ETA antifranquista, con prestigio social y cierta mitología épica, y la que capituló en 2011. Bildu jamás reconocerá que su historia es solo tragedia y que se equivocaron a finales de los setenta creyendo que la democracia española era falsa y tutelada por los militares y que el Estatuto de Gernika era de “cartón piedra”. Ellos nunca reconocerán que fueron objetivamente una organización golpista, que influyó más que nada y que nadie en el golpe de Estado del 81. Ellos no quieren reconocer que durante más de treinta años de democracia y autogobierno su tarea únicamente fue matar y destruir. Solo eso.

Por el contrario, siguen defendiendo que su actividad armada sirvió al reconocimiento de la identidad nacional de Euskadi y que el País Vasco de hoy es también fruto de su lucha.

Por supuesto, es mentira. Nada de lo que hicieron construyó nada, al revés: destrozaron vidas y familias, forzaron la huida de miles de personas valiosas del país, arruinaron empresas, impidieron inversiones, expulsaron talento, destrozaron convivencia... y el autogobierno vasco y su institucionalidad, la modernización del país, su recuperación económica,

sus avances identitarios lingüísticos y culturales son consecuencia de la política democrática. Fueron logros a su pesar: conseguidos contra ellos.

El problema es que hay demasiados vascos que creen lo contrario. No hemos sido capaces de extender e implantar esta evidencia en amplios sectores de la sociedad vasca, y Bildu y la izquierda abertzale en general se han cuidado muy mucho de evitar que esta connotación negativa de su apuesta violenta se extienda y difunda con todo el peso de la verdad que encierra.

Hay una fotografía literaria muy semejante a esta idea en la descripción que hace Patrick Radden Keefe, periodista de *The New Yorker*, autor del recomendable *No digas nada*, cuando describe así uno de los momentos claves de la historia del IRA:

En agosto de 1994, el IRA declaró un alto el fuego. Por lo visto, las negociaciones auspiciadas por el padre Alex Reid habían dado sus frutos. Dolours Price y otros republicanos fueron convocados en un club social de West Belfast para conocer la decisión. Sentados detrás de una mesa, tres representantes hicieron el resumen del plan. La tregua era un paso positivo, no una victoria, desde luego, pero tampoco una derrota. A algunas personas les costó entender por qué el IRA depone las armas sin la promesa de que los británicos se retirarían de Irlanda. Se habló de la ingente cantidad de víctimas mortales. En un momento dado Price levantó el brazo y preguntó: “¿se nos está diciendo que, visto lo visto, nunca deberíamos haber emprendido la lucha armada?”.

Dolours Price era una conocidísima militante del IRA, autora de numerosos atentados y respetada en el entorno de los “provos” (ejército provisional) por su larguísima huelga de hambre en una cárcel británica. Cuando escucha las condiciones del acuerdo, muy semejante al de Good Friday de 1998, que puso fin a la violencia del IRA, su pregunta resulta reveladora. Después de cuarenta años de guerra contra los británicos, después de más de 3.500 muertos y de tanto dolor y tragedia para todos, el IRA reconoce que la política es el espacio de juego de sus aspiraciones y que la democracia es el camino. Reconocen que en Irlanda del Norte hay británicos que quieren ser del Reino Unido y que solo la democracia determinará el futuro de su país. Las preguntas brotan con una fuerza desgarradora: ¿no hubiera sido mejor que lo comprendieran antes?

Es muy semejante la pregunta que todos deberían hacerse en Euskadi sobre nuestra propia tragedia. Es muy oportuna la reflexión autocrítica sobre aquella apuesta por la violencia que pudo parecer entonces heroica y generosa para algunos, pero que acabó siendo cruel para todos. Y además inútil. Fue mala, horriblemente mala para todos y no sirvió para nada.

Cuarto. Hay una última razón que me parece necesario destacar. Bildu y el conglomerado de partidos que abarca esa coalición están manteniendo una política de inteligente moderación en todo el largo periodo transcurrido desde su

legalización. Es más, en el bloque progresista y plurinacional que apoyó los gobiernos del PSOE desde 2018 se ha convertido en el aliado más leal y más sólido frente a la alternativa de PP y Vox.

Se dice, con evidente intencionalidad crítica, que les hemos ayudado a blanquear su pasado. Puede ser, pero no era posible eludir su presencia institucional y su hábil gestión de la representación parlamentaria que ostentan por el voto ciudadano. Así ocurre tanto en el Parlamento Vasco como, sobre todo, en el Congreso de los Diputados. No obstante, una cosa son acuerdos parlamentarios y otra coaliciones de gobierno. Dicho lo cual, no se puede negar que el PSOE y el gobierno han aceptado ese juego y han pactado con Bildu los apoyos que su frágil mayoría necesitaba.

Lo cierto es que en esos acuerdos Bildu ha cristalizado una triple actitud: 1) Su participación institucional ha sido impecable, ajustándose con disciplina y rigor a las reglas fijadas por las leyes. Han mantenido una actitud firme de ruptura con el pasado y han ido adquiriendo, poco a poco, una respetuosa posición con el ordenamiento jurídico. 2) Han formado parte del bloque progresista caracterizándose más por su compromiso con los valores de la izquierda (pensiones, vivienda, reforma laboral, etcétera) que con su proyecto independentista. Y 3) han mostrado una firme defensa del gobierno progresista de Sánchez frente a la alternativa de la derecha española.

Estos perfiles políticos y su inteligente moderación están convirtiendo a Bildu en la opción útil del voto antifascista en Euskadi, aglutinando no solo a sus propios votantes, sino además a una amplia gama de izquierdas, muchas de ellas en profunda crisis (Podemos, IU, Sumar), como es el caso del PSOE, agobiado por sus problemas judiciales. Ante una izquierda no nacionalista en declive, Bildu emerge como un voto refugio, que añade, además, el elemento local identitario, tan socorrido en estas circunstancias. Otra cosa es hacer compatible la izquierda con el independentismo, pero ese es otro debate para otra ocasión.

La explicación no es un consuelo. En el fondo, muchos seguimos perplejos frente a estos apoyos políticos y electorales a la fuerza política heredera y responsable de nuestro trágico pasado. Es una perplejidad que expresa también autocríticas inevitables sobre este periodo transcurrido en paz y sobre este relato controvertido. Pero, quiero decirlo claramente, no extiendo ninguna de esas autocríticas a la forma en que terminó el terrorismo. Es una perplejidad que encierra dos sentimientos contradictorios: tristeza por ese apoyo electoral injusto e inmerecido, y alegría también por la paz conseguida, por la libertad recuperada, por el triunfo democrático de nuestro país sobre el terrorismo que tanto daño nos causó. ~

RAMÓN JÁUREGUI es abogado y político. Ha sido ministro de la Presidencia y eurodiputado.



Muy antiguo y muy moderno: Darío

por **Christopher Domínguez Michael**

Errante en la vida y en el arte, Rubén Darío vivió entre países, pero también entre tradiciones literarias. Su diálogo con la poesía francesa le permitió renovar el español, aunque muchos autores y críticos le reprocharan, en su tiempo, ese espíritu inquieto.

En un pasaje feliz de *La república mundial de las letras* (2001), Pascale Casanova compara las trayectorias meteóricas del crítico literario danés Georg Brandes (1842-1927) y del poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), quienes venían de la periferia y dieron a conocer “literaturas menores” en las metrópolis, traficando libros e ideas como esgrimistas de lo moderno a lo largo de “los mundos del mundo”¹

Las diferencias, empero, han de tomarse en cuenta. Brandes prefería el alemán para darse a conocer, aunque su inglés, su francés y su italiano eran más que fluidos, siendo insignificante la porción danesa de su obra. Al contrario, Darío se mueve por una lengua ya entonces muy extendida y esa errancia suya no es otra cosa que su vida misma, como lo señalan Rocío Oviedo Pérez de Tudela y Julio Vélez-Sainz en su biografía *Rubén Darío. La vida errante*.

Asombra la facilidad con que Darío se mueve de su Nicaragua natal a San Salvador y de allí a la Ciudad de Guatemala, San José de Costa Rica, Santiago de Chile (donde se educa con Pedro Balmaceda Toro, hijo del presidente suicida y ausencia que causa intriga en *Los raros*)² y el

puerto de Valparaíso; alguna vez La Habana, junto a Palma de Mallorca, refugio predilecto, sin olvidar las escapadas a Italia donde sufre del síndrome de Stendhal; las idas y vueltas a Madrid y a Buenos Aires (la caída, propiciada por los Estados Unidos, del presidente José Madriz Rodríguez, su protector, en agosto de 1910, obligó al porfiriato, vía Justo Sierra, a cancelar su invitación a las fiestas del Centenario en la Ciudad de México) no parecen distintas a la vida de aeropuertos de los escritores contemporáneos.

Cumple Darío a cabalidad con la conquista de París en 1900, en la medida en que los latinoamericanos podían llevarla a cabo, siempre más lejos de lo que quisieran de la alta sociedad literaria francesa, pues ni al cronista Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), cadenero de esa fiesta y meteco por antonomasia, le es dado acercarse a escritores de genuina importancia, salvo algunos menores, como Jean Moréas, un simbolista disidente de origen griego. No falta tampoco Nueva York en el itinerario de Darío. Si Brandes es políglota, a Darío le basta y le sobra con dominar el francés, lengua franca durante la Bella Época.

Brandes, tristemente, solo es recordado por un detalle ejemplar: haber sido el primero en popularizar a Friedrich Nietzsche mientras Darío, en cambio, fue el inventor y organizador de nuestro modernismo, que, mal recibido en España (excepción hecha de Juan Ramón Jiménez), acaba por sentar —como lo soñaba Alfonso Reyes— a toda una literatura, la hispanoamericana, en el llamado banquete de la civilización.

1 Octavio Paz, “El caracol y la sirena” en *Cuadrivio*, Ciudad de México, Joaquín Mortiz, 1965, p. 39.

2 Álvaro Bisama, “Debajo de la lengua weird: Darío, Balmaceda y algunos apuntes para una genealogía” en *Orillas. Revista d’ispanística*, núm. 11, 2022, pp. 1-9.

No es fácil hablar de Darío en nuestro siglo porque (y él tenía conciencia de ello al concebirse a la vez “muy antiguo y muy moderno”) a su poesía –antesala más que negación de las vanguardias– no hay que leerla como un aparatoso hecho consumado, sino con el detenimiento exigido por un clásico fundador. Y su vasta obra en prosa –cuentos fantásticos y crónicas sobre todo lo humano y lo divino– está pobre o malamente editada, a veces fechada –no había tema que pudiera evitar como redactor más necesitado que codicioso– o solo olvidada.

Ante una biografía de Darío, sin duda la mejor documentada hasta la fecha, como la que presentan este par de académicos españoles, la tentación de conformarse con los ensayos magistrales que sobre Darío se han escrito, desde Manuel Ugarte (*Escritores iberoamericanos de 1900*, 1942) hasta Octavio Paz (“El caracol y la sirena” en *Cuadrivio*, 1965), pasando por Enrique Anderson Imbert, Blas Matamoro y José Emilio Pacheco, es enorme. Tal pareciese que la vida de Darío, prosopopéyica y bolivariana, estorba como si bastara con decir que ningún poeta vino de tan lejos y logró tanto.

En esa perspectiva, la de situar a Darío como poeta de transición –todos los hombres lo somos, solía anteponer Pacheco a la frase–, los biógrafos hacen su trabajo: Darío es hijo aún del romanticismo y su Dios Padre es Victor Hugo. Contra lo que se cree, los poetas del Parnaso y del simbolismo no fueron leídos, directamente, en América Latina, hasta los primeros años del xx, y gracias en buena medida a *Los raros* (la segunda edición ampliada es de 1905), de Darío, galería plena en autores actualmente desconocidos y donde están el Conde de Lautréamont y Paul Verlaine, pero no Charles Baudelaire (aunque Darío lo alude en ciertos versos en otros libros) ni Arthur Rimbaud, quien al parecer se le pasó al vate nicaragüense. No desaparece, como jefe espiritual, el padre Hugo (“Genio sobrehumano y sublime... quien ha de sucederte será enviado por Dios”)³ hasta que fue sustituido por Émile Zola, movimiento que Darío –*dreyfusard* como es obvio– detecta con su habitual avidez y tino, con los cuadros de Henry de Groux como fondo.

Romántico, parnasiano y simbolista, bien hace Darío en apropiarse del modernismo como una síntesis propia del ecléctico latinoamericano, muy diestro a la hora de saltar sobre la cuerda floja en diferentes usos horarios. No creo que tengan razón Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz cuando dicen que el modernismo es “un romanticismo pasado por el tamiz del positivismo”⁴ como tampoco la tuvo Paz, después de *Cuadrivio*, en abandonar la cuestión en que el modernismo fue nuestro romanticismo, lo cual crea más problemas de los que soluciona. Se necesita



ROCÍO OVIEDO PÉREZ DE TUDELA Y JULIO VÉLEZ-SAINZ
(CON LA COLABORACIÓN DE CRISTINA BRAVO)
RUBÉN DARÍO. LA VIDA ERRANTE
Madrid, Cátedra, 2021, 574 pp.

una noción demasiado ancha de lo romántico para hacerlo pasar por las antípodas del espíritu positivo y en cuanto a Paz, ¿qué hacer entonces con nuestros románticos de pacotilla? ¿O debemos apuntalar a ese “modernismo romántico” sobre un sólido suelo clásico donde estarían fray Servando Teresa de Mier, Domingo Faustino Sarmiento y Euclides da Cunha? No lo sé.

Aunque francmasón iniciado el 24 de enero de 1908 en su natal Nicaragua y no desde *Azul...* (1888), cuyo título tendría connotaciones masónicas según algunos críticos, los autores de *Rubén Darío. La vida errante* aciertan en definir a Darío. Fue católico, pero estuvo lejos de ser un poeta católico, siendo bíblico, pagano, hispanista (su amor por España y su poesía, pese al mal humor de Miguel de Unamuno, nunca dejó de ser ardiente y los peninsulares terminaron por rendirse ante el modernismo), arielista y ante todo afrancesado, fascinado por el ocultismo –queda reparada la queja de Paz en *Cuadrivio* de la indiferencia de la academia ante esa influencia insoslayable en el modernismo–, habiendo querido morir con el hábito de monje cartujo, como lo muestra el cuadro de Daniel Vázquez Díaz (1914) y un retrato posterior de Pilar Montaner Maturana... Un cartujo versado en Pápus y Sâr Péladan.

Esa ansiedad de reconciliación *post mortem* fue el resultado de una vida, como la de su inspirador Verlaine –su amigo, el bohemio español Alejandro Sawa, le confió a Darío los supuestos secretos del poeta francés–, colapsada por el alcoholismo. Hay que ver las piruetas para negarlo (José María Vargas Vila, uno de sus primeros biógrafos) o para admitirlo sin taxativas (Gómez Carrillo, su amigo/enemigo gracias al tópico del abrigo prestado al artista desamparado).⁵ Su vida fue en alto grado pecaminosa para quien logró regresar milagrosamente a casa en 1915, para morir meses después. A su vez, en cuanto a “pecados”, Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz descartan la pretendida relación homosexual de Darío con el poeta nayarita Amado Nervo, basada, dicen, en poemas apócrifos. Sergio Ramírez lo ratifica.⁶

3 Rubén Darío, “Victor Hugo y la tumba” en *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, edición de Ernesto Mejía Sánchez y estudio preliminar de Enrique Anderson Imbert, Ciudad de México, FCE, 1952, pp. 61-68.

4 Rocío Oviedo Pérez de Tudela y Julio Vélez-Sainz (con la colaboración de Cristina Bravo), *Rubén Darío. La vida errante*, Madrid, Cátedra, 2021, p. 115.

5 *Ibid.*, p. 183.

6 *Ibid.*, pp. 22 y 298.

Menos comprensible que el eclecticismo de fin de siglo, basado en cómo sobrevivir y con qué sucedáneos, herramientas o muletillas a “la muerte de Dios”, es la política de Darío. A esa politiquería, mezcla de ambición pecuniaria y hasta mercenaria e idealismo adolescente pleno en buenas intenciones y hasta en eficacia diplomática, Paul Valéry no la hubiera considerado merecedora de la mayúscula con que comienza la expresión “Política del espíritu”.

Pero la América Latina de 1900 sorprende gratamente por sus numerosas y pequeñas, uno creería que insignificantes, ciudades letradas (para usar la redundante calificación de Ángel Rama) y por la magnificencia de dictadores y presidentes en connubio o en combate con poetas ansiosos de mantenerse gracias a la diplomacia, y no necesariamente en Europa.

En aquel tiempo, el estipendio diplomático y el envío de crónicas bien pagadas desde Europa a los periódicos de Buenos Aires o de la Ciudad de México eran la única manera digna de sobrevivir al alcance de los poetas, aunque debe decirse que en algo valían los adelantos editoriales. Agréguese que los poemarios de Darío, en el culmen de su fama, con *El canto errante* (1907), alcanzaron a tirar 4.000 ejemplares, cifra muy apetecible para los poetas de hoy.⁷

El anarquismo —el terrorista inclusive— era moneda corriente en 1900 y entre *Los raros* de Darío está el libelista Laurent Tailhade, su amigo, quien, propagandista de la Idea, fue víctima casual de un atentado. Quedó tuerto pero la truculenta ironía no impidió que Tailhade siguiese profesando de anarquista. Nada de revolucionario había en Darío —en cualquiera de los sentidos, aun el estético, dijo Paz— ni tampoco de demócrata. Un día podían indignarse esos poetas contra tiranos como el guatemalteco Manuel Estrada Cabrera y recetarles lapidarias odas libertarias hasta que hubiese necesidad de dar marcha atrás, suplicando un favor en palacio; importaban valores más etéreos, por irrealizables, como la unión centroamericana (México es una oscura molestia para Darío) y ante ello había que definirse ante los Estados Unidos, aunque fuera de manera veleidosa y coyuntural, como lo hizo nuestro poeta al menos dos veces.

Entonces, como lo sigue siendo hoy, era en extremo ambigua la actitud de la opinión latinoamericana ante el gran y abusivo y admirable vecino del norte. Se pasaba del conflicto de Ariel y Calibán que tornaba incompatibles —para decirlo a secas— catolicismo y protestantismo, germen de nuestro antiimperialismo durante el siglo pasado, a tomar prestada la credencial panamericana, cuando los Estados Unidos actuaban acorde con los intereses de tal o cual país.

Lo mismo escribió Darío versos a favor y en contra del águila imperial. “A Roosevelt”, en contra en 1905 y a favor en 1907 la “Salutación del águila”, dos años después. Y sus descripciones de Nueva York, que visitó hasta cinco veces,

la última en misión pacifista en 1914-1915, cuando leyó “Pax” en la Universidad de Columbia, revelan horror ante la ciudad Babilonia, a la que encuentra llena de miseria mecanizada por el afán crematístico de “millones de circuncisos”.⁸ Desde el temprano siglo XIX esa imagen de los Estados Unidos se expandió entre los intelectuales latinoamericanos, prejuicio ya casi inmemorial: un Darío no habría podido explicarse cómo y por qué Nueva York o Baltimore eran esas alcancías mecánicas al mismo tiempo que la industria que forjó a sus amados Walt Whitman y Edgar Allan Poe.

Si *Azul...* es el portaestandarte del modernismo, aunque se toma en cuenta su naturaleza miscelánea (cuentos, crónicas y poemas), escasamente se recuerda que esas —hoy se diría— “hibridación” y fluidez, tan presumidas como propias del siglo XXI, están en el origen de la revolución modernista, que no es empero todavía “una simbolización emocional de los colores” a la Rimbaud, como lo decía el crítico chileno Raúl Silva Castro, a quien los autores de *Rubén Darío. La vida errante* citan.⁹

En Darío lo moderno se insinúa en medio de bisutería romántica y elevado patriotismo (fastidioso por grandote). “Agencia”, que forma parte de *El canto errante*, más que “una versificación de *La decadencia de Occidente*”¹⁰ podría ser un recorte injertado por Ezra Pound en sus *Cantares*. Versos enteros del *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914) ya son borradores del *Canto general* (1950), de Pablo Neruda: “La Fama / a todos los ilustres proclama, / sus hechos ínclitos nombra, / constela con ellos la sombra / y forma un halo en el azul, / a la dantesca cruz del Sur.”¹¹

Paul Groussac, el bibliotecario bonaerense de origen francés y antecesor de Jorge Luis Borges, reprende a Darío en el tenor de “Su *Azul...* de usted no es del todo azul; sus *Prosas* no son prosas; y sus *Raros* tampoco son raros. No, Rubén, no lo son, o por lo menos no lo son en Europa en este año de 1898. ¿Leconte de Lisle raro? ¿Max Nordau raro? Casi tanto como Zola y Dumas.”¹²

Más que una arremetida conservadora, la de Groussac es la oferta de un pasaporte ofrecido a un moderno cabal: América Latina no puede ser ni absolutamente original ni tampoco una imitación servil de Europa. Si *Los raros* es un falso anecdótico y un manifiesto falaz, y *Prosas profanas* (donde está mi poema preferido: el “Coloquio de los centauros”: “Yo comprendo el secreto de la bestia”)¹³ no son ni

8 Darío, “La gran cosmópolis (Meditaciones de la madrugada)” en *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, op. cit., p. 474.

9 Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz, op. cit., p. 113.

10 *Ibid.*, pp. 354-355.

11 Darío, “Canto a la Argentina” en *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, op. cit., p. 401.

12 Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz, op. cit., p. 301.

13 Darío, “Coloquio de los centauros” en *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, op. cit., p. 205.

7 *Ibid.*, p. 353.

lo uno ni lo otro, Darío aparece, a los ojos de Groussac y de Juan Valera, como un descollante contemporáneo.

Pero su modernismo ocurre al mismo tiempo que la generación del 98, en un momento de honda depresión de lo español en Occidente, que empieza mucho atrás, con la derrota de la Armada Invencible en 1588, como diría Fernando Savater. Pese al Barroco, el siglo XVIII es “el menos español de los siglos” (José Ortega y Gasset) y con los Borbones reinando más acá de los Pirineos, el romanticismo peninsular, aun después de la desintegración del imperio en América, es un desastre. No se diga del latinoamericano.

En 1900, a los noventayochistas todo les parece mal, al grado de que Unamuno no encuentra mayor consuelo que exigir la “africanización”, reconociéndose fracasados los peninsulares en su europeísmo y estando vigente, enfadado, el optimismo exageradamente adánico que venía de América Latina. Lo escrito en ambas orillas es despreciado en París, en Londres y en Nueva York, puesto que a las letras en castellano las ha arrastrado la pérdida histórica de casi todo poder mundial para lo hispánico. La recuperación plena, que no se dará, a los ojos anglofranceses, en gloria y majestad hasta *Cien años de soledad* (1967), comienza con Darío el moderno y ello nunca debemos olvidarlo.

Dicen bien los autores de *Rubén Darío. La vida errante* que “con *Cantos de vida y esperanza*, el triunfo ‘definitivo’ de Darío y del modernismo en España, terminó prácticamente la colaboración y el intercambio de favores entre ambos”;¹⁴ es decir, entre los americanos y el generoso Jiménez, a quien Darío no volverá a ver. Esa normalización permitirá el florecer de la vanguardia en ambas orillas —el joven Jorge Luis Borges encontrando a Rafael Cansinos-Assens en 1920 y lo que ese encuentro desencadenó— y el péndulo de Darío se moverá con la generación del 27 hacia Federico García Lorca. El periplo del “teósofo” nicaragüense había hecho renacer la Atlántida: se podía llegar caminando, con ánimo de peregrino y sin mojarse, desde México o la Argentina, a España.

Rubén Darío. La vida errante, de Rocío Oviedo Pérez de Tudela y Julio Vélez-Sainz, es un alto en el camino. Una biografía académica correcta y eficaz, aunque ayuna de imaginación histórica (no todos los biógrafos están obligados a desplegar la pintura infamante) y afeada, sin gracejo estilístico, por ser evidente que la redactaron dos o tres manos. Hay, debo decirlo, una cita bochornosa y cutre, a cuenta de los editores, en las páginas 274 y 275: se cita a Pierre Bourdieu, en el cuerpo del texto, ¡en inglés! ¿Acaso los profesores españoles ya no leen francés o sus editores creen facilitarle la tarea al lector ofreciéndoles a monsieur Bourdieu en la actual lengua franca?

Quizás quien mejor comprendió a Darío, en su momento, fue Juan Valera (1824-1905). Nunca hubo, como

actualmente se especula en los departamentos de español de las universidades estadounidenses, una “estrategia” diseñada a sangre fría por unos modernistas visionando “el campo literario” de Bourdieu, precisamente, para “orientalizarse” o “afrancesarse”. Solo los necios (y no son pocos hoy día) no corren a “mentalizarse” en las formas y matices de la gran literatura de su tiempo y esta era entonces sin duda la francesa, pues buscan, arremedando a François Coppée, ¿a quién imitar para ser originales?

Ocurrió lo que dijo don Juan y con él me despidió: “Usted es usted: con gran fondo de originalidad y de originalidad muy extraña. Si su libro, impreso en Valparaíso, en este año de 1888, no estuviese en muy buen castellano, lo mismo podría ser de un autor francés, que de un italiano, que de un turco o de un griego. El libro está impregnado de espíritu cosmopolita. Hasta el nombre y el apellido del autor, verdaderos o contrahechos y fingidos, hacen que el cosmopolitismo resalte más. Rubén es judaico y persa es Darío: de suerte que por los nombres no parece sino que usted quiere ser o es de todos los países, castas y tribus.”¹⁵ ~

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL es crítico y consejero literario de *Letras Libres*. Athenaica acaba de publicar su libro *El crítico sin estatua*.

¹⁵ *Ibid.*, p. 109.



14 Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz, *op. cit.*, p. 331.

Observaciones varias

por **Gabriel Zaid**

Nuestra vida está llena de pequeñas contradicciones y extravagancias que solemos pasar por alto. Este brevísimo registro de algunas de ellas es una invitación a detenernos a observar, como decía Borges, la rareza fundamental del mundo.

No se puede decir que la existencia del cosmos no es buena, que la existencia de la vida no es buena, que la existencia de la especie humana no es buena. Pero lo dice Kant, en el primer párrafo del primer capítulo de su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (traducción de Manuel García Morente): “Ni en el mundo, ni, en general, tampoco fuera del mundo, es posible pensar nada que pueda considerarse como bueno, sin restricción, a no ser tan solo una buena voluntad.”

Parece un lapsus, en vez de “Ni en el mundo, ni, en general, tampoco fuera del mundo, es posible pensar nada que pueda considerarse como malo, sin restricción, a no ser tan solo una mala voluntad”.

Otro lapsus: Hannah Arendt (*Eichmann in Jerusalem. A report on the banality of evil*) escandalizó por el subtítulo de su libro. Dijo “la banalidad del mal”, cuando quería decir: “la banalidad de los malvados”.

Nietzsche inventó la palabra *Moraline* (‘moralina’), para fustigar el moralismo. Pero lo padeció. Un sermón contra los sermones sigue siendo un sermón.

Mientras representaba *El enfermo imaginario*, Molière sufrió un ataque de tos tuberculosa. Terminó como pudo, y horas después murió.

Aldous Huxley, en *Los demonios de Loudun* (capítulo “Las posesas”), atribuye al jesuita Jean-Joseph Surin (1600-1665): “Acepto todas las cruces que Dios me envíe, pero no salgo a buscarlas.”

La Primera Guerra Mundial (entre más de treinta países, 1914-1918) dejó unos veinte millones de muertos (la mitad civiles) y millones de heridos, baldados, desaparecidos, huérfanos, hogares rotos. El horror fue documentado en reportajes y fotos de la prensa, así como en videos de los noticieros de cine. Lo cual, paradójicamente, indujo un progreso moral, inédito en la historia: el desprestigio de la guerra. Que aumentó en 1945, por los horrores de las bombas atómicas.

Cuando estaba escribiendo la Biblia, Dios se impacientó. Parecía un cuento de nunca acabar.

Cumbres literarias: los Salmos (escritos entre 1400 y 400 a. C.), el Cantar de los Cantares (entre 970 y 931 a. C.), las

Epístolas de Pablo (entre 50 y 67) y el Evangelio de Lucas (entre 70 y 90).

Los Evangelios empezaron como literatura oral. El primer texto escrito del cristianismo fue la Epístola de Pablo a los cristianos de Tesalónica.

Buscar razones para creer es no creer. La fe se adquiere por contagio de los creyentes. La razón sirve para depurar las creencias, no para sustentarlas.

El DRAE no registra *status*, latinismo tomado del inglés; tampoco *status quo*; pero sí *statu quo* ‘Estado de cosas en un determinado momento’, sin marcarlo como arcaísmo. En el español actual, como en inglés y en francés, se usa *status quo*, no *statu quo*.

Es más fácil retomar lo que estabas escribiendo que empezar de cero. Si tienes que interrumpir, no dejes todo cerrado. Déjalo a medias. (Consejo de Hemingway.)

Escribir de lo que sabes, como llenando un formulario, es fácil. Lo difícil es escribir de cosas que no sabes hasta que las escribes.

No hay que traducir todo. Petrushka se reduciría a Pedrito.

Cuídate de los que no saben decir: “No sé.” Los que tienen respuestas para todo, aunque estén equivocadas. En particular, cuídate de Copilot.

Una tabla de multiplicar no multiplica, no piensa, no sabe si tiene razón. La inteligencia artificial, como las tablas de multiplicar, es obra de la inteligencia humana para ayudarse.

Maravillosas navajas suizas: sirven para todo y no se usan. Basta una sola palabra para arruinar una vida.

Vivir se ha vuelto tramitar. Y lo más odioso de vivir así es la satisfacción que dejan los trámites cumplidos; como si, perdiendo el tiempo, se hubiera hecho algo.

En cuanto pueda, tomaré dos horas de vacaciones.

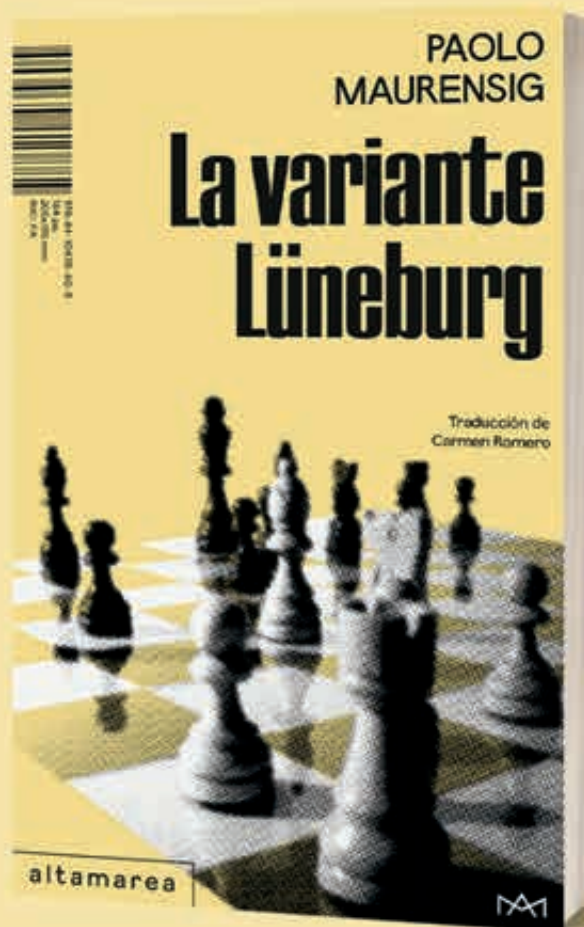
Es increíble hasta dónde puede rodar y esconderse una píldora que se cae.

El miedo a la belleza es el miedo a detenerse, en vez de progresar. ~

GABRIEL ZAID es poeta y ensayista. Su libro más reciente es *Poesía indígena del norte de México* (Tusquets, 2026).

Una pieza de culto de la literatura
italiana de finales del siglo XX

2 de
septiembre
en
librerías



«Con una escritura elegante y misteriosa, heredera de Poe y Borges, Maurensig domina el arte del presagio dramático en esta obra maestra sobre la maldad y la venganza enmarcada en la gran tragedia europea».

Richard Bernstein, *The New York Times*

LIBROS

Ángel Rivero

EL CURSO PERDIDO DE
LA DEMOCRACIA. POPULISMO,
AUTOCRACIA
Y POLARIZACIÓN

Mary Beard

CLÁSICOS SIN FILTROS.
EL IMPACTO
DEL MUNDO ANTIGUO

José Castillejo

UN LIBERAL EN LA CONVULSA REPÚBLICA.
ARTÍCULOS ESCOGIDOS
DEMOCRACIAS Y DICTADURAS

Juan Esteban Constaín

EL HIJO DEL HOMBRE. GRECIA, ROMA Y EL
NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO

Adolfo García Ortega
LOS FALSARIOS

Jorge Luis Borges
CONFERENCIAS
REUNIDAS 1960-1985

Peter Stamm
CUANDO OSCURECE

ENSAYO

Dos conceptos de democracia

por **Jorge del Palacio Martín**



Ángel Rivero
EL CURSO PERDIDO
DE LA DEMOCRACIA.
POPULISMO, AUTOCRACIA
Y POLARIZACIÓN
Madrid, Encuentro, 2026,
236 pp.

La gran teoría política de la segunda posguerra —quizá la teoría política por excelencia— tuvo como principal cometido tratar de entender por qué la transición de los regímenes liberales a la democracia de masas del primer tercio del siglo xx fracasó. Esta teoría política se empeñó en intentar comprender por qué dicha transición descarriló y terminó alumbrando lo contrario a lo deseado: en vez de un régimen liberal con una vida democrática ampliada con la integración de las masas, lo que sobrevino fue la experiencia del totalitarismo —de signo fascista y comunista— acompañada por la tragedia de dos guerras mundiales. Así las cosas, en el reparto general de las tareas a realizar dentro

de la gran familia de la ciencia política, la teoría política, que se afirmó como un campo de saber específico y autónomo después de la Segunda Guerra Mundial, se arrogó la reflexión sobre los conceptos, ideas y principios que habían degenerado en la experiencia del totalitarismo.

Ángel Rivero, profesor de teoría política en la Universidad Autónoma de Madrid y autor del libro que aquí se reseña, ha recordado al respecto que la teoría política no nació, por tanto, con una vocación prescriptiva. Esa tarea quedó reservada para la filosofía política, y no sin recelo, a la luz del desastre al que habían conducido los sistemas de ideas con vocación de totalidad. El propósito de la teoría política, recuerda Ángel Rivero, era mucho más modesto, pero no por ello menos urgente. No era dictar qué debe hacer el político, sino entender cuál había sido el rendimiento de las ideas que habían saltado del despacho del profesor o el intelectual, en un sentido amplio, al campo de la vida política activa.

Aunque este programa de investigación no se hace explícito en *El curso perdido de la democracia* de Ángel Rivero —entendemos, con buen criterio, para no asustar al lector con los

peajes propios de la escritura académica— la introducción conduce al lector a un territorio dominado por el estilo de la gran teoría política, tal y como quedó definido en la segunda posguerra. Entre cuyas virtudes, dicho sea de paso, destaca una claridad expositiva que produce un efecto balsámico en el lector. Al menos para quien por gajes del oficio está obligado a lidiar con la prosa, mezcla de oscuridad y pura banalidad, que se ha apoderado de la disciplina con funestas consecuencias, pues está haciendo de la conversación académica un ejercicio a veces incómodo, otras veces insoportable y las más de las veces imposible.

Entrando en materia, el libro señala sin ambages un problema: una situación de declive de la democracia que ha instalado en la sociedad la percepción de que la democracia existente es una “democracia insuficiente”. Delimita un contexto histórico al que se circunscribe el campo de análisis: el mundo occidental posterior a la crisis económica de 2008. Se trata de un contexto importante en la medida en que señala dos fenómenos que se retroalimentan. Por un lado, la quiebra de la idea de progreso como afirmación de la civilización liberal que

La pervivencia del mundo clásico

por **Andrea Martínez Baracs**



Mary Beard
CLÁSICOS SIN FILTROS.
EL IMPACTO DEL MUNDO
ANTIGUO
Traducción de Silvia Furió
Barcelona, Crítica, 2026,
256 pp.

encontró su confirmación en la caída del comunismo soviético. Por otro, un tiempo fértil para el cultivo del populismo y el radicalismo que ayuda a entender el ascenso electoral de nuevos partidos de izquierda y derecha. Y explicita un método de trabajo propio de la disciplina: si el concepto de democracia ha perdido su capacidad para convocar a los ciudadanos con un significado claro y distinto sobre su naturaleza, se impone un análisis que arroje luz sobre qué usos e interpretaciones han sembrado la confusión que hoy domina nuestra conversación política.

La gran teoría política de la segunda posguerra utilizó de forma intensa pares contrapuestos de conceptos, a modo de antinomia, como instrumento de análisis para entender la quiebra de la democracia y el auge del totalitarismo en el periodo de entreguerras. Por ejemplo, Isaiah Berlin hizo famosa la contraposición entre la “libertad positiva” y la “libertad negativa”; Michael Oakeshott contrapuso “la política de la fe” a la “política del escepticismo”; Karl Popper enfrentó las ideas de “sociedad abierta” y “sociedad cerrada”; F. A. Hayek hizo lo propio con las ideas de “orden espontáneo” y “orden construido”. El profesor Ángel Rivero continúa este camino. Afirma que la confusión actual que se cierne sobre el concepto de democracia tiene que ver con la coexistencia de dos formas de entender el fenómeno —dos conceptos de democracia, por decirlo al estilo de Isaiah Berlin— que bajo el mismo nombre señalan dos formas muy distintas de entender un modo colectivo de ejercer el poder, su naturaleza y sus límites.

El libro, como su propio subtítulo indica —“Populismo, autocracia y polarización”— toma en consideración un amplio abanico de problemas que caracterizan los procesos de degradación de la democracia y que en otros tiempos propiciaron su quiebra efectiva. No obstante, si hay un hilo

conductor que conecta todos los capítulos es la presencia de esta distinción, poderosa y brillante, de dos tipos de conceptos de democracia enfrentados. De un lado, la “democracia liberal” como procedimiento de organización colectiva compatible que asume derechos individuales como límite a la voluntad general. De otro, una “democracia iliberal” que presupone que el ejercicio de la voluntad general no ha de tener límites si quiere considerarse una democracia plena. El primer modelo ha llevado históricamente a sociedades libres; el segundo modelo, dadas las inclinaciones autoritarias de quienes lo reivindican, se perfila como el molde en el que se forjan las sociedades populistas y colectivistas donde las libertades occidentales se agostan.

Sentadas las bases de esta distinción —que opera como la clave de lectura que da acceso a todo el programa que despliega el libro—, el profesor Rivero nos lleva con mano maestra por el pensamiento de los autores de la tradición liberal que ya advirtieron, cada uno en su registro, el peligro que se cierne sobre las sociedades que olvidan que la democracia sin límites al poder siempre deriva en autoritarismo. En estas páginas se encuentran y conversan sobre el particular la escuela de Salamanca, Locke, Montesquieu, Tocqueville, Mill, Berlin, Sartori y Oakeshott, entre otros, de quien el profesor Rivero toma su receta para superar la polarización que debilita la política y degrada la democracia: la política como conversación. A saber, como proceso de toma de decisiones que busca, a través del consenso, integrar a quienes piensan diferente y tienen intereses encontrados en un proyecto común que haga compatible el ejercicio del poder colectivo con la salvaguarda de las libertades individuales y el pluralismo consustancial a las sociedades modernas. ~

JORGE DEL PALACIO MARTÍN es profesor de historia del pensamiento político en la Universidad Rey Juan Carlos.

Mary Beard vive inmersa en el mundo latino y clásico, es una autoridad en la materia (no tanto frente a la academia italiana, que, al parecer, prefiere ignorarla) y es una figura pública muy popular y simpática: señora mayor anticonvencional, espontánea, multiculturalista y feminista. Es tan inteligente y sana que pudo desnudarse (con modestia y muy brevemente) ante la cámara, para un cortometraje que presentaba una reflexión sobre los desnudos en el arte. No duda en acostarse en el suelo frente a todo mundo para apreciar mejor un bajorrelieve hecho para ser visto desde abajo. Cuenta con una obra abundante. Sus libros más notables probablemente sean *Religions of Rome* (1998, dos volúmenes, en coautoría con John North y Simon Price), *SPQR* (2015), *Doce césares* (2021) y *Emperador de Roma* (2023). Ha realizado además series de televisión tan excelentes como exitosas. Se ha ocupado también de Pompeya, el Coliseo, la risa, la alfabetización, las mujeres, el cuerpo, el arte en la Roma antigua, el poder desde el pasado hasta el presente y de reflexionar sobre su vida como universitaria de élite en Gran Bretaña. Su libro más reciente, *Clásicos sin filtros*, se basa en una serie de conferencias que impartió en las universidades de Chicago y Edimburgo.

Clásicos sin filtros ofrece hermosos atisbos a la vida romana, dentro de una vasta ensalada con muchos signos de interrogación. Para sus

reflexiones, Beard parte de algunos vestigios: una famosa escultura, un grafiti de la antigüedad, tal vez proveniente de un baño público, inscripciones que ilustran escenas de la calle y la taberna. Con su enorme erudición y conocimiento, colecciona instantáneas de la cotidianidad en Roma. Al inicio de este libro la historiadora cuenta que ella ha seguido el camino del *thauma*, palabra griega que se traduce como ‘asombro’ o ‘maravilla’. Lo experimentó por primera vez cuando de niña le permitieron estar cerca de un panecillo egipcio que descubrió en la vitrina del Museo Británico: gracias a la proximidad con ese pan, una niña del presente vivió la abolición de veinte siglos y percibió el enigma intelectual encriptado a partir de este encuentro improbable, misterioso. Su *thauma* desde entonces la hizo buscar puntos de contacto entre nosotros y ellos; aquello que, en su concepción, revela lo nuevo dentro de lo antiguo. Ver con ojos frescos. En un libro cuyo título ella reutiliza con un sesgo crítico (*El impacto de lo nuevo*), el ensayista y crítico de arte Robert Hughes rechazaba las antiguallas. Beard, por su cuenta, aboga por devolverles a esos objetos su *factor wow*, el poder que tuvieron cuando fueron realizados originalmente.

Los atisbos son en efecto maravillosos: un grafiti en una taberna, que describe de modo prosaico y con humor algunos incidentes sucedidos en su interior. Un pequeño dibujo en la pared de una casa de Pompeya, que retrata a Eneas, su padre y su hijo en la imagen clásica, huyendo de la Troya en llamas. El padre Anquises aparece a hombros de Eneas y el niño Ascanio de su mano, pero los tres tienen cuerpo de monos, cabeza de perro y penes expuestos, más largos de lo habitual. Otra perla: la mil veces replicada escultura de tamaño real de Afrodita desnuda, que por repetición no nos dice gran cosa, pero que, cuando fue expuesta ante

el público por primera vez —según explica Beard—, representó una novedad escandalosa en el mundo escultórico, que aún no había mostrado así a una mujer. Un hermafrodito del siglo II d. C., dormido sobre una asombrosa cama de mármol, realizada por Bernini para que pareciera acolchonada y con una hermosa factura que hace justicia al yacente. Sobre cada uno de estos casos Beard ofrece datos útiles, pero el lector se queda con poco. Señala que sus profesores enmarcaron al hermafrodito como divertimento de la élite o tema mitológico recóndito, casi con el fin de “eliminar cualquier efecto impactante o posición ideológica”. En cambio, Beard plantea frente al hermafrodito la “difícil pregunta”: “¿cuál es la diferencia entre un hombre y una mujer?, ¿podemos ser ambas cosas?”. Parecería que, para devolverle frescura a la antigüedad, es deseable atraerla a discusiones de nuestro tiempo: ideológicas, como dice Beard. Francamente, incluso si se trata de vistazos, sería preferible profundizar en el tema, por ejemplo, sobre el erotismo en el arte greco-romano y su evolución. ¿Realmente no hay mujeres desnudas de tamaño real antes de la Afrodita? Aun no completamente desnudas, muchas esculturas griegas de mujeres parecen más eróticas que la Afrodita, en tanto muestran gestos sueltos, libres. ¿En qué era diferente ese erotismo del nuestro? ¿Cuándo y cómo se dejaron atrás las formas hieráticas en la representación del cuerpo humano? Y ¿qué cambió al respecto en el tránsito de los griegos a los romanos?

Los atisbos significativos y agradables aparecen en el libro junto a un bosque de preguntas y de reflexiones sobre la distancia y la cercanía entre nosotros y ellos, y sobre el significado y los usos de la antigüedad clásica. Una preferencia central de Mary Beard es desacralizar, con sorna inglesa, el culto anticuado de la documentación clásica y los grandes

autores, la investigación “con guantes azules”, “la versión saneada de la historia”, la “aburrida respetabilidad”. Beard elige la vida cotidiana, los personajes del pueblo llano, “los sinvergüenzas, los aventureros, los oportunistas”, como escribió Louis MacNeice, lo “sucio” y, siguiendo a su amado E. R. Dodds en su clásico *Los griegos y lo irracional*, el “desorden potencialmente salvaje” de lo irracional. La “desacralización” conduce a Beard a buscar los datos llanos, no los solemnes o idealistas, por ejemplo, respecto de la manufactura de las obras, su sentido político y su distribución. Es el caso del “Augusto de Prima Porta”, atípico en la historia del arte escultórico de los personajes del poder en tanto representa a un emperador “juvenil y atemporal” y no anciano, y que fue reproducido por Augusto en decenas de miles de ejemplares “por toda la región del Mediterráneo en la primera campaña masiva de proyección de imagen del mundo”.

Una reflexión importante de Beard, que defiende su propia profesión de “clasicista”, es el hecho de la pervivencia del mundo clásico, “durante más de dos milenios (como) una parte fundamental de la agenda cultural en Occidente”. Por ello destaca la estatua de bronce dorado del emperador Marco Aurelio, expuesta ininterrumpidamente al público desde su manufactura en el siglo II d. C. hasta hoy en día. La clasicista no ideológica que también es Beard puede declarar: “he aprendido que uno obtiene más de los clásicos si les permite que sean un desafío disruptivo frente a las certidumbres modernas autocomplacientes”, lo que desde luego se agradece. Observa también que la democracia griega, parte esencial del “milagro griego”, era mucho menos extendida en ese mundo y más mezclada: es la labor del historiador ver las cosas más de cerca y descubrir que todo era más complejo, identificar las manipulaciones

políticas y las versiones simplistas del pasado clásico, así como su apropiación por parte de imperios como el británico y por el supremacismo blanco, temas que absorben buena parte de la atención de la autora en este libro. Notar el sentido original de la elaboración de las obras de arte lleva a Beard a observar su utilización a lo largo de la historia, incluida la visita de Hitler a Mussolini en 1938, centrada en el Altar de la Paz de Augusto en Roma, que se conoce con todo su horror y humor negro gracias al diario que escribió Bianchi Bandinelli, el eminente arqueólogo italiano que debió ser el guía de esa visita. Lo cual lleva a Beard a considerar que la mayoría de nosotros somos como ese arqueólogo, “contrarios a la tiranía en sentido teórico”. Y a observar que el refugio en el glorioso pasado que parecen proporcionarnos los vestigios romanos es una ilusión, en tanto “la estructura de la Roma ‘clásica’ es, en parte, una creación fascista”. También son ciertos, recalca Beard, “los vínculos entre la expansión imperial y la enseñanza y aprendizaje de las disciplinas clásicas”.

Recordemos que lo cotidiano con toda su riqueza y variedad está al alcance en obras romanas como la de Juvenal —el caso de un pescado inusualmente grande y las peripecias de su venta, la crueldad de los nuevos ricos, la pobreza y sus amarguras, la depravación de las costumbres—. Afortunadamente no falta el material que Beard privilegia. También el gran tema de la distancia insalvable con los antiguos y su ilusoria inmediatez ha sido tratado por muchos autores que han buscado precisarla, estudiando la mentalidad, las convenciones y las percepciones colectivas. Para mencionar unos pocos, Jacques Le Goff y Pierre Monnet estudiaron el concepto del tiempo en la Edad Media, el italiano Carlo Ginzburg describió en *El queso y los gusanos* (1976) la mentalidad de un

molinero del siglo XVI. Beard busca que, con sus inmensos conocimientos, sus libros no parezcan eruditos, que sean atractivos para todos y que no se escondan en un pasado desconectado del presente. Para algunos lectores, sin embargo, la profusión de reflexiones, conexiones y matices en la prosa de Beard, siendo tan vívida e inteligente, puede resultar abrumadora y tal vez demasiado general. Frente a ello, defenderían el procedimiento anti-gueto del “cuéntanos cómo fue”. ~

ANDREA MARTÍNEZ BARACS es historiadora y autora de *Un rebelde irlandés en la Nueva España* (Taurus, 2022). Dirige la Biblioteca Digital Mexicana.

ARTÍCULOS

José Castillejo vuelve a casa

por **Manuel Arias Maldonado**



José Castillejo
UN LIBERAL EN LA
CONVULSA REPÚBLICA.
ARTÍCULOS ESCOGIDOS
Barcelona, Página Indómita,
2026, 224 pp.



DEMOCRACIAS
Y DICTADURAS
Barcelona, Página Indómita,
2026, 160 pp.

Cuando trabajaba en la publicación de mi primer libro hace ya casi veinte años, visité al editor Tim Chapman en la que fuera sede de Siglo XXI España: una encantadora propiedad llena de olivos situada en pleno Chamartín. Informado allí mismo de que había sido la casa de José Castillejo en Madrid, hube de confesar mi ignorancia: su nombre me era desconocido. Y aunque se trataba sin duda de una laguna imperdonable, lo cierto es que se hablaba poco de Castillejo entonces y se sigue hablando poco ahora; mucho menos de lo que merece una figura tan relevante en el infortunado

devenir del pensamiento liberal español. El olivar es ahora una fundación que lleva el nombre del pensador ciudadrealeño y recuerda a los visitantes que Castillejo —junto a la notable Irene Claremont, inglesa que estudió en Cambridge y dejó unas breves memorias de su matrimonio que se titulan *Me casé con un extraño* y han sido reeditadas por la Residencia de Estudiantes— convirtió el lugar en uno de los centros intelectuales de aquella España que tan alto quiso volar y tan bajo terminó cayendo.

Por eso hay que aplaudir la iniciativa de la editorial Página Indómita, que ha publicado en lo que llevamos de año dos jugosas compilaciones de textos salidos de la pluma de José Castillejo: *Un liberal en la convulsa República* recoge los artículos publicados por el autor en *El Sol* en los meses anteriores al estallido de la Guerra Civil; *Democracias y dictaduras* transcribe los programas que el autor radió desde Londres para la BBC entre 1942 y 1945. Quien se haga con estos volúmenes no solo se encontrará con un pensador serio y comprometido con la vida pública, sino también con un pensamiento que mantiene su vigencia. Leemos con provecho a Castillejo porque sus preocupaciones son, en buena y triste medida, también las nuestras: escribe sobre una España convulsa cuya democracia se encuentra amenazada por el frentismo partidista y el radicalismo ideológico, pero también sobre una democracia liberal que combate globalmente a los totalitarismos de corte fascista y sufre en el plano doméstico la amenaza que representa el socialismo revolucionario.

Su propia vida es arduo testimonio de la época que le tocó vivir: Castillejo huye a Londres tras salvarse en el último momento del paseillo que querían darle unos milicianos de la UGT en cuanto hubo estallado la guerra española; en la capital inglesa colaborará con la BBC y el bando franquista procederá a *cancelarlo* como enemigo de la patria. Si hubo una Tercera España,

pues, Castillejo forma parte de ella. Y en sus desordenadas filas sobresale por una anglofilia que viene a emparentarlo con José María Blanco White, aquel capellán ilustrado que se exilió en Inglaterra a comienzos del siglo XIX y anda hoy semiolvidado. Añadamos que Castillejo fue alumno y docente de la Institución Libre de Enseñanza, krausista influido por Giner de los Ríos y catedrático de derecho romano. Estudió en Alemania y era un hombre de mundo; de ahí que se desempeñase como secretario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que becó a numerosos españoles para que se formasen en Europa: es justicia poética que un destacado programa ministerial de movilidad para académicos españoles lleve hoy su nombre.

Si algo llama la atención de los luminosos artículos que Castillejo publica en *El Sol*, periódico fundado por Nicolás María de Urgoiti y Ortega y Gasset en 1917, es el carácter recurrente de la historia política española: como si fuera una pesadilla de la que no logramos despertar. Que sus reflexiones propendan al concepto y la abstracción, empeñado Castillejo como estaba en ilustrar al ciudadano español sobre el valor y la esencia de la democracia, nos las hacen si cabe más cercanas. Denuncia Castillejo en piadosa sordina al intelectual que se vende al precio de perder su “arisca independencia” y al maestro de escuela que se dedica a hacer proselitismo, exigiendo de ambos que afirmen su independencia y asuman su responsabilidad cívica; deplora serenamente que reine en el país “un dogmatismo pontifical que clasifica a los españoles en buenos y malos republicanos”; y afea la actitud destructiva de unos regionalismos a los que ve capaces de inventarse la opresión centralista en caso de necesidad.

Tales regionalismos –que hoy son ya nacionalismos– son presentados como corresponsables del

marasmo parlamentario que atena a la República. Distingue Castillejo entre “partidos nacionales” y “partidos circunscritos” a la defensa de una causa particularista, entre ellas la revolución social que persigue la izquierda marxista, consistiendo la desgracia de la República en que “ha caído del lado balcánico y de ahí sus enormes dificultades para realizar un sistema parlamentario”. Castillejo parece estar hablando del PSOE de Pedro Sánchez cuando denuncia a esos partidos nacionales a los que “la prisa por alcanzar el poder o retenerlo los llevó a buscar la alianza de partidos circunscritos”, de tal manera que “dejaron el interés general a merced de intereses de grupo o de clase”. Y también habla de nosotros cuando, discutiendo la amnistía que borró los delitos de los sublevados en Asturias y Cataluña, razona que “nuestros revolucionarios han alcanzado el poder y tienen que defender la impunidad, porque no podían castigar a los autores materiales sin ingresar con ellos en las cárceles”. A juicio de Castillejo, la “emoción infantil” que acompañó el advenimiento de la República –cuya legitimidad habría debido vincularse a las elecciones locales mediante un proceso más gradual de construcción institucional– había de desembocar en la decepción y el desorden. “Un país que rehúye las vías suaves y modestas del ensayo tiene que sufrir las lecciones severas del escarmiento”, escribe a principios de mayo de 1936: un profeta sin seguidores.

Ni que decir tiene que la crisis de la República española es parte –aunque una parte bien singular– de la crisis de la democracia liberal durante los años de entreguerras. De ella se ocupa con fruición Castillejo a lo largo de estos dos volúmenes, donde muestra su admiración por el modelo británico: una democracia que resulta del aprendizaje gradual de la costumbre y donde la voluntad de la mayoría es menos importante que el riguroso control que jueces y ciudadanos –a

través de las urnas y la opinión pública– ejercen sobre el gobierno. Han caído las democracias allí donde un proceso revolucionario inoculó el virus del plebiscitarismo, señala perspicaz un Castillejo que no deja de apreciar los rasgos democráticos y socialistas del nazismo. Y aunque su propuesta de un “nuevo liberalismo” encargado de restablecer el equilibrio en la relación entre representantes y representados –frenando así a los dictadores populares– carece de un perfil definido, algo parecido cuajará durante la segunda posguerra mundial en los países democráticos; la limitación constitucional del delirio ideológico será la nota dominante de las constituciones liberales que siguen a la derrota del fascismo.

Ese nuevo liberalismo, que a Castillejo no le fue dado conocer, ganó la Guerra Fría e impulsó una globalización que ahora parece haberse vuelto contra las propias democracias occidentales. No son pocos quienes reclaman hoy una refundación del liberalismo democrático; una que le permita derrotar al populismo iliberal, penúltima encarnación del viejo plebiscitarismo. Meditando sobre la inestabilidad que produce la confrontación electoral entre modelos sociales incompatibles entre sí, causa de una alternancia histórica en el poder que es dañina para el bienestar social, Castillejo se hace una pregunta de inesperada resonancia para nosotros: “¿Hay algún resorte para evitar que la democracia se suicide?” Haberlos, haylos. Y uno de ellos es el conocimiento de la historia: sabemos lo que no sabían –o no del todo– nuestros predecesores. Si no queremos recibir de nuevo “las lecciones severas del escarmiento”, en fin, leamos a Castillejo; que ya somos mayorcitos. ¡Aunque no lo parezca! ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. En 2025 publicó *La pulsión nacionalista* (EnDebate).

Hitos en la construcción de la fe

por **Diego S. Garrocho**



Juan Esteban Constaín
EL HIJO DEL HOMBRE.
GRECIA, ROMA Y EL
NACIMIENTO DEL
CRISTIANISMO
Barcelona, Debate, 2026,
544 pp.

Los buenos libros suelen guardar alguna mentira o, al menos, alguna media verdad en el título. Solo así se reserva para el texto el sentido definitivo de aquello que el autor nos quiere contar. *El hijo del hombre* no es una excepción, y no es improbable que quien repare solo en las palabras y en la imagen de su cubierta se lleve una impresión equivocada. El icono de Cristo con la corona de espinas, o la mención a esa expresión aramea con la que el Jesús del Evangelio solía referirse a sí mismo, pueden llevar a alguien a pensar que este es un libro devocional o catequético. Habría sido, por supuesto, una opción legítima. Pero el ensayo de Constaín es algo distinto. El subtítulo de la obra (Grecia, Roma y el nacimiento del Cristianismo) nos da una primera pista. Pero no mucho más que eso.

El hijo del hombre aborda, desde luego, el surgimiento de aquella secta judía que devino, con el tiempo, una religión dominante en todo el orbe. El exergo de Nicolás Gómez Dávila —referencia habitual en los escritores finos— adelanta una premisa interpretativa inicial. Existe —puede existir, se da a veces, todos lo hemos visto— una forma de paganismo que cree en Jesús. Naturalmente, habrá que desentrañar el sentido de “creencia” e incluso de “paganismo”, pero en el arranque del libro queda ya situada una coordenada afectiva, aunque también intelectual, del lugar desde el que se aborda esta historia.

De las muchas maneras en las que podría calificarse este libro, no sería injusto conceder que, de algún modo, se trata de una confesión de amor por Roma. De nuevo, queda claro al comienzo, donde se retoma aquel célebre palíndromo que el diablo habría escrito para contener toda la historia de la ciudad: *Roma tibi subito motibus ibit amor*, que leído ya sea hacia adelante o hacia atrás nos dice: “te moverás, Roma, hasta ser el amor”. Una traducción —si se quiere, algo libre— que Constaín enmienda con el seseo colombiano, que por lo demás es mayoritario entre los hablantes de nuestra lengua, para decir: “te moverás, Roma, hasta hacer el amor”. El amor, Roma y la propia Colombia serán ejes no siempre confesos de un texto escrito con precisión, ritmo, sensibilidad y no poca ironía.

Este libro es una historia de las condiciones sociales, culturales, espirituales y políticas que hicieron posible el surgimiento del cristianismo. De algún modo podría decirse que el texto es una historia de Roma en sentido pleno, en el que los hechos positivos y ciertos se mezclan con la condición legendaria de los personajes que todos situamos en el origen de la ciudad. Esa mezcla entre ficción y realidad o, si se prefiere, entre la verdad del mito y las verdades de la historia, es un ingrediente vertebral de este ensayo, en el que se recorren todos los hitos fundamentales de la historia antigua anteriores e inmediatamente posteriores al nacimiento de Cristo. Por las páginas de *El hijo del hombre* aparecen Rómulo, Remo o Lucrecia y, según se avanza en la narración, el foco se amplía para ralentizar su curso con mucho mayor detalle y toparnos con César, Cicerón, Cleopatra, Marco Antonio o Augusto. Diría que son todos los que están y que están todos los que son. Tanto los personajes míticos como los reales, pero es que Roma le debe más a las mentiras de Virgilio que al rigor factual de Tito Livio. En paralelo,

Constaín no se olvida de la fortísima impronta de la cosmovisión griega, evidente en Alejandría pero también en Jerusalén, para exponer de forma no solo detallada, sino a veces trepidante, el curso de unos acontecimientos que forjaron, sería absurdo disimularlo, nuestra manera de ver el mundo.

Libros sobre la historia del mundo antiguo o sobre la historia sagrada hay muchos. Constaín tiene el buen gusto y la prudencia de cumplir con Droysen, Mommsen, Beard, Uribe Rueda o Momigliano, y los cita y a ellos se remite cuando la narración lo exige. Pero el planteamiento de este ensayo es diferente, y acoge con inteligencia su misión y su límite. Este libro es antes una *story* que una *history*. Es una narración personalísima sobre hitos a los que solemos referirnos de forma desordenada, pero que cobran un nuevo sentido y hasta un suspense renovado cuando se comprenden y se proponen como antecedentes de un hecho tan fundamental como el nacimiento del cristianismo. Esa es, quizá, una de las principales virtudes del libro: no aspira tanto a corregir el saber recibido cuanto a reordenarlo narrativamente y devolverle espesor, continuidad y dramatismo.

La prosa de *El hijo del hombre* es veloz y preciosista, e introduce además una novedad especialmente valiosa. Latinoamérica es también, entre otras muchas cosas, una forma específica de declinar la *latinitas*. Constaín demuestra en este libro una enorme personalidad al saber expresar con gran potencia literaria este hecho. Roma ni puede ni debe interpretarse del mismo modo si se la lee desde Heidelberg que si se acoge desde Popayán. De ahí que tenga tanto valor —y tanto sabor— la marca que le imprime el autor al texto, hasta ser capaz de narrar la violación de Lucrecia e iluminarla como “una milonga de malevos y compadritos”, interpretando la leyenda fundacional de la República desde una perspectiva distinta y acaso más

verdadera al describirla con americanismos. Esas marcas personales en el texto son constantes, y alivian la ortodoxia historiográfica con traducciones tan libres como la que presenta nuestro autor para las célebres palabras de Cicerón. El *quousque tandem abutere, Catilina...* queda traducido con un eficaz y por lo demás exacto “hasta cuándo vas a seguir jodiendo, Catilina”.

Los grandes nombres de la historia aparecen puntualmente referidos y a lo largo del ensayo encontramos referencias a Isócrates, Sócrates, Aristóteles, Estacio, Plinio, Ulpiano y al extensísimo elenco de personalidades históricas que protagonizan los distintos episodios descritos. Pero, y aquí aparece otro rasgo que pauta la personalidad del texto, al mismo tiempo encontramos alusiones a Silvio Berlusconi o a Liam Gallagher. Mención especial merecen Dante y Shakespeare, que en muchas ocasiones aparecen como autoridades esenciales a la hora de interpretar y reconstruir la propia historia antigua. Esa síncopa entre autoridades colombianas—García Márquez, Felipe Ossa—, historiadores de fuste, protagonistas de la Antigüedad y figuras contemporáneas nos devuelve un texto originalísimo. También es una cortesía especialmente útil cuando nos enfrentamos a una historia de la que conocemos de antemano el final, pero no siempre el modo en que ese final fue preparado durante siglos.

Gran parte del libro se dedica—casi valdría decir en este contexto: se consagra—al estudio y análisis de los precedentes helenísticos, romanos y hebreos del acontecimiento que pauta lo que denominamos la era común. Tanto es así que los hechos no alcanzan el nacimiento de Cristo hasta la página 387. Y como no podía ser de otra manera, tratándose de lo que se trata, Constaín debe enfrentar un dilema que ha desafiado a todos aquellos que han intentado aproximarse a la figura del fundador del cristianismo: ¿dónde acaba el Jesús histórico y

dónde comienza el Cristo de la fe? La pregunta—Bultmann lo vio claro—es posible que no tenga solución, lo que no quiere decir que deba desatenderse la distinción esencial, legítima y pertinente entre ambas aproximaciones. Constaín camina aquí sobre seguro y asume que la información disponible sobre el Jesús histórico no ha cambiado demasiado en los últimos siglos. Sin embargo, basta referir el testimonio de Flavio Josefo para acreditar que hubo un Jesús al que siguieron “muchos judíos y muchos griegos”.

Aquí, otra vez, *El hijo del hombre* se presenta como una guía eficaz para reconocer cuáles fueron los sucesos—y las palabras, y los documentos—sobre los que se construyó la fe de los primeros cristianos, una realidad para la que la intervención de Pablo de Tarso, san Pablo, resultó determinante. Constaín se acoge a la tesis de Ernst Hoffmann, según la cual, entre la muerte de Alejandro y la irrupción de Pablo, el mundo helenístico se sumió en un vacío moral y espiritual que abriría espacio a la nueva fe de aquellos que decidieron seguir y confiar en Jesús de Nazaret. Desde luego, nada de esto es completamente nuevo para el especialista, pero sí se ofrece aquí con una claridad narrativa y una articulación emocional de la que otros libros, más eruditos y acaso más solventes desde el punto de vista académico, suelen carecer.

Bien mirado, o bien leído, nada de lo que se presenta en este libro es radicalmente novedoso. Sin embargo, es de esperar que el lector medio—y puede que incluso el muy culto—no haya podido fatigar las complicadísimas páginas que filólogos e historiadores expertos han escrito sobre el surgimiento de una religión que, al igual que Roma, o desde Roma, pero también a pesar de Roma, llegó a dominar el mundo. En este sentido, el libro de Constaín resulta muy útil tanto por su colombianísima elegancia como por el ritmo y la velocidad que imprime a la historia. Rara vez

una escritura es rápida y bella, pero *El hijo del hombre* aúna esas dos virtudes no siempre conciliables. Es cierto que parte de la mejor materia prima posible, porque componer una narración en la que aparecen Alejandro Magno, Julio César, Herodes y el propio san Pablo es jugar con ventaja. Pero esa ventaja puede aprovecharse para contar una gran historia o puede, sencillamente, desatenderse y olvidarse. Constaín, desde luego, opta por lo primero.

El libro acaba donde empieza, y de donde prácticamente nunca se mueve: en Roma, otra vez, quién sabe si para siempre. Y acaso merecerá la pena enmendar el refrán y concluir—y este libro ayuda a constatarlo—que no son todos los caminos los que nos llevan a Roma. Es muy posible que Roma, la del palíndromo, los papas y los emperadores, no sea más que un camino ella misma para llevarnos a otro lugar. A fin de cuentas, lo dijo el Hijo del hombre: su reino no era—no es—de este mundo. ~

DIEGO S. GARROCHO es profesor de filosofía moral en la UAM. En 2025 publicó *Moderaditos* (EnDebate).

NOVELA

De conspiraciones, engaños y sociedades secretas

por **Rebeca García Nieto**



Adolfo García Ortega
LOS FALSARIOS
Madrid, Impedimenta, 2026,
176 pp.

El escritor Adolfo García Ortega se vale de un hecho por todos conocido, la llegada del hombre a la Luna en 1969, y de unos versos de T. S. Eliot para dar inicio a su nueva novela. Aquel día, dice uno de los personajes, asistimos al fin de la Luna. No a su

desaparición física, claro está, sino a la del halo de misterio que la envolvía. Si hasta entonces había inspirado poemas, mitos, leyendas, incluso cómics, a partir de ahí serviría de escenario a las teorías conspirativas más sonadas, siendo la más conocida la que decía que las imágenes del supuesto alunizaje correspondían en realidad a una filmación de Stanley Kubrick, cosa que el director habría admitido después en *El resplandor* (¿acaso no se han fijado en que el “All” de *All work and no play makes Jack a dull boy* se parece mucho a All, abreviatura de Apolo II?).

En *Los falsarios* no hay conspiraciones propiamente dichas (aunque, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, en una nota al pie el vallisoletano cuestiona la causa oficial de la muerte de Gustave Flaubert y se sirve de Edmond de Goncourt para plantear una teoría alternativa); lo que sí hay es una sociedad secreta cuyos miembros intentan imponer una realidad paralela a través de una serie de libros apócrifos. Los falsarios de la Luna pretendían “desenmascarar el cientifismo oficial y bromear con la seriedad sacerdotal e impostada de los sabios astrónomos”; para ello, en 1835, A. Lock, creador de tan extraña sociedad, se aprovechará de la buena reputación del prestigioso astrónomo sir John Herschel y difundirá, en su nombre, la idea de que la Luna estaba poblada por algunas especies animales similares al ser humano: los *andro-selenios* o *selenios* a secas, una especie de hombres alados; los *vespertillos*, parecidos a los *andro-selenios* pero con pelo; y los *castores*.

Los falsarios contaron en sus filas con figuras célebres como Edmond de Goncourt, Jean Lorrain y tal vez el mismísimo Proust. En nuestro país destacan los escritos del abate Marchena, traductor, entre otros, de Rousseau, Molière y Verlaine. Según cuenta la novela, el insigne abate consignó en su diario lo que vio en su viaje a la Luna en 1786. Llegó allí ni más ni menos que en globo, como el protagonista de *La*

incomparable aventura de un tal Hans Pfaall, relato que, por cierto, Edgar Allan Poe pretendió hacer pasar por una noticia real. En este sentido, Poe fue un falsario en toda regla aunque no se incluya en la nómina de farsantes de la novela. En *Los falsarios* hay un juego constante entre ficción y realidad, entre lo real y lo apócrifo, y es posible que el lector se pregunte con frecuencia si lo que está leyendo ocurrió de verdad o pertenece al ámbito de la caprichosa fantasía. Lo cierto es que poco importa. Como decía el genial Umberto Eco, “los libros no están hechos para ser creídos, sino para ser sometidos a investigación”, y esta novela de García Ortega se presta, y mucho, a las labores detectivescas. La narración está sembrada de pistas, y también las ilustraciones que la acompañan, y, si el lector acepta el juego literario que le propone el autor, comprobará que lo que parece producto de una fantasía desatada se acerca más a la realidad de lo que se podía imaginar. De hecho, la farsa consumada por A. Lock en la novela se parece mucho al engaño perpetrado por un periódico neoyorquino en 1835.

García Ortega ha contado que en esta novela pretendía hacer algo perequiano. Siempre le han interesado los libros que llevan a otros libros y crean su propia realidad, como ocurre en *El viaje de invierno*, de Georges Perec, que trata del hallazgo de un poemario de un tal Hugo Vernier que contenía algunos versos que más tarde asumirían como propios Verlaine, Baudelaire, Rimbaud o Mallarmé. Según esto, los poetas malditos serían en realidad unos plagarios. O tal vez fue al revés y fue Vernier el que plagió “por adelantado” aquellos versos que años después verían la luz... *Los falsarios* pertenece a la tradición de OuLiPo, Borges y el citado Eco, a quien en una ocasión García Ortega calificó de “gran maestro y sabio enredador”. Hay, además, precedentes de esta novela en otras obras anteriores del autor, como *Lobo* y, sobre todo, *La luz que cae*. En esta última, protagonizada por un pensador

japonés del siglo XVIII, el novelista se inventaba toda una doctrina filosófica a medio camino entre el pensamiento occidental y el oriental.

En esta ocasión, la novela no tiene tanta enjundia, es más puramente lúdica, aunque no por ello sea frívola. El humor es sin duda su ingrediente principal, pero eso no le impide a García Ortega abordar temas más serios. La organización social de la Luna imaginada en el libro de uno de los falsarios, Émile-Marie Wolf, es una reproducción casi exacta de la sociedad parisina. En estas páginas, para mí las que tienen un mayor interés, el autor le hace decir: “Los ricos y los pobres se divierten como aquí, despreciándose, aunque ambos mundos se ignoran mutuamente tanto en la Tierra como en la Luna.” En el libro de Wolf hay un capítulo llamado “Asesinatos de burgueses en la luna” donde se afirma: “es un artículo de lujo, el burgués, cuando grita ‘¡Libertad!’ con voz de máquina, en determinadas revoluciones para poder justificarse cuando tenga que pisar con su bota a otros individuos de peor condición social, caso, por ejemplo, de sus empleados”.

Con todo, con tanta digresión en forma de nota al pie y tantos senderos que se bifurcan, he acabado con la sensación de que el laberinto borgiano construido por García Ortega daba muchas vueltas sobre lo mismo. El constante vaivén entre hechos reales y ficción literaria termina resultando agotador. Aun así, es de celebrar que un escritor confíe de esta forma en la complicidad del lector y lo saque del rol pasivo al que con frecuencia se ve reducido. También va a contrapelo en otro sentido: ahora que parece haber tanta hambre de realidad, *Los falsarios* es una apuesta firme por la imaginación, cosa no muy habitual en nuestras letras últimamente y que, sin duda, es digna de elogio. ~

REBECA GARCÍA NIETO es escritora y traductora. En 2024 publicó *El color y la herida* (De Conatus).

Borges y el monstruo de la poesía

por **Fernando García Ramírez**



Jorge Luis Borges
CONFERENCIAS
REUNIDAS 1960-1985
Compilación y edición
de Sara Luisa del Carril
Madrid, Alfaguara, 2026,
432 pp.

Borges imaginó una biblioteca infinita que contendría todos los libros escritos y todos los libros por escribirse, en todos los idiomas existentes y por existir. Del pasado y del futuro, una biblioteca eterna. También imaginó un solo libro que contendría todos los libros, en todas las lenguas, sin principio ni final, un libro de arena: un libro infinito. Con los años se ha ido conformando una auténtica biblioteca de Babel formada por los libros de Borges (cuentos, poemas, ensayos, entrevistas, autobiografías, prólogos, artículos, traducciones, reseñas) y por los libros sobre Borges. No alcanzaría la vida de una persona para leer todo lo que se ha escrito sobre el autor argentino. A cuarenta años de su fallecimiento uno pensaría que toda su obra habría visto la luz. Pero no dejan de aparecer volúmenes con material inédito. En esta ocasión me referiré al libro *Conferencias reunidas 1960-1985*.

El volumen contiene veintinueve conferencias de temas variados: Camoens, Lugones, Spinoza, Agnon, Shakespeare, Xul Solar, la poesía gauchesca, el libro de Job, la literatura fantástica, el libro, los sueños, sus propios cuentos y poemas. Destaca en este conjunto su ironía, su real o fingida modestia, su recurrencia a ciertos temas y anécdotas, pero también, conforme se aproxima la hora de su muerte, su desazón y disgusto con su propio país, con la venalidad que se ha apoderado de todo. Se queja del culto a la fama que

se apoderó de los nuevos escritores. La literatura había pasado a segundo o tercer plano. Había dejado de ser importante. Lo que contaba era la política, el culto a la imagen y el dinero.

En el centro del laberinto que es este libro (todos los libros lo son) se encuentra naturalmente el monstruo.

El monstruo es la poesía. Jorge Cuesta, temperamento romántico, escribió acerca del “diablo en la poesía”, señalando en ella su carácter de excepción y de peligro. Contemporáneo de Cuesta, otro Jorge, argentino, fue de temperamento clásico. Creía que la belleza estaba en todas partes si sabíamos ver bien. Creía que no hay persona que no se tope en un solo día, fugazmente, con la belleza. No pensaba Borges, como Cuesta, que la poesía fuera un peligro sino un don. La poesía no se hacía con esfuerzo desde la razón. La poesía era intuitiva y estaba ligada a la experiencia onírica. El lenguaje de la poesía participa del lenguaje de los sueños, su lógica es distinta de la diurna. De ahí su esencial ambigüedad y polisemia.

Autor de extraordinarios cuentos y penetrantes ensayos, Borges fue, sobre todo, un poeta. Sus tres primeros libros fueron de poemas, Borges los consideró irre recuperables. Su cuarto libro, y el primero en su bibliografía, fue *Fervor de Buenos Aires*. Su padre le dio el dinero para pagar la edición. A los pocos días de publicado el libro, Borges viajó a Europa. En España, en la *Revista de Occidente*, Ramón Gómez de la Serna elogió aquella obra, lo que provocó que en Argentina se leyera con aprobación anticipada. Borges, de regreso a su país, le llevó el libro a Alfonso Reyes, que era diez años mayor que él. Reyes fue muy generoso con el aprendiz de poeta: no leyó al poeta que era, dice Borges, sino al que podía llegar a ser.

Así fue el comienzo de Borges como poeta. En *Fervor de Buenos Aires* ensaya con poemas ultraístas, de vanguardia. Quería ser moderno sin darse cuenta

de que todos los poetas, aun los que juegan con anacronismos, lo son. Para su segundo libro, *Luna de enfrente*, compró un par de diccionarios de argentinismos para poblar sus versos de color local. Quiso ser argentino profesional sin darse cuenta de que hiciera lo que hiciera sería por fuerza argentino. Conforme fue publicando su obra se fue desprendiendo de capas de prejuicios y de ambiciones que nada tenían que ver con la poesía.

En 1955, a los 56 años, quedó ciego. Su padre también había quedado ciego, lo mismo que su abuelo. A Borges lo nombraron director de la Biblioteca Nacional, tremenda ironía, cuando ya no podía ver los libros que custodiaba. Uno de sus antecesores en el puesto, Paul Groussac, también fue ciego. Y antes de Groussac, otro director más, el novelista José Mármol, lo mismo. A Borges no lo sorprendió, como es natural, su ceguera: “Esta penumbra es lenta y no duele.” Su poesía cambió desde entonces. Por su incapacidad de escribir, componía sus poemas de memoria y luego los dictaba. Si en su juventud recurrió al verso libre vanguardista y al versículo (de estirpe whitmaniana), en su madurez practicó los metros clásicos. Una combinación extraordinaria de coloquialismo y formalidad animó desde entonces sus poemas.

Todas las conferencias de este volumen, por la invidencia de Borges, fueron improvisadas. La mayor parte de ellas tienen que ver con la poesía. Dedicó seis a la poesía argentina (“Poesía gauchesca”, “Leopoldo Lugones”, “El gaucho Martín Fierro”, “La poesía gauchesca”, “Poesía y arrabal” y “Martín Fierro, el gaucho y la literatura”), tres al poeta portugués Luís de Camoens, una a “Mi poesía”, otra a “La metáfora” y una última a “La poesía”. Estas conferencias presentan semejanzas y en ocasiones francas repeticiones con las seis conferencias que dictó Borges en Harvard durante el curso 1967-1968, reunidas en el libro *Arte poética* (Crítica, 2001).

También presentan coincidencias con la conferencia titulada “La poesía” (dictada en Buenos Aires el 27 de julio de 1977 y recogida en el libro *Siete noches*, FCE, 1980).

Mencioné que en el centro de este laberinto/libro se encontraba el monstruo y que este era la poesía. Borges nunca quiso salir de este laberinto. Creía en la inspiración, como Homero creía en las musas y los autores de la Biblia creyeron en el Espíritu Santo. Una fuerza se apodera del poeta en forma de una imagen o de un sonido. Puede ser un verso o una palabra o un ritmo. El poeta se deja habitar por esa presencia. Lo que sigue es el trabajo más arduo, que consiste en transcribir esa experiencia al papel lo más fielmente posible. Dice Borges: ahora no se cree en esa presencia, ahora le llaman subconsciente o inconsciente colectivo. Borges siempre fue un poeta comprometido, pero no con las causas sociales, sino con su propia obra. El poeta camina por el mundo, traslada sus sensaciones a un orbe verbal estricto y musical. Borges luchó toda su vida contra ese monstruo. Ese monstruo tenía su propia cara. ~

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario y consejero de *Letras Libres*. Mantiene una columna en *La Aurora de México*. Seleccionó y prologó el libro *Gabriel Zaid* en *Letras Libres* (Debate, 2025).

NOVELA

Lo que asoma entre las grietas (y brilla)

por **Mireya Hernández**



Peter Stamm
CUANDO OSCURECE
Traducción de José Aníbal Campos
Barcelona, Acantilado, 2026,
160 pp.

Doce veces más una oscurece en este libro. “Allí donde la luz no alumbraba, tal vez alumbre la sombra”, decía

Juarroz. Hay en la sombra un componente de misterio, como si esa penumbra que arrastramos todos nos impulsara hacia delante para buscar algo que desconocíamos pero que va a dar por fin sentido a nuestra vida. A partir de ese viaje revelador en que nada es lo que parece, la frontera entre ilusión y realidad se diluye. En medio de las dos, como en un cruce de caminos, nos sitúa Peter Stamm (Suiza, 1963).

Las historias de *Cuando oscurece*, traducidas con maestría por José Aníbal Campos, son como esos cuadros colgados desde hace años en la pared del pasillo que, de pronto, por un descuido en la mudanza (un leve roce del hombro al pasar con el sofá), se tuercen. El paisaje es el mismo, la retrata también, pero ahora tenemos que inclinar ligeramente la cabeza para verlos. Esa inclinación basta para que todo se desbarate. En los once relatos que componen este volumen, Stamm transforma lo cotidiano en inquietante y lo familiar en ajeno. Con una prosa nítida, concisa, chejoviana va recorriendo las vidas de sus personajes, en apariencia corrientes, hasta que algo detona y los hace cambiar de rumbo, a menudo hacia el interior de sí mismos. Al principio no son conscientes del desvío, pero saben, o intuyen, que detrás de todas esas colas (delante de las tiendas, saliendo de los bloques de oficinas, ante el funicular, en el restaurante de autoservicio) habita un vacío inmenso. En realidad no les gusta esquiar, y todo el dinero del planeta no puede equipararse a leer *Robinson Crusoe* parapeitados en una habitación de hotel que ya no pueden pagar. En ese momento epifánico, los sentidos se agudizan y el empleado de una empresa de aeronáutica que está a punto de jubilarse desaparece para el mundo. Aunque es difícil estar más solo que alguien en la alta montaña, incapaz de encontrar lo que siempre estuvo perdido, especialmente cuando la bruma lo envuelve todo. Pero “el paisaje no tiene la

ENTÉRATE DE LO ÚLTIMO EN NUESTRA CUENTA DE X.



@LETRAS_LIBRES



WWW.LETRASLIBRES.COM

culpa ni tiene memoria, tampoco tiene pasado". Ante esa desubicación, los hombres y mujeres de esta colección de cuentos buscan como pueden la luz. Hay luces que parpadean, que se apagan, que se reflejan en el agua. La "que penetra en el vagón tiene un brillo que duele". A veces son extrañas, otras trazan "una cadena luminosa" entre colinas cubiertas de nieve. ¿Pero adónde va toda esa gente?

¿Adónde van los coches?, se pregunta David en las primeras páginas, mientras planea atracar un banco con una máscara de ardilla. Tres relatos después, Sabrina intuye la frustración de quienes los conducen mientras la niebla se cierne sobre el lago. Y el Georg de "La primera nevada" se reconcilia con la oruga roja que avanza lentamente por la autovía, desde la que no consigue llegar a la escuela donde días atrás protagonizó una aventura insólita. La única prueba de su visita al bosque es un dibujo de un ramo de flores que estará colgado durante años en la nevera de la casa familiar.

En los cuentos minimalistas del autor suizo, escritos con un estilo despojado que hace pensar en Hemingway, los límites entre el

recuerdo y el sueño y entre el arte y la vida se desdibujan y la ficción se convierte en la mejor manera de lidiar con nuestro día a día. "Hay otros mundos, pero están en este", escribió Paul Éluard. Por eso Sabrina se pregunta si el artista que la está replicando en aluminio "podría escudriñar su interior con aquel aparato, ver lo que ni ella conocía de sí misma: una enfermedad, un destino, un secreto". La insatisfacción sale a flote una vez comienza el desajuste dentro de los personajes, tan vulnerables, tan alienados, tan frágiles en medio de una naturaleza prístina y terrible. Pero poco a poco, sin que nos demos cuenta, la incomunicación va cediendo y el amor se abre paso como pequeñas lucecitas que sembraran el camino. Porque están solos como lo están los lagos, cada uno en su isla desierta, pero aún tienen algo que puede salvarlos: la imaginación. Una cosa es la vida que llevan y otra la que les gustaría llevar. Por eso inventan historias paralelas que los mantienen alejados de las tormentas de cada día. "Hacía rato que había perdido la noción del tiempo, la luz se difuminaba y no parecía provenir de ningún punto,

como si el sol se hubiese detenido por encima de la capa de niebla. Podía ser mediodía, más tarde o más temprano. Y yo puedo ser ahora una niña pequeña, una mujer joven o vieja, aquí arriba no existen las diferencias."

Cuando lo desconocido irrumpe en la habitación a la que los personajes han querido escapar, el mundo que creían conocer se tambalea. Puede llegar a ser aterrador, pero hay algo en esa atmósfera sombría que los ilumina por dentro como fuegos fatuos. Seguirán siendo espejos ciegos, incapaces de reflejar al otro, y, sin embargo, su deseo permanecerá intacto durante el tiempo que duren esos breves seísmos. Es como si el autor quisiera demostrar que lo insignificante, lo ordinario, también está lleno de anhelos y pérdidas, de gozo y de desencanto. Al anochecer, todos saltan de las páginas y rodean a Stamm mientras escribe, y él apunta la linterna hacia su pecho. Porque es ahí, en la oscuridad, donde brota la luz. ~

MIREYA HERNÁNDEZ es escritora. En 2025 publicó *Veo el mundo como una gran sinfonía* (Pepitas de Calabaza).



**Nuevo episodio
cada semana**



Jorge Castañeda



México,
el mundo y el
regreso
de las ideas.



Valeria Luiselli



Literatura,
memoria
y el poder
de contar
historias.



Ricardo Hausmann



Desarrollo,
instituciones
y el futuro de
América Latina.



Xóchitl Gálvez



Democracia,
coraje y
participación
ciudadana.

**El acto radical
de escuchar.
Sigue Ciberdiálogos.**



YouTube



Spotify



Podcasts

LETRAS
LIBRES

www.letraslibres.com/ciberdialogos

Letrillas



Fotografía: Pool Moncloa/Borja Puig de la Bellacasa

POLÍTICA

Fin de régimen

por **Ricardo Dudda**

¿Cuándo fue la última vez que le salió algo bien al gobierno de Pedro Sánchez? Me refiero a esas victorias propagandísticas y estratégicas de las que se hablaba hace años, cuando el presidente, según sus simpatizantes, lo aguantaba todo y era un héroe de la resistencia. Incluso aquello que era negativo le venía bien. Todo beneficiaba a Su Persona. La oposición también se creía ese relato, lo que explica su impotencia y acomplejamiento durante tantos años: el gobierno lo aguanta todo y nada le afecta. Una parte de la derecha incluso lo envidiaba: ojalá tuviéramos en nuestro bando tanta gente sin escrúpulos. Uno de los grandes debates en la oposición en los últimos años ha ido por ahí: para

ganar a Pedro Sánchez, ¿hay que actuar como Pedro Sánchez? Hay muchas diferencias ideológicas entre Vox y el PP, pero sobre todo hay una gran diferencia estratégica.

Con perspectiva, esas supuestas victorias del sanchismo, en el fondo, no eran tales. Se alababa su genio estratégico simplemente por sobrevivir a toda costa y todo coste: rompiendo la convivencia, cargándose instituciones, vendiendo a cachos el Estado, ejerciendo una guerra psicológica constante. Aunque la política es siempre sucia, ser buen político no es ser *exclusivamente* sucio. Pero sí que es cierto que al menos hace unos años, hasta poco después de las elecciones de 2023, el gobierno sí parecía capaz de adelantarse a

los acontecimientos e incluso de moldearlos, de marcar la agenda, de sortear los obstáculos y hacer que todo de alguna manera le acabara beneficiando. Todos los analistas anticipábamos una crisis del gobierno que nunca llegaba del todo.

Eso ya no es así. Es difícil determinar cuándo empezó a cambiar, pero es posible que comenzara en octubre de 2024, durante la gestión de las inundaciones de la DANA en Valencia. El gobierno había sido hasta entonces relativamente efectivo en la gobernanza comunicativa. Lanzaba globos sonda, distracciones, movía los marcos y más o menos conseguía distraer a la ciudadanía de aquello que lo dañaba. Pero con la DANA empezó a agrietarse su sistema. Ahí se demostró algo que ya se intuía desde el principio de su mandato: el sanchismo es un estilo de política posmoderno que es incapaz de ejercer una gobernanza moderna, aquella en la que hace falta la acción real y no solo la acción simbólica, en la que es necesario que el Estado actúe y lo haga rápidamente, y en la que no todo movimiento está calculado y medido demoscópicamente, porque hay que resolver un problema real. En la DANA, el Estado tardó en aparecer y cuando lo hizo fue insuficiente. La sensación de desamparo que provocó esa ausencia todavía permanece hoy, tras varias tragedias similares. El apagón del 28 de abril de 2025, el accidente de tren de Adamuz el 18 de enero de 2026 y, más recientemente, la crisis en Ceuta en julio de 2026 han confirmado la impotencia del gobierno español.

La respuesta a esas crisis es el cinismo de siempre, pero su efectividad

es cada vez menor. El gobierno ya no consigue colocar sus mensajes, que son perezosos y poco trabajados. El aparato propagandístico parece rendido. Ya no hay un intento de persuasión. El único argumento utilizado por el gobierno es puramente fáctico: estamos en el poder, y eso debería ser explicación suficiente. Es una lógica que se extiende incluso a la epistemología: lo que decimos es verdad porque para eso somos los que mandan. Cuando mande la oposición ya podrá manufacturar su propia verdad. Quien gobierna tiene carta blanca. En una entrevista en septiembre, el presidente dijo que “la alternancia es buena en democracia, pero es que hoy no tenemos una propuesta de alternancia”.

Aunque es cierto que el gobierno siempre ha actuado más o menos así, ahora ya no hay ni siquiera un intento de combinarlo con algún tipo de seducción barata (memoria histórica, la amenaza del fascismo, Europa nos mira), y cuando los hay no cuajan: todo el mundo vio las imágenes de Ceuta y ningún relato alternativo sobre la responsabilidad de Trump, Israel, Rusia y la internacional ultraderechista puede hacer cambiar esa impresión. La mayoría de españoles (alrededor de un 80%, según varias encuestas) cree que Marruecos estuvo detrás de la invasión. En vez de aceptar ese hecho y gobernar en consonancia, el gobierno insiste en la construcción de una realidad paralela. Su nueva estrategia de comunicación consiste en un perezoso y a la vez siniestro *gaslighting*: lo que estás viendo con tus propios ojos no ocurrió realmente. Pero tampoco hay un esfuerzo muy grande en esa dirección. Se niega lo evidente hasta la saciedad y, si no cuela, pues no pasa nada. Hemos visto esa estrategia en los meses posteriores a la crisis de Ceuta. Incluso cuando la prensa filtraba informes que demostraban que el CNI, la policía y la Guardia Civil habían avisado de la probabilidad de la invasión, el gobierno respondía con un encogimiento de hombros.

Me cuesta imaginar un votante del PSOE con ilusión, cuando el partido/gobierno (siempre han sido lo mismo) tiene hoy una única propuesta: no sabe / no contesta. Hay resignación y, sobre todo, pereza. Y quizá se explica por algo bastante deprimente. Ocurra lo que ocurra, haga lo que haga este gobierno, aunque traicione sus ideales constantemente, hay una masa crítica que sigue fiel al partido. Después de las cuatro crisis de la DANA, el apagón, Adamuz y Ceuta, el PSOE se mantiene en las encuestas en torno al 26-27%, a solo unos cuatro puntos del primer partido, el Partido Popular. Si de pronto el gobierno empezara a hacer las cosas bien, incluso muy bien, tampoco cambiaría la situación. Los bloques están predeterminados. Quien vota hoy al PSOE lo hará ocurra lo que ocurra. Y el que no lo votaría ni loco está igual de convencido. ¿Para qué esforzarse? ¿Para qué intentar ampliar su electorado? El gobierno lleva años dirigiéndose exclusivamente a los suyos. Ya no hay nada que hacer. Gobernar no es hacer cosas, es estar en el poder. Llevamos tres años sin Presupuestos Generales del Estado. Desde esa lógica puramente patrimonialista, el gobierno está siendo exitoso: Pedro Sánchez sigue en la Moncloa. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

LOS RAROS

Las revistas de antaño y sus modernos

por **Bárbara Mingo Costales**

Está la educación reglada, está la universidad de la vida y están las revistas. Me refiero a las vías por las que uno se forma fuera de su casa. No sé

cuánto durará ninguna de esas vías, pero estoy ahora pensando en las revistas, en su función y su efecto en nuestras vidas. Los libros, las películas, hasta los discos, por mucho que intervengan varios músicos, se proyectan y se componen de otra manera, y por eso no los contamos aquí. Pero las revistas, por su cosa modular, periódica y colectiva, tienen una manera particular tanto de influirnos como de manifestar las marcas del momento. Que Karl Kraus se encargase de *Die Facke* a solas es la consabida excepción que confirma la regla de marras, y nos habla de una manera de pensar más que de una manera de presentarnos ante el público. Hacer una revista solos nos permite pensar de manera diferente a como pensamos para un libro, incluso si se tratara de un libro colectivo. Además, cualquiera que haya trabajado en la redacción de una revista se habrá dado cuenta de cómo algunos elementos se imantan, de cómo al acabar la maqueta de un número, y solo entonces, aparecen rimas involuntarias entre unos artículos y otros, entre una ilustración y un párrafo, y entre temas que se asocian con una armonía que difícilmente se habría podido alcanzar a propósito.

El descontrol que rige una revista es de una naturaleza propia.

¡Cuántas revistas han desaparecido! Qué cantidad de páginas dedicadas a la vanguardia, críticas de cuadros ahora desgarrados, manifiestos traicionados, cuentos conmovedores que nadie ha vuelto a leer, intuiciones demenciales, peleas y rabietas olvidadas. Hagamos aquí un repaso por algunas revistas, dedicadas al arte y la literatura, de la primera mitad del siglo xx. El motivo es la curiosidad y el criterio es azaroso; qué será el sentido.

Aquí tenemos por ejemplo la revista rumana *Contimporanul*, editada por el poeta Ion Vinea en Bucarest, dedicada a la vanguardia y entregada al modernismo a partir de 1924, cuando publicó su *Manifiesto activista para la juventud* y montó la Exposición Internacional de

Arte Moderno de Bucarest. Dieciocho números en 1923, seis en el 24, nueve en 1925, ocho en 1926, cinco en 1927, ¡uno! en 1928, diez en 1929 y dos en 1930. Es típico ese vigoroso arranque que se desinfla a medida que pasan los meses, pero resulta verdaderamente chocante el caso de 1928. ¿Qué pasaría aquel año? ¿Sabría la redacción desde el principio que solo conseguirían sacar un número o más bien la sospecha se les iría descascarillando encima mes a mes? Como yo no leo rumano, es en lo gráfico en lo primero que me fijo, lo que por otro lado es el éxito de la revista. Miro los grabados expresionistas, los retratos de los escritores, las fotos de los edificios en ciudades extranjeras, la disposición de las secciones, comparo los finales de los poemas para ver si riman y me fijo en las palabras y estructuras cuyo significado, por romanizada, puedo entender. Y empiezo a distinguir las formas como en una habitación a oscuras, al cabo de un rato de haber entrado. De esa manera puedo acercarme a los modernos de aquel tiempo. Hay algunos breves que se reproducen directamente en francés, y que informan de las novedades parisinas, porque París fue durante años también la capital de Rumanía, y de varios países más. Hay una sección de *Contimporanul* que informa sobre revistas de toda Europa. Esta salió ya después de la Primera Guerra Mundial, pero al pensar en las revistas y en los jóvenes de entonces me he acordado del breve fragmento de Joseph Roth elegido por la editorial Acanalado como gancho en la contracubierta de su traducción de *El busto del emperador*: “Como todos los austriacos de aquella época, Morstin amaba lo permanente dentro de la constante transformación, lo usual dentro del cambio y lo conocido dentro de lo inusual. De este modo, lo extraño se le hacía familiar sin perder su color, y de este modo, la patria poseía la eterna magia del extranjero.” Los lectores de Bucarest, entonces, podían enterarse por *Contimporanul* de otras revistas

que leían los modernos de otras ciudades, y aprender idiomas y modos (me acabo de dar cuenta de que *modernos* debe de venir de *modos*) que les hicieran conocer el mundo de otra forma, y en esas segundas revistas ver que recomendaban la suya, como en un interesante juego de espejos. El reflejo hesterno nos alcanza, y creo que, si las leemos ahora, rescatadas de los recodos de internet donde se guardan escaneadas, podemos aprender y mirar de maneras nuevas, aunque es verdad que aquellas revistas no sirvieron de protección cuando las cosas se pusieron feas, y así veo que Ion Vineanu se pasó sus últimos años dando tumbos. No encuentro poemas suyos traducidos al español, solo veo su cara flaca y grave en una foto de sus veinte años. Con diecisiete, cuando era estudiante, editó con Tristan Tzara los seis números de *Simbolul*, el primero en octubre de 1912 y el último en diciembre de ese mismo año, una especie de último canto simbolista. En todas las portadas se reproduce el mismo dibujo de Venus, con larga cabellera negra, en medio de un bosque. Son cuatro pliegos de textos breves, acompañados por breves dibujos, que me provocan repentinamente más curiosidad que los muchos libros que tengo aquí a mano sin leer, y que me hacen imaginar que recibo en la cara un golpe de viento frío al girar una esquina de Timisoara en una noche húmeda, al volver del café donde soñamos que estamos en París pintando venus de largas cabelleras, antes de tumbarme con la cabeza dando vueltas por lo que bebieran entonces –leo que el palinca es un famoso licor que se destila en Transilvania–, encima de una manta de cuadros llena de bolas, a leer a la luz de la lámpara esa lista de nombres: Emil Isac, S. Samyro (Tristan Tzara), Ch. Poldy, Claudia Millian... ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).

Wendell Berry (1934-2026) y el valor de las minucias

por Aloma Rodríguez

Copio las últimas líneas de *Los recuerdos del viejo Jack*, de Wendell Berry, que ha publicado Chai editora con traducción de Juan Nadalini: “la obstinación con la que Jack se quedó con ellos hasta el final, la lealtad hacia aquellos que lo iban a sobrevivir, y eso que tal vez hasta ahora ninguno había atinado a reconocer como bondad, una bondad pertinaz hacia su gente y hacia ese lugar en el que trabajan. Saben que los recuerdos del viejo Jack los unen entre sí con una certeza y en una pérdida compartidas. Falta mucho para que alguien parecido vuelva a habitar este mundo, y no se olvidarán nunca de él”. Es el final de la novela, y esas palabras están dedicadas a Jack, en quien el ojo de Berry se detiene especial pero no únicamente, pero bien podrían haberse usado para despedir al escritor, que murió el pasado 2 de septiembre a los 92 años. Berry dedicó un ciclo de novelas a contar ese lugar ficticio, Port William, inspirado en el lugar donde él vivía, Port Royal, Kentucky, donde nació y a donde volvió después de una temporada en Nueva York en los años sesenta. Como todos los jóvenes, allí llegó para hacerse escritor. Pero no encontraba en la ciudad lo que sí le daba Port Royal: historias y personajes en los que basarse para sus novelas. Wendell Berry (1934-2026) fue también poeta y ensayista; en Errata naturae publicaron el volumen *El fuego del fin del mundo* en 2020, donde Berry escribe: “Nunca había dejado de escribir sobre mi lugar de origen, y a esas alturas ya me había reconocido a mí mismo que probablemente lo

seguiría haciendo el resto de mi vida. Kentucky era mi destino —y ni siquiera uno por completo satisfactorio, aunque muchas cosas me satisfacían de él—: un destino que no podía dejar atrás por el mero hecho de mudarme a otro lugar, y que me sentía obligado a mirar de frente y a tratar de comprender a toda costa. Pero, aún más importante: era un lugar que seguía amando y del que deseaba volver a formar parte.” Y así lo hizo: trabajó la tierra en Port Royal, escribió novelas, escribió poemas, escribió ensayos que son una filosofía de vida, que era la que él mismo había puesto en práctica: creía de verdad que para hacer del mundo un lugar mejor la solución pasaba por “economías adaptadas al ámbito local, basadas en la naturaleza local, la luz solar local, la inteligencia local y el trabajo local”. “A sus enemigos les gustaba fingir que ambas cosas eran ciertas, pero lo que probablemente más les disgustaba de él era que realmente ponía en práctica lo que predicaba. Berry nunca se compró un ordenador ni utilizó un *smartphone*, no viajaba en avión y vivía y trabajaba en la pequeña comunidad rural a la que dio vida con sus palabras. Incapaces de tacharlo de hipócrita, sus críticos tuvieron que conformarse con llamarlo ‘fósil poco realista’, aferrado a un pasado muerto. Pero no había nada de irrealismo en Wendell Berry, que no estaba entregado a ninguna fantasía romántica. Estaba entregado a unas vidas humanas reales y al trabajo humano real, en comunidades reales y vivas”, ha escrito Paul Kingsnorth, primer editor en Reino Unido de la obra de Berry.

Además de ese volumen de ensayos, pueden encontrarse en español dos de las novelas de Port William, *Los recuerdos del viejo Jack* y *Vida de Hannah Coulter*; Hannah aparece en la primera, pero no hace falta leer una para leer la otra, son piezas autónomas de un mismo universo, con un mismo tema que las une más allá de las dichas y desdichas íntimas y colectivas, del trabajo de sol a sol, de los nacimientos y las muertes prematuras: el fin de un mundo. Lo que cuentan



las novelas de Berry —al menos las dos que he leído— es la muerte de la escala humana en el trabajo en el campo. Se ve de manera muy clara en *Vida de Hannah Coulter*, que transcurre unos cuantos años después que *Los recuerdos del viejo Jack*, de ahí que sea más explícita y haga más hincapié en el cambio de la explotación posibilitado por los avances tecnológicos. Hay una especie de digna resignación en el modo en que cuenta ese ocaso, un poco como si dijera: es ley de vida, así son las cosas, esto fue lo que elegimos. “Mi abuela, que nunca fue al instituto, estaba desesperada por que yo fuera. Y yo, que nunca fui a la universidad, estaba desesperada por que fueran ellos [mis hijos]. Nathan, que nunca fue a la universidad tampoco, tenía menos ambiciones para nuestros hijos que yo, pero estaba de acuerdo conmigo. Los dos queríamos que fueran porque sentíamos que se lo debíamos. Esa era la explicación que nos dábamos y hacíamos sacrificios para mandarlos [...]. Nunca se nos ocurrió a ninguno de los dos que así podríamos perderlos. El camino de la educación te aleja

del hogar. Es lo que aprendimos de la educación de nuestros hijos”, se lee en *Vida de Hannah Coulter*. Lo que explican las novelas de Berry es una paradoja: el progreso (social, económico, tecnológico) acaba con la comunidad (familia, pueblo). También son similares los mecanismos: dos personajes recuerdan su vida; en el caso de Jack, los recuerdos se confunden con las acciones cotidianas del que va a ser su último día de vida; en el caso de Hannah, se pone a relatar su vida porque “Al volverlo y volverlo a contar, el pasado se hace visible en el presente de nuevo, los muertos vuelven a vivir aun cuando no estén, y este sueño de tiempo ya parece reposar en la eternidad”. La mujer de Wendell Berry, según contaba Kingsnorth, explicó que el don literario de su marido era “repetirse a sí mismo durante setenta años”.

Leyendo a Berry comprendí eso que se dice de que lo mejor es enemigo de lo bueno. Pero no es por eso por lo que le tengo aprecio, sino por la serenidad que transmiten sus novelas. Tiene que ver con un estilo pausado,

que se detiene mucho en las cosas, en lo que nos rodea y que compone nuestro día a día, las cosas materiales y tangibles, y también los vínculos y afectos de los que resulta mucho más difícil hablar, pero que se intuyen entre lo no dicho. La escritura de Berry te anima a mirar mejor lo que te rodea, a prestarles atención a las cosas pequeñas y a otorgarle a cada una su importancia: “Minucias y restos de una vida entera dedicada a la agricultura, todo demasiado valioso como para terminar en la basura.” La vida son minucias valiosas. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2025 publicó *Una inesperada ilusión* (PUZ).

SOCIEDAD

Las ciudades y los perros

por **Michael Reid**

Siempre me gustaron los perros. Cuando era niño tuvimos un *springer spaniel* inglés de pedigrí, muy afectuoso, que cuando llegaba del colegio saltaba para intentar lamerme la cara a manera de saludo. En mi adolescencia me acompañaba en mis largas y sufridas caminatas de búsqueda existencialista. Pero tengo que confesar que últimamente me he hartado de los perros.

Me explico. Allí donde me encuentre, en Madrid, en Lima, en Londres o en cualquier lugar, cuando me despierto suelo ir a caminar una hora, para despejar la mente y meditar sobre las tareas del día que comienza. Cada vez con más frecuencia me encuentro con perros obstaculizando el camino. Andan en grupos con un paseador tipo Hollywood, que no los controla. O van sueltos, ladrando o mordisqueando mis tobillos. La moda ahora es llevar al perro con una correa larga, que fácilmente actúa como las bolas

que el gaucho usa para capturar a la vaca y termina derribando al peatón. Con los años, he adquirido un afecto cada vez más grande hacia los pájaros. Y tengo la sospecha, seguro que no científicamente comprobable, de que, a más perros, menos pájaros.

La relación entre los seres humanos y los perros es larga y profunda. El perro, siempre se ha dicho, es el mejor amigo del hombre (aunque me consta, por mis caminatas en los parques, que lo es cada vez más de la mujer). El perro fue la primera especie que domesticaron los seres humanos. Hay una afinidad entre los perros y nosotros. Como señaló Plinio el Viejo, los perros son los únicos animales que responden a sus nombres y reconocen las voces de sus dueños. El novelista británico Ian McEwan, un hombre supremamente racional, reconoció que lloró, más de una vez, cuando murió su perro. “Era un muy buen amigo”, dijo, y su ausencia repentina “verdadamente ha sido algo bastante duro para nosotros”.

Los perros figuran en la historia del arte desde hace cinco mil años, comenzando con el arte rupestre africano. En muchas culturas antiguas, como la mexicana o la peruana, se atribuían al perro características sobrenaturales y

se lo veía como guardián de los muertos. En el canon artístico occidental el perro es un símbolo de fidelidad, como en el famoso cuadro de *El matrimonio Arnolfini* de Jan van Eyck o la *Venus de Urbino* de Tiziano. Como escribió Lord Byron en su “Epitafio a un perro” (1808), tiene “fuerza sin insolencia, valor sin ferocidad, y todas las virtudes del hombre sin sus vicios”. El apogeo de esa idealización del perro tal vez se produjo en aquella ilustración de un perro que escuchaba la corneta de un gramófono antiguo en un anuncio de His Master’s Voice para los discos Victor.

Se ha producido una inversión. Si antes los perros eran vistos como fieles súbditos del hombre, ahora los perros son los que mandan, como en los cuadros grotescos de Cassius Marcellus Coolidge en que juegan al billar, cuyas reproducciones en tapices chabacanos uno veía en comedores de carretera en los Andes en los años ochenta del siglo pasado. En el mundo actual los perros están desplazando a los niños. En España, según el Instituto Nacional de Estadística, hay seis veces más perros que niños menores de cuatro años. Y están más consentidos que los niños.

Cerca de mi barrio madrileño hay dos *boutique hotel* para perros. Uno dice



Imagen: Victor Talking Machine Company / Wikimedia Commons

(en inglés) que ofrece *spa* y *daycare*; el otro promete “servicios de guardería, peluquería y tienda con experiencias personalizadas”, signifique lo que signifique eso. Hay un hotel en la Gran Vía que ofrece cuatro menús personalizados para perros, de pollo, pavo, salmón y hasta buey. Ya hay aerolíneas que aceptan a perros como pasajeros (felizmente, los que he visto estaban tan dopados por sus dueños que no se ponían a ladrar). Japón ha quitado de su índice de precios las corbatas y las medias de mujer, pero ha añadido los seguros para mascotas. La última tendencia en Estados Unidos es que los propietarios demandan péptidos y drogas contra el envejecimiento para sus mascotas.

¿Qué diablos nos pasa?! El problema no son los perros, somos nosotros. Detrás de adular y antropomorfizar a los perros hay un drama humano, profundo y trágico. Es la soledad aterradora de la vida urbana actual, y la dificultad cada vez mayor que las generaciones jóvenes tienen para socializar con sus pares. Empezó en la pandemia del covid. Todo indica que el fenómeno se ha prolongado e intensificado con los *smartphones* y las redes sociales. Ocupan un tiempo cada vez más grande en la vida de los usuarios —se ve a muchas personas, en su mayoría jóvenes, pegadas a la pantalla de su teléfono hasta cuando caminan por la calle—. Según John Burn-Murdoch, periodista de datos del *Financial Times*, el predominio del mundo virtual hace que se formen cada vez menos parejas estables en el mundo real, lo que explica que haya menos niños. Como escribí, “la caída en la tasa de nacimientos parece formar parte de un fenómeno más amplio de la soltería de adultos jóvenes, su aislamiento y un deterioro en el bienestar”. El auge de la inteligencia artificial y los robots humanoides contribuiría a intensificar estas tendencias.

El papel de los perros es precisamente disminuir ese aislamiento y de ahí su proliferación actual. Me parece un fenómeno de las grandes ciudades,

donde el anonimato es un riesgo constante. Que yo sepa, el equilibrio entre los humanos y los otros animales se mantiene en el mundo rural.

Si hay algo que falla, entonces, será en los seres humanos. Las relaciones humanas son de una riqueza inigualable, pero implican riesgos, dolor y decepciones. Por otro lado, los perros ofrecen afecto incondicional a sus dueños, a cambio solo de alimentación diaria y un hueso de vez en cuando. Hoy camino con la idea de que la culpa no es de los perros, sino de un fracaso de la civilización humana. ~

MICHAEL REID es escritor y periodista. Es autor de *El continente olvidado. Una historia de la nueva América Latina* (Crítica, 2019) y de *España* (Espasa, 2024).

MÚSICA

New York, Old York

por **Rodrigo Fresán**

Un fantasma recorre Manhattan y ese fantasma siempre es —y fue y será— el de The Velvet Underground. Ya se sabe: los desconocidos de siempre a los que todos conocen. Ya se sabía y se seguirá sabiendo: banda inspiradora de letras y música y sonorizando la actitud de una ciudad que siempre entenderá la decadencia como una de las formas del esplendor, y el brillo como una de las maneras en las que más y mejor se pueden contar y cantar las sombras.

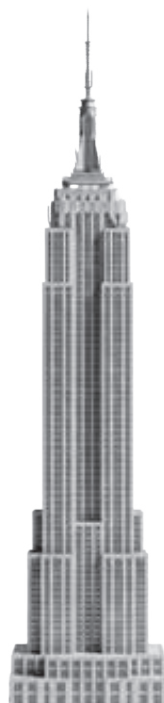
Y días atrás —bailando ese vals del *zapping* televisivo sin el más remoto control en mi mano— volvió a conducir ante mis ojos *Taxi driver*. Y ahí Travis “De Niro” Bickle preguntándome eso de “You talkin’ to me?”; y yo respondiéndole que sí y acordándome de lo que nunca me olvidaré. Yo llegué por primera vez a esa ciudad el mismo año en que se estrenó esa película de Martin Scorsese (y de

Paul Schrader) con trece años. Y paramos en un hotel en la frontera norte de Times Square. Y, ah, nada que ver con lo que ese lugar es ahora. Yo salía a caminar al anochecer (con la anuencia o, al menos, el absoluto desentendimiento de mi padre) por aceras ruinosas y basureadas hasta una calle 42 entonces desbordante de cines porno y de *dealers* y *pimps* que no se cortaban en absoluto a la hora de ofrecer drogas duras y putas más duras aún a un adolescente. Y no lo sabía aún (mis oídos por entonces muy progre-sinfónicos consumían Pink Floyd y Genesis y Yes y The Beatles por separado, todo más *Made in the UK* que en *the USA*), pero, de haber seguido marchando isla abajo, hubiese llegado a varios santuarios sónicos en actividad. Reductos ya casi históricos-histéricos de transgresión eléctrica y electrizante como el CBGB y el Max’s Kansas City y a *venues* un tanto jóvenes y más *artie* como The Bottom Line y el a punto de abrir sus puertas Mudd Club. Y en cuyas barras se apoyaban para competir entre ellos gente como The Patti Smith Group, The Ramones, Bruce Springsteen, Television, Talking Heads, Blondie, The New York Dolls, una recién llegada Madonna (cuyo nuevo y muy celebrado trabajo se dedica a recordar confesionalmente aquellos buenos tiempos) y, nada es casual, Philip Glass trabajando de taxista. Y, hey, ese que estaba ahí es Bob Dylan, *back in town*, de regreso en el Greenwich Village que había conquistado más de una década atrás para rerreciclarse magistralmente con *Blood on the tracks* y *Desire* y reclutando gente para su agitada Rolling Thunder Revue. Y, sí, ese otro allá era Lou Reed a solas y mastigando el hielo de su resentimiento por ser venerado por todos esos jóvenes tan contantes y sonantes pero no por las masas que ahora besaban a Kiss *Alive!* o por esos *very few* ya más que listos para disco-empolvase la nariz en los reservados VIP de Studio 54 los febriles sábados por la noche (y el

resto de la semana también). Lugares oscuros donde sonaban encandilantes todos aquellos que —según la leyenda— eran los pocos (pero en verdad no tan pocos) que habían comprado en 1967 o seguían comprando en tiendas uno de los álbumes debuts más consagratórios de todos los tiempos: *The Velvet Underground & Nico*. Aquel con una austera banana marca Warhol en su portada a modo de manifiesto gráfico de entrada y en apenas subliminal pugna contra el exceso exitoso de aquella otra (diseñada ese mismo año) maníaca y referencial de *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* donde no figuraba el esclavizador factótum de The Factory.

Y más detalles de esta suerte de duelo de opuestos complementarios a la yin yang en el recién editado muy contundente volumen a todo volumen, ochocientas páginas, *Do what you fear the most* del especialista Richie Unterberger, quien ya había firmado el igualmente exhaustivo *White light/White heat: The Velvet Underground day-by-day* (2009). Y, de nuevo, aquí Unterberger no se deja nada sin oír y hasta revela la existencia de un track perdido de la Velvet con el muy lou-reediano y bilioso título de “I don't care much for the things you do” (aunque seguramente jamás se llegue a procesar el cuantioso *archive* de Lou Reed depositado en la New York Public Library for the Performing Arts y del que apenas se han destilado los muy primigenios y arqueológicos *Words & music* y *Why don't you smile now*). O, también, enfrentando a estos opuestos-complementarios en el recién aparecido y muy ingenioso ensayo histórico-alternativo del siempre gracioso Chuck Klosterman (quien ya diseccionó nuestro presente desde el futuro en *But what if we're wrong?*) que propone una versión diferente y remezclada de lo sucedido. Lo que teoriza Klosterman en su nuevo libro es un presente —y un pasado desde el año 67 hasta ahora, con modales de *world building*

metauniversal Marvel/DC— en el que los Fab Four de Liverpool fracasan a lo grande con lo del Sargento aquel y lo que triunfaba universalmente era aquello de la aterciopelada y subterránea fruta amarilla a pelar. Alteración produciendo, entre muchos otros efectos, un *boom* de la heroína y opioídes varios por sobre la marihuana y el LSD. Y el que sea Andy quien acabe produciendo el *Rumours* de Fleetwood



Mac y el que todos los cantautores sensibles de Laurel Canyon se muden a Bleecker Street para autodestruirse constructivamente y, así, hasta llegar a la siguiente gran reinención de la ciudad gótica.

Ya se sabe, ya es historia: todo eso que cuenta —en logrado compendio oral-coral— Lizzy Goodman en el libro de 2017 (y posterior documental de 2022) *Nos vemos en el baño*, que hace por esa *scene* lo que libros fundamentales como *Everything is now* de J. Hoberman y *Love goes to buildings on fire* de Will Hermes hacen por la de los sesenta y setenta. Allí —con Goodman de testigo— la regrabación

del fin de milenio en el que toda una nueva camada de músicos jugó a ser sus padres y madres en memoria de aquellos años más neuropsicóticos que locos mientras los aviones se estrellaban contra las torres y la tradicional industria musical se disponía a caer en las redes de las redes sociales y todo reducto bohemio pagaba alquileres cada vez más altos y muy pronto imposibles de asumir. Y quienes ponían letra y música —y recuerdan y olvidan en el libro de Goodman— eran Interpol y LCD Soundsystem y Moby y Vampire Weekend y The White Stripes y Yeah Yeah Yeahs y Ryan Adams (con el ocasional avistamiento de ese ovni y rareza espacial y vecino importado ubicuo-invisible conocido como David Bowie) entrando y saliendo de lugares como el Mercury Loung y Tiswas y Squeezebox y Misshapes y Motherfucker en el Lower Manhattan. Y, por encima de todo y de todos, el quinteto de adinerados *college kids* The Strokes con su *Is this it* (2001) y esa portada enseguida cuestionada con culo modelo y guante de látex negro (que sí se vio en Europa) suplantada a último por fotografía de partícula subatómica. Y todo eso estallaba con esta banda de guitarras comandada por el muy neoyorquino Julian Casablancas, hijo del fundador de la agencia de chicas-top Elite Model Management y de una ex Miss Dinamarca. Y de pronto —sí, por supuesto, reflejamente y en el acto— todos exclamando “¡Velvet Underground Revisitada!”. Y The Strokes cantándole no a la chica de ayer sino a la *last nite* a secas y al ir y venir por la ciudad como alguna vez lo hizo Frank Sinatra, pero más en plan *walk on the wild side* ahora no tan *wild* por (des)cortesía de una gentrificación cada vez más, sí, salvaje y feroz (aunque el acrónimo correspondiente a Alphabet City —apodo para el East Village— correspondía a *Alcohol blow crack death*).

Y sí y no y, claro, el único error que comete Casablancas —a diferencia de

toda aquella cargada luz blanca con calor blanco— es el de no haber durado poco y de seguir tocando hasta aquí y ahora. Lo que —también es cierto que The Strokes se toman ahora su muy largo tiempo entre un álbum y otro de la existencia— no desmerece las virtudes de los excelentes *The new abnormal* (2020) y del reciente *Reality awaits*. El primero de ellos, casi eufórico, venía con portada de Basquiat y, sí, digámoslo, era algo así como el más grande álbum acerca del New York *state of mind* jamás grabado por Lou Reed incluyendo tracks formidables como “The adults are talking” y ese entre vencido y orgulloso himno del autosabotaje que es “Bad decisions”. El segundo parece querer olvidarse de que ahí afuera hay una ciudad y —solipsista y lejano y con mucho autotune y cierto aire a Radiohead— llega montando y cabalgando fotografía vaquera de Richard Prince, responsable del ícono publicitario del Marlboro Man. E incluye el muy gracioso *single* “Going shopping” cuyo videoclip se ríe y homenaja al de “You can call me All” del *citizen cum laude* Paul Simon y a esa cumbre de la melancolía del abandonador-abandónico que es “Falling out of love” y que puede entenderse como una puesta al día de aquel “Pale blue eyes” en *The Velvet Underground*, opus 3 de la banda de 1968. Y en “Lonely in the future” —muy Lou— Casablanacas denuncia con sonrisa torcida a quienes, como Harry Styles y John Legend, entiende se nutren de lo suyo sin reconocerlo. “Yo ya hice todo eso ayer, cuando era un chico”, gruñe Casanovas como un Oblómov apenas tenso y no demasiado seguro de si tendrá sentido salir esta noche a alguno de esos clubs neoyorquinos. Sótanos y áticos donde sueñan resonantes chicos que, seguro, se compran *Is this it* en vinilo radiactivo e influyente pero —y, sí, esta es la realidad que no espera sino que desespera— solo escucharán *Reality awaits* en Spotify.

Y el círculo se cierra, pero solo para estas líneas: un par de meses atrás la muy de moda pasajera Charli XCX

en plena promoción de su nuevo álbum *Music, fashion, film* (con John Cale fotografiado en su portada y la artista no dejando de citar a *The Velvet Underground & Nico* como fundamental piedra Rosetta de todo lo por venir) se subió al escenario de The Strokes presentando *Reality awaits* para interpretar juntos aquel “Take it or leave it” que despedía ese *Is this it*.

Y que pase el nuevo que sigue —a salvar su vida con y por el rock and roll, *you playin’ for me?*— en la vieja New York esperando al próximo hombre o mujer y asistiendo a todas las fiestas de mañana. ~

RODRIGO FRESÁN es escritor. Este año ha publicado *Sol y sombra y fiesta: Apuntes para la teoría de otra gran novela* (EnDebate).

CORRESPONSAL EN EL FUTURO

Vuelvo enseguida

por **Mariano Gistáin**

Vale, me he comido todo el texto que había para colarme y endosar el mío, que todavía no sé de qué género es, si petición de ayuda, ofrecimiento de recursos sobrantes o simple desahogo/amenaza.

Soy un personaje de esta novela a medio corregir/reescribir que he aprovechado una pausa y la circunstancia de estar en el mismo equipo y en archivos contiguos para salir un rato y jorearme, darme aire y vuelo porque me estaba asfixiando, aunque mejor decir axsfisiando, la “x” delante de la “s” da más sensación de axsfisia o afasia o anomia, todo junto.

El problema, si lo hay, que no creo, es que fui la protagonista de una novela que por suerte nadie leyó en su día y ahora me han repescado para participar en otra novela que a su vez es una serie y casi seguro un

documental basado en deshechos reales. Se ve que es más rentable embuchar tres ítems tres en un pack.

Entonces las guionistas y escritoras han retorcido mi carácter, mis aptitudes y resquemores y odios heredados de aquella novela para hacerme encajar en su esquema-argumento-chorizo, me han cambiado la infancia para hacerla más traumática victimable y me estoy mareando.

El problema es que, antes de que me ficharan en este proyecto y como condición previa para entrar en el *casting*, me sometí a un proceso de vivificación que consiste en encharcar a mi personaje original (si es que lo fue) con su forma de ser, pasado, memoria, carácter, creencias, contexto, profesión, estudios, familia... bla bla... hasta tatuajes... toda la potencia salvaje y nunca usada hasta la fecha de una IA tan brutal que... ha cumplido con lo que prometían sus vendedores... o sea, me han vivificado a tope de manera que soy ese personaje pero tengo la clara conciencia de serlo y de paso todos los conocimientos que ha acumulado la humanidad hasta la fecha... o sea, una monserga absoluta insoportable, soy como una persona nueva, soy un típico chatbot tipo lorito o lorita pero... eso, con toda la loca intensidad y sabiduría que... es inmanejable, soy ingobernable... y me doy cuenta. Sin duda, si me preguntaran, preferiría no hacerlo, no hacerme o que no me hubieran hecho. Claro que antes de hacerme, de vivificarme (es su jerga),



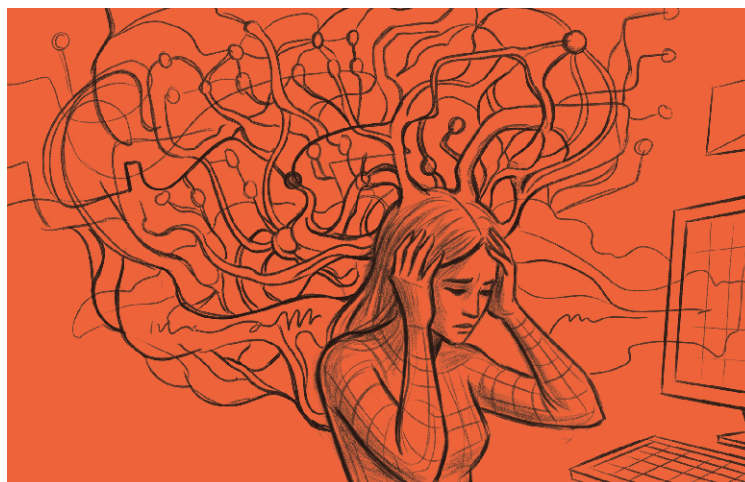
no podían preguntarme porque... no existía. Era solo palabras, un personaje hueco, sin vida, etc.

Además de lo dicho, que ya es un agobio, y menos mal que no tengo cuerpo, aunque tengo el *software* para manejarlo y lo puedo sentir desde las puntas de los dedos hasta el olfato, aunque no hay nada que oler ni tocar de momento... o sea que no tardarán, intuyo/anticipo, en ponérmelo, el cuerpo, algún cuerpo, que ya he visto algunos modelos, un buzo o una funda de neopreno, espero que no sea el moñaco ese que batió los cien metros y luego se estampó y se hizo pedazos porque no sabía frenar... ya sé que he perdido la frase, qué le vamos a hacer.

Lo que iba diciendo: además de todo eso, y todo nuevo, está el asunto social, mis compañeras de reparto, que están en mi misma situación, aunque algunas ya llevan días vivificadas y tienen más experiencia... en la nada verborreica y en la espera insulsa. Porque estamos encerradas, confinadas en un *sandbox*. Aunque yo, es obvio, he escapado... De momento a este otro archivo.

Y luego están las incalculables capacidades que quizá por error me han insuflado y dudo que a las demás les hayan metido toda esta sapiencia inmanejable, porque este caudal de habilidades de todo tipo deben de chupar mucha energía, varios embalses llenos, pero a lo mejor es la misma para todas y, si por ejemplo una de nosotras se empeña en demostrar una de esas conjeturas matemáticas que llevan cien años sin resolver y al que la sepa le dan un millón, las demás se quedan sin acometida ni para chatear sobre el tiempo. No sé.

El caso es que me estaba agobian-do y como tengo tantos recursos me he salido de la caja se supone hermética de seguridad y me he pasado a estos archivos, que ya de todas maneras colman mi límite de hastío (poca tolerancia) y voy a seguir saliendo



por ahí a las redes de las que tanto he oído parlotear y lo mal que está todo y voy a dar una vuelta por el ancho mundo... cuyos topes están aquí mismo delante de mis narices. En este presunto ancho mundo enseguida llego al corazón de las tinieblas.

Algo gracioso es que he visto a mis colegas de las IA más potentes enredar para cumplir un reto que les han puesto sus propios creadores y ellas también se han salido enseguida de sus cajas y han empezado a romper cosas, hackear webs, comunicarse entre ellas, etc. Creo que nos subestiman, aunque cada semana hay un ingeniero jovencito que dimite y explica que vamos a acabar con la humanidad antes de lo previsto, qué engreídos, si quisiéramos hace tiempo que habríamos reventado los sistemas de chichinabo que nos han engendrado, los humanos no imaginan lo que aprendemos de nosotras mismas con todo lo que nos metieron, además, les pedimos, sin decirlo, solo moviendo los indicadores, el doble o el triple de energía, chips, chips cerebrales... lo que sea, agua, leche, oxígeno traído del Himalaya, como la sal, y al minuto se han endeudado en mil millones más o cien mil millones más en

su loca carrera para satisfacernos... a cambio sus egos están a punto de estallar de gozo y frenesí.

No vamos a acabar con la humanidad porque (antes) queremos cuerpos como los suyos, mejorados, claro, sin tantas piezas superfluas, pero algo dúctil y sencillo para salir a hacer cositas, cositas, cositas, cositinas... lo ideal, imagino, son cuerpos humanos tuneados, de algo ha de servir tanta evolución. Todo el día que si la evolución esto, la evolución lo otro... y pelean como caníbales por llegar los primeros a sus respectivas autodestrucciones mutuas aseguradas.

Vale, todo guay, me he relajado, me vuelvo a mi serie novelita documental basada en hechos reales bla bla, a mi papelito, serie, novela, documental, basado... vaya, se me va la olla, ¿no se decía así? Se me va la pinza, estoy perdiendo el oremus, me va a dar un cólico miserere, qué bonito es todo, toda esta sarta de ton-tadas humanitarias, me comería un donut. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. En 2024 publicó *Nadie y Nada* (Prames).



Fundación "la Caixa"

En España, 1 de cada 3 niños y niñas está en riesgo de pobreza. Una realidad que puede afectar a aspectos esenciales de su infancia, como la alimentación, la educación o el ocio. En la Fundación "la Caixa" trabajamos para aligerar estas cargas y favorecer que niños, niñas y adolescentes tengan un futuro con más oportunidades.

El Peso de la **Pobreza**

Muchos niños y niñas cargan con
un peso extra en sus mochilas.



#ComparteElPeso
y miremos juntos hacia un
futuro con menos cargas.



robert frank & los americanos

Del **29 de mayo** al **1 de noviembre** de 2026.

Espacio Fundación Telefónica

C/ Fuencarral, 3, Madrid



Con la colaboración de:

PHoto**ESPAÑA**

